

Prefacio

Esta tesis nace de una inquietud personal y de un ejercicio colectivo de análisis. Como Yosiel López Bello, he dedicado los últimos años a observar, reflexionar y debatir sobre el futuro que se está gestando para Cuba, tanto desde dentro como desde la diáspora. Este trabajo es el resultado de esas conversaciones profundas sostenidas con un pequeño grupo de cubanos preocupados por el destino de nuestra nación.

Lo que el lector tiene en sus manos no pretende ser una profecía ni un documento de revelaciones definitivas. Se trata, más bien, de un ejercicio de análisis prospectivo basado en tendencias observables, patrones históricos y el estudio de los actores económicos, políticos y tecnológicos que están influyendo en el destino de Cuba. Todas las interpretaciones y conclusiones aquí planteadas son hipótesis de trabajo, sustentadas en información pública disponible y en un razonamiento lógico, pero no pretenden presentarse como verdades absolutas ni como predicciones infalibles.

El objetivo de esta investigación es contribuir al debate sobre el futuro de Cuba desde una perspectiva crítica e independiente, libre de dogmatismos tanto de izquierda como de derecha. Se analizan aquí posibles escenarios de poder, estrategias de élites y dinámicas estructurales que podrían moldear la Cuba de las próximas décadas.

En un contexto tan polarizado como el cubano, resulta necesario aclarar que este trabajo no busca difamar a persona o institución alguna, ni afirmar conspiraciones. Simplemente intenta leer entre líneas, conectar puntos aparentemente dispersos y plantear preguntas incómodas que merecen ser discutidas con seriedad y madurez intelectual.

Ojalá estas páginas sirvan para que el lector, sea cual sea su posición política, pueda acercarse al futuro de Cuba con mayor claridad, profundidad y sentido crítico.

Esta tesis busca responder una pregunta central: ¿hacia dónde se dirige realmente Cuba y quiénes están diseñando su futuro? A lo largo de estas páginas se analiza cómo, detrás de los discursos oficiales y las narrativas políticas tradicionales, se está configurando un nuevo modelo de poder para la isla, un modelo que combina elementos de propiedad privada, tecnología avanzada, control algorítmico y estructuras de gobernanza híbridas.

El lector encontrará aquí un análisis detallado sobre la reconfiguración del sistema institucional, financiero, educativo y de salud; la instrumentalización de la biotecnología cubana como posible campo de pruebas del transhumanismo; la creación de una sociedad de propietarios precarios; y el rol que Cuba podría jugar como laboratorio piloto de un nuevo orden tecnocrático en América Latina.

Más que ofrecer respuestas definitivas, este trabajo busca generar preguntas incómodas y proporcionar herramientas de análisis para que el lector pueda formar su propia opinión sobre uno de los procesos más importantes y menos comprendidos de la historia contemporánea cubana.

En última instancia, esta tesis no es solo un análisis sobre Cuba. Es una reflexión profunda sobre el eterno conflicto entre el poder y la libertad, entre las élites que diseñan el futuro y los pueblos que lo habitan. Porque la verdadera tragedia de un pueblo no consiste en ser gobernado, sino en ignorar quién lo gobierna realmente y bajo qué designios.

Cuba vuelve a encontrarse en la encrucijada histórica donde se decide no solo su sistema económico, sino la propia naturaleza de su soberanía y la esencia de lo que significa ser cubano en el siglo XXI. Quien no comprenda la profundidad de esta transformación corre el riesgo de vivir en un país que ya no existe, mientras cree habitar el que aún aparece en los mapas.

Este trabajo es, por tanto, un ejercicio de lucidez en tiempos de confusión deliberada. Una invitación a mirar más allá de las banderas y los discursos, para distinguir las estructuras reales de poder que se están construyendo bajo la superficie de las formas políticas conocidas.

Índice

Prefacio

Capítulo 1: ¿Qué es la tokenización y por qué importa ahora?

Capítulo 2: El Pensamiento Libertario en Cuba

Capítulo 3: La Nueva Alianza Tecnócrata-Libertaria

Capítulo 4: El Retorno de la Doctrina Monroe 2.0 – La Nueva Estrategia de Estados Unidos para América

Capítulo 5: La Reserva Federal de Estados Unidos – Historia, Trayectoria Ideológica y el Ascenso de Kevin Warsh

Capítulo 6: El Juicio de los Antiguos – ¿Qué dirían los filósofos sobre el nuevo orden que se avecina?

Capítulo 7: Cuba como Laboratorio del Nuevo Orden Tecnológico

Capítulo 8: Fidel Castro y el Experimento Original

Capítulo 9: El Rol de la Diáspora y las Élite Cubano-Americanas en el Nuevo Proyecto

Capítulo 10: Implicaciones Económicas, Sociales y Geopolíticas del Nuevo Modelo para Cuba

Capítulo 11: Conclusiones Generales

Capítulo 12: Cómo Prepararse para la Nueva Cuba

Bibliografía

Capítulo 1: ¿Qué es la tokenización y por qué importa ahora?

La tokenización es el proceso de convertir derechos de propiedad sobre un activo real, ya sea un bono del Tesoro, un inmueble, acciones, oro o incluso dinero en un token digital registrado en una blockchain. Ese token representa legalmente el activo, lo hace divisible en fracciones pequeñas y permite transferirlo de forma casi instantánea, las 24 horas del día.

En términos simples, la tokenización hace que activos que antes eran rígidos y difíciles de mover se conviertan en algo líquido, programable y accesible para mucha más gente. Ya no hace falta comprar un edificio entero para invertir en bienes raíces; ahora puedes comprar una milésima parte de él.

¿Para qué sirve realmente?

Sirve para dar liquidez a activos que tradicionalmente eran ilíquidos, reducir drásticamente los costos de intermediación, eliminar tiempos de liquidación de varios días y permitir que cualquier persona, en cualquier parte del mundo, pueda invertir en activos que antes estaban reservados para grandes inversionistas.

En Estados Unidos este fenómeno ha explotado en los últimos años. El mercado de activos reales tokenizados ya supera los **29 mil millones de dólares** en el primer trimestre de 2026. Líderes como **BlackRock** con su fondo BUIDL, que ya maneja más de 2.400 millones de dólares, **Franklin Templeton** con su fondo BENJI y **Ondo Finance** están liderando esta transformación. Incluso gigantes tradicionales como JPMorgan con su plataforma Kinexys, Goldman Sachs, Citi, Bank of America y Wells Fargo están participando activamente. El DTCC, que custodia más de 100 billones de dólares en activos, lanzó su propio servicio de tokenización que comenzará operaciones reales en julio de 2026.

Durante años, los grandes bancos y la Reserva Federal vieron la tokenización con recelo. Esta tecnología elimina intermediarios, reduce las comisiones que generan los procesos lentos y amenaza el control que tenían sobre los flujos de dinero. Sin embargo, con la nueva administración de Trump, el panorama cambió radicalmente. Los reguladores retiraron muchas restricciones anteriores, la Fed adoptó un enfoque neutral hacia la tecnología y los mismos bancos que antes se oponían ahora están liderando el proceso.

Lo que antes era visto como una amenaza, hoy se ha convertido en una oportunidad estratégica que nadie quiere perderse.

Definición técnica de la tokenización

Desde un punto de vista técnico, la tokenización consiste en la creación de un **token digital** generalmente un estándar ERC-1400, ERC-721 o ERC-1155 en Ethereum, o equivalentes en otras blockchains que representa un derecho de propiedad o un interés económico sobre un activo del mundo real. Este token se emite mediante un contrato inteligente que registra de forma inmutable la titularidad, los derechos asociados y las reglas de transferencia.

A diferencia de una criptomoneda, el token no tiene valor por sí mismo, sino que actúa como un certificado digital de propiedad. Su valor deriva directamente del activo subyacente, que suele estar custodiado por una entidad regulada. La blockchain funciona como un libro mayor distribuido que garantiza la transparencia, reduce la necesidad de reconciliación entre partes y permite la ejecución automática de pagos y condiciones a través de **smart contracts**.

Esta tecnología permite atomizar activos, dividirlos en fracciones mínimas, operar 24/7, liquidar de forma casi instantánea y programar reglas complejas de gobernanza o distribución de rendimientos. Es, en esencia, la digitalización profunda del concepto de valor y propiedad.

Historia de la tokenización

La idea de representar valor mediante tokens no es nueva. Desde hace miles de años, las sociedades han usado objetos como conchas, cuentas o monedas para simbolizar valor y facilitar el intercambio. En los siglos XVII y XVIII, los bancos emitían papel moneda respaldado por oro, lo que era una forma primitiva de tokenización: un papel representaba un activo real guardado en bóveda.

El verdadero salto conceptual llegó en 1994, cuando el criptógrafo **Nick Szabo** propuso los **smart contracts**: contratos que se ejecutan automáticamente sin necesidad de intermediarios. Szabo imaginó un mundo donde las reglas de propiedad y los acuerdos se codificaran directamente en software, idea que parecía futurista en su momento.

Todo cambió con Bitcoin en 2009 y especialmente con Ethereum en 2015, que convirtió esa visión en realidad al permitir crear tokens programables. De repente, cualquier activo podía representarse digitalmente, dividirse y transferirse en tiempo real sin depender de bancos tradicionales.

Hoy, esa idea que empezó como una visión teórica se ha convertido en un mercado de más de **28 mil millones de dólares** en activos reales tokenizados, liderado por las mismas instituciones que antes la veían con desconfianza.

¿Será la tokenización el futuro del Sistema ?

La pregunta clave que muchos se hacen es si la tokenización es solo una moda tecnológica o si realmente representa el futuro del sistema financiero. Las evidencias actuales apuntan a que sí. Los grandes bancos, fondos de inversión y hasta reguladores que antes la rechazaban, hoy están invirtiendo miles de millones en esta tecnología.

Su gran ventaja es que resuelve problemas reales: liquidez, costos altos, tiempos lentos de liquidación y acceso limitado a ciertos activos. Cuando un sistema soluciona problemas concretos y además cuenta con el apoyo de instituciones tan poderosas como BlackRock, JPMorgan y la Reserva Federal, es difícil pensar que se trata solo de una tendencia pasajera.

La tokenización no solo está aquí para quedarse, sino que muy probablemente se convertirá en la infraestructura base sobre la que funcionará gran parte del sistema financiero del futuro. Lo que hoy vemos como innovación, dentro de unos años podría ser simplemente la forma normal de hacer transacciones.

Capítulo 2: El Pensamiento Libertario en Cuba

2.1 Los orígenes históricos del libertarismo

El pensamiento libertario moderno tiene sus raíces más profundas en los ideales que impulsaron la Independencia de Estados Unidos en 1776. Cuando los colonos americanos declararon su separación de la corona británica, no solo estaban reclamando independencia política, sino que estaban defendiendo una idea radical para su época: que los individuos poseen derechos naturales inalienables que ningún gobierno puede legítimamente violar.

Estas ideas no surgieron de la nada. Se nutrieron fuertemente del filósofo inglés **John Locke** (1632-1704), quien argumentaba que los seres humanos nacen libres e iguales, con derechos naturales a la vida, la libertad y la propiedad. Locke sostenía que el único propósito legítimo del gobierno es proteger estos derechos, y que cuando un gobierno los viola, el pueblo tiene derecho a resistir e incluso derrocarlo.

La Declaración de Independencia de Estados Unidos, redactada principalmente por Thomas Jefferson, recogió estas ideas de forma magistral al afirmar que todos los hombres son creados iguales y que entre sus derechos inalienables se encuentran “la Vida, la Libertad y la búsqueda de la Felicidad”. Este documento se convirtió en uno de los textos políticos más influyentes de la historia moderna y sentó las bases filosóficas sobre las que luego se desarrollaría el pensamiento libertario.

2.2 Los principios fundamentales del libertarismo

El libertarismo se construye sobre tres pilares fundamentales que definen toda su visión del mundo: la **no agresión**, la **propiedad privada** y el **individualismo**.

El principio de no agresión (PNA) es el corazón del pensamiento libertario. Establece que es ilegítimo iniciar el uso de la fuerza contra otra persona o su propiedad. Solo se permite el uso de la fuerza de forma defensiva. Este principio simple pero profundo implica que el Estado no puede obligar a los ciudadanos a financiar proyectos, regulaciones o guerras que no aprueban voluntariamente.

El segundo pilar es el derecho absoluto a la propiedad privada. Los libertarios consideran que la propiedad privada no es un invento social, sino un derecho natural derivado del esfuerzo y la creatividad individual. Cuando una persona mezcla su trabajo con un recurso natural, según Locke, adquiere un derecho moral sobre él.

Finalmente, el libertarismo defiende el individualismo metodológico: la sociedad no es una entidad con derechos propios, sino simplemente un conjunto de individuos. Por tanto, ningún grupo, mayoría o gobierno tiene derecho a sacrificar los derechos de un individuo en nombre del “bien común”.

Estos tres principios llevan a una conclusión lógica: el rol del Estado debe ser mínimo, limitado exclusivamente a proteger la vida, la libertad y la propiedad de sus ciudadanos.

2.3 La Escuela Austríaca de Economía

Un pilar intelectual fundamental del pensamiento libertario es la Escuela Austríaca de Economía. Surgida en Viena a finales del siglo XIX, esta corriente económica desafió las ideas dominantes de su tiempo y sentó las bases teóricas para entender por qué los mercados libres funcionan y por qué la planificación centralizada fracasa.

Sus principales exponentes, **Carl Menger**, **Ludwig von Mises** y **Friedrich Hayek**, desarrollaron conceptos revolucionarios. Mises argumentaba que el cálculo económico racional es imposible en una economía socialista porque, sin precios libres de mercado, no existe una forma real de conocer la escasez y las preferencias de las personas.

Hayek, por su parte, destacó el concepto de **conocimiento disperso**: ningún funcionario o comité central puede poseer toda la información necesaria para planificar una economía compleja. Esta información está dispersa entre millones de individuos que toman decisiones diariamente en el mercado.

La Escuela Austríaca también introdujo la teoría del ciclo económico, explicando cómo las intervenciones de los bancos centrales, al manipular las tasas de interés, generan burbujas económicas que inevitablemente terminan en crisis.

Estas ideas no solo fueron económicas, sino profundamente filosóficas, ya que defendían la libertad individual frente al poder coercitivo del Estado.

2.4 El renacimiento libertario del siglo XX

Tras la Segunda Guerra Mundial, el pensamiento libertario experimentó un importante renacimiento, especialmente en Estados Unidos. Tres figuras fueron clave en esta revitalización: Friedrich Hayek, Ayn Rand y Murray Rothbard.

Friedrich Hayek, premio Nobel de Economía en 1974, fue uno de los mayores críticos del socialismo y el intervencionismo estatal. Su obra más influyente, *Camino de Servidumbre* (1944), advertía cómo el aumento progresivo del control estatal sobre la economía podía llevar a la pérdida de libertades individuales.

Ayn Rand, a través de sus novelas *El Manantial* y *La Rebelión de Atlas*, popularizó el libertarismo de una forma cultural y emocional. Su filosofía, conocida como Objetivismo, defendía el egoísmo racional, la razón como única guía y el derecho absoluto del individuo a su propia vida y propiedad.

Sin embargo, quien desarrolló el pensamiento libertario más radical y sistemático fue **Murray Rothbard**. En su libro *Por una Nueva Libertad* (1973), Rothbard presentó una visión completa del anarcocapitalismo: una sociedad sin Estado donde todas las funciones, incluyendo la seguridad y la justicia, son provistas por el libre mercado.

Estas tres figuras transformaron el libertarismo de una idea marginal en un movimiento intelectual cada vez más influyente.

2.5 Las corrientes libertarias actuales

Hoy en día, el pensamiento libertario no es un bloque uniforme, sino que se divide en varias corrientes principales:

El **minarquismo** defiende la existencia de un Estado mínimo, limitado exclusivamente a funciones como la policía, los tribunales y la defensa nacional. Considera que un Estado pequeño es necesario para proteger los derechos individuales.

Por otro lado, el **anarcocapitalismo** propone la eliminación completa del Estado. Según esta visión, todas las funciones estatales pueden y deben ser sustituidas por empresas privadas que compitan en un mercado libre, incluyendo seguridad, justicia y emisión de moneda.

Existe también el **libertarismo civil**, que se enfoca especialmente en defender las libertades individuales en temas como el consumo de drogas, la libertad de expresión, los derechos de las minorías sexuales y la no intervención militar en otros países.

Finalmente, el **libertarismo de derecha** o paleolibertarismo combina ideas económicas libertarias con valores culturales más tradicionales y conservadores.

A pesar de sus diferencias, todas estas corrientes comparten el rechazo al poder excesivo del Estado y la defensa inquebrantable de la libertad individual y la propiedad privada.

2.6 El renacimiento de las ideas libertarias en Cuba

En un país donde el Estado ha controlado durante más de seis décadas prácticamente todos los aspectos de la vida económica y personal, el surgimiento de ideas libertarias representa un fenómeno especialmente significativo.

Dentro de la isla, la prolongada crisis económica y el fracaso evidente del modelo centralizado han llevado a un creciente número de cubanos especialmente jóvenes y emprendedores a cuestionar las bases mismas del sistema. Conceptos como la soberanía individual, la propiedad privada y el libre mercado, que hace pocos años eran casi desconocidos, comienzan a ganar terreno como alternativa real al estatismo absoluto.

En el exilio, particularmente en Miami, estas ideas han encontrado un espacio más libre para organizarse y desarrollarse. Recientemente ha cobrado fuerza el **Partido Libertario de Cuba**, una organización que propone límites reales al poder estatal, protección efectiva de la propiedad privada y la apertura de una economía de mercado como pilares para reconstruir el país.

Lo verdaderamente llamativo de este renacimiento es su aparente surgimiento casi de la nada. En una sociedad vigilada y controlada durante tanto tiempo, ¿cómo es que estas ideas han logrado abrirse paso? ¿Qué fuerzas, visibles o invisibles, están alimentando este despertar libertario precisamente en este momento histórico? El hecho de que un Partido Libertario haya logrado estructurarse tanto dentro como fuera de la isla genera más preguntas que respuestas, y plantea un interrogante fascinante sobre el futuro ideológico de Cuba.

Capítulo 3: La Nueva Alianza Tecnócrata-Libertaria

La aparente reconciliación entre el pensamiento libertario y el tecnocratismo representa uno de los fenómenos políticos e ideológicos más relevantes del siglo XXI. Lo que a primera vista podría interpretarse como una convergencia natural entre dos corrientes antiestatistas revela, bajo un análisis más profundo, una alianza estratégica de naturaleza compleja.

Los nuevos actores tecnócratas, grandes empresarios tecnológicos, fondos de inversión y think tanks vinculados al poder corporativo digital han encontrado en el discurso libertario una poderosa herramienta retórica para justificar la reducción del Estado tradicional. Sin embargo, esta alianza plantea una cuestión fundamental: ¿están los tecnócratas utilizando las ideas libertarias para construir una sociedad más libre, o simplemente están empleando su lenguaje para dismantelar las antiguas estructuras de poder y reemplazarlas por un nuevo sistema de gobernanza basado en tecnología, datos masivos y algoritmos?

Este capítulo examina las verdaderas dinámicas de esta relación, las motivaciones reales detrás de esta convergencia y las implicaciones que esta nueva alianza podría tener para el futuro de naciones como Cuba, que se encuentran en una posición especialmente vulnerable ante estos proyectos de ingeniería social y económica a gran escala.

3.1 ¿Favorecen las ideas libertarias los objetivos de los nuevos movimientos tecnócratas?

El libertarismo, en su esencia, promueve la reducción del tamaño y poder del Estado, la defensa de la propiedad privada, la libertad individual y el libre funcionamiento de los mercados. Estas ideas han ganado una notable influencia en los últimos años dentro de importantes círculos tecnológicos y empresariales.

Figuras como **Peter Thiel**, cofundador de PayPal y principal impulsor de Palantir, han expresado abiertamente su afinidad con ideas libertarias. De igual forma, empresarios como **Elon Musk** han mostrado simpatía por conceptos relacionados con la reducción de la burocracia estatal y la defensa de la innovación sin excesivas regulaciones gubernamentales. Esta tendencia ha generado una convergencia interesante entre el discurso libertario tradicional y lo que algunos analistas han denominado “tecnocratismo”.

Desde esta perspectiva, las ideas libertarias ofrecen un marco filosófico coherente que justifica la disminución del rol del Estado tradicional en múltiples áreas. Al mismo tiempo, este discurso permite presentar las soluciones tecnológicas como una alternativa natural y deseable a las estructuras estatales existentes.

En este contexto, la empresa **Palantir Technologies** representa un caso particularmente relevante. Fundada por Peter Thiel y Alex Karp, Palantir se ha consolidado como una de las compañías tecnológicas más cercanas a los gobiernos, especialmente al de Estados Unidos. La visión de sus creadores de construir una sociedad donde la tecnología juegue un rol central en la gestión de grandes volúmenes de información y en la toma de decisiones estratégicas encuentra en las ideas libertarias un vehículo ideológico útil para cuestionar y reducir el poder de las instituciones estatales tradicionales.

De esta manera, el libertarismo no solo sirve como justificación filosófica para limitar el Estado, sino que también crea un entorno favorable para que empresas tecnológicas de gran escala, como Palantir, ocupen espacios de poder e influencia que antes estaban reservados exclusivamente a las instituciones públicas.

Esta convergencia ideológica resulta particularmente estratégica. Mientras el libertarismo proporciona el argumento moral y filosófico para dismantelar o reducir el Estado tradicional, las empresas tecnológicas aportan la infraestructura, los datos y los sistemas necesarios para gestionar una sociedad compleja sin necesidad de una gran burocracia estatal.

Peter Thiel, en particular, ha sido uno de los más claros al expresar su desconfianza hacia las grandes estructuras gubernamentales y su creencia en que la tecnología debe liderar el progreso humano. Esta visión no se limita solo a una cuestión económica, sino que representa una concepción distinta sobre cómo debe organizarse el poder en las sociedades modernas.

En este sentido, Palantir Technologies no es solo una empresa de software. Su modelo de negocio, centrado en el análisis masivo de datos y la integración de información entre sectores públicos y privados, refleja una visión donde las capacidades tecnológicas reemplazan progresivamente funciones que históricamente pertenecían al Estado. Los fundadores de Palantir han defendido consistentemente la idea de que las grandes empresas tecnológicas pueden y deben jugar un papel mucho más relevante en la gobernanza y seguridad de las naciones, una postura que encuentra eco favorable dentro del marco libertario de reducción del poder estatal. En la actualidad, esta dinámica se hace cada vez más visible. Palantir Technologies ha consolidado su posición como uno de los principales contratistas del gobierno estadounidense, con importantes acuerdos como un contrato de hasta 10 mil millones de dólares con el Ejército de Estados Unidos, así como contratos significativos con el Departamento de Seguridad Nacional, Inmigración y Aduanas (ICE), el Servicio de Impuestos Internos y otras agencias federales.

Al mismo tiempo, programas como la **Sección 702 de la Ley de Vigilancia de Inteligencia Extranjera (FISA 702)** han sido renovados recientemente por tres años, permitiendo la recolección masiva de comunicaciones sin orden judicial en ciertos casos. Estas herramientas de vigilancia se presentan públicamente como necesarias para garantizar la seguridad nacional y proteger la libertad de los ciudadanos frente a amenazas externas.

Sin embargo, esta combinación entre el discurso de reducción del Estado y el crecimiento exponencial de capacidades tecnológicas de vigilancia genera un modelo donde la promesa de mayor seguridad y eficiencia viene acompañada de una mayor concentración de poder en manos de empresas tecnológicas privadas. Palantir, en este contexto, se posiciona como un actor clave que proporciona las herramientas tecnológicas para gestionar grandes volúmenes de información, tanto para defensa como para operaciones internas, en una era donde la distinción entre seguridad y control se vuelve cada vez más difusa.

3.2 ¿Puede una isla en ruinas convertirse en el laboratorio perfecto para probar este nuevo modelo?

Una nación que atraviesa un colapso económico prolongado, con sus instituciones debilitadas y su población agotada tras décadas de crisis, presenta condiciones excepcionalmente favorables para implementar un nuevo modelo de organización social y económica desde cero.

Cuando un país se encuentra con su estructura productiva prácticamente destruida, su moneda devaluada, su infraestructura obsoleta y su sistema institucional en franco deterioro, los costos y las resistencias para introducir un sistema completamente nuevo se reducen significativamente. En estas condiciones, no es necesario reformar estructuras sólidas, sino reemplazarlas por completo.

Una isla pequeña, con una población controlada de aproximadamente once millones de habitantes, ofrece además una escala manejable para probar sistemas a nivel nacional. Su aislamiento geográfico facilita el control de variables externas durante las primeras etapas del experimento, mientras que su ubicación estratégica cerca del continente americano le otorga un valor geopolítico relevante.

Históricamente, los laboratorios sociales y económicos más ambiciosos se han llevado a cabo precisamente en territorios que atravesaban situaciones de crisis profunda o “año cero”, donde la población, desesperada por cualquier mejora en sus condiciones de vida, muestra mayor disposición a aceptar cambios radicales en la organización de la sociedad.

En este sentido, un territorio con las características actuales de Cuba representa un caso de estudio particularmente atractivo para cualquier actor que busque probar, a escala nacional, un nuevo modelo basado en tecnologías avanzadas de gobernanza, identidad digital y sistemas financieros tokenizados.

Esta combinación de factores crea un escenario óptimo para la implementación de sistemas completamente nuevos. La debilidad institucional permite introducir marcos legales y regulatorios novedosos con menor resistencia interna, mientras que la desesperación económica de la población puede generar una mayor aceptación inicial hacia propuestas que prometan prosperidad y modernización.

Además, el tamaño reducido del país facilita la creación de sistemas integrales de identidad digital, registro de propiedad tokenizada y plataformas financieras basadas en blockchain, permitiendo probar estos sistemas a escala nacional de manera más controlada que en países de mayor tamaño y complejidad.

La experiencia histórica demuestra que varios proyectos de transformación social y económica de gran escala se han implementado precisamente en contextos de crisis profundas, donde las estructuras tradicionales se encuentran severamente debilitadas. En estas condiciones, es posible experimentar con nuevos modelos de gobernanza que combinan elementos de reducción estatal, tecnologías de vigilancia avanzada y sistemas económicos basados en tokenización.

Cuba, en su situación actual, reúne múltiples características que la convierten en un candidato especialmente adecuado para servir como caso de prueba de estos nuevos modelos de organización social y económica que se están desarrollando en ciertos círculos tecnológicos e inversionistas internacionales.

En los últimos años, el propio gobierno cubano ha comenzado a emitir normativas que abren espacios controlados al uso de tecnologías financieras avanzadas. En 2021 se aprobó la **Resolución 215 del Banco Central de Cuba**, que estableció por primera vez un marco regulatorio para el uso de activos virtuales en transacciones comerciales y obligaciones financieras.

Más recientemente, en marzo de 2026, el Banco Central emitió la **Resolución 4/2026**, mediante la cual autorizó por primera vez a diez empresas, nueve MIPYMES y una empresa mixta a utilizar criptomonedas específicamente para pagos internacionales. Esta medida se enmarca dentro de un esfuerzo por buscar nuevas vías para captar divisas en un contexto de severas limitaciones financieras externas.

Adicionalmente, se han implementado reformas que facilitan la creación y operación de **MIPYMES** (micro, pequeñas y medianas empresas), junto con normativas que permiten alianzas entre entidades estatales y el sector privado no estatal, como el Decreto-Ley 114/2025, que regula por primera vez este tipo de asociaciones.

Estos cambios normativos, aunque mantienen un fuerte control centralizado y requieren autorización expresa del Banco Central para cualquier operación con criptoactivos, representan una evolución significativa en el marco legal cubano. Permiten la introducción gradual de tecnologías como blockchain y activos digitales en sectores específicos de la economía, creando las condiciones jurídicas mínimas necesarias para experimentar con nuevos modelos financieros y de propiedad en un entorno aún dominado por el Estado.

Todo este proceso regulatorio interno adquiere un significado aún más relevante cuando se observa en el contexto de la nueva administración estadounidense encabezada por el presidente Donald Trump y con Marco Rubio como Secretario de Estado. Las reformas cubanas que permiten el uso limitado de criptomonedas para pagos internacionales coinciden temporalmente con un cambio de enfoque en Washington, donde se combina una política de presión económica sobre el gobierno cubano con señales de apertura hacia reformas de mercado y modernización tecnológica.

La autorización de la **Resolución 4/2026** del Banco Central de Cuba, que concedió licencias a diez empresas para operar con criptoactivos en transacciones internacionales, representa un paso práctico que podría facilitar la integración de la isla en los nuevos sistemas financieros digitales que se están impulsando desde Estados Unidos. Empresas especializadas en tokenización de activos reales y plataformas de pagos basadas en blockchain encuentran en estas aperturas regulatorias un punto de entrada inicial para operar en un territorio que, hasta hace poco, mantenía una posición mucho más restrictiva.

Esta evolución normativa ocurre mientras desde Washington se enfatiza la necesidad de promover la empresa privada y las reformas económicas en Cuba. La combinación de un gobierno cubano que, por necesidad económica, abre espacios controlados a la tecnología financiera y una administración estadounidense interesada en transformar el modelo económico cubano crea las condiciones para que la isla pueda servir como espacio de prueba para nuevos esquemas de gobernanza económica digital y sistemas financieros tokenizados.

La coincidencia entre estas aperturas regulatorias cubanas y el interés estratégico de la actual administración estadounidense sugiere que Cuba podría estar posicionándose, de manera gradual y aún limitada, como un potencial terreno de experimentación para modelos que combinan elementos de libertad económica con infraestructura tecnológica avanzada.

Este proceso también coincide con el creciente interés de sectores del exilio cubano y de jóvenes dentro de la isla por ideas libertarias y pro-tecnología. El surgimiento del **Partido Libertario de Cuba**, tanto en Miami como en redes dentro de la isla, refleja un sector cada vez más organizado que promueve la reducción del Estado, la propiedad privada y la adopción de tecnologías como Bitcoin y la tokenización como herramientas para la reconstrucción económica del país.

Esta convergencia entre reformas regulatorias limitadas por parte del gobierno cubano, el interés de la administración estadounidense y el empuje de sectores libertarios tanto dentro como fuera de Cuba configura un escenario complejo que podría facilitar la implementación de nuevos modelos económicos y tecnológicos en la isla.

3.3 ¿Por qué Cuba representa el caso ideal para este experimento?

Cuba reúne una combinación única de factores que la convierten en un candidato especialmente atractivo para probar a escala nacional un nuevo modelo económico y tecnológico.

En primer lugar, su tamaño demográfico y geográfico resulta manejable. Con poco más de once millones de habitantes y un territorio insular claramente delimitado, resulta más sencillo implementar, monitorear y ajustar sistemas integrales de identidad digital, registro de propiedad tokenizada y plataformas financieras basadas en blockchain.

En segundo lugar, el país atraviesa una profunda crisis estructural. La economía se encuentra severamente debilitada, la infraestructura es obsoleta y las instituciones estatales muestran claros signos de agotamiento. Esta situación reduce significativamente la resistencia al cambio y facilita la introducción de nuevos marcos legales y tecnológicos.

En tercer lugar, existe una importante brecha generacional. Mientras una parte importante de la población mayor mantiene una fuerte identificación con el sistema actual, un sector creciente de jóvenes cubanos muestra mayor apertura hacia ideas de mercado, tecnología y modelos alternativos de organización económica.

Finalmente, la ubicación geográfica de Cuba, a solo 145 kilómetros de las costas de Florida, junto con los fuertes vínculos históricos, culturales y familiares con la comunidad cubana en Miami, facilitaría la entrada de capital, conocimiento técnico y recursos humanos necesarios para implementar proyectos de gran escala.

Esta combinación de debilidad estructural, escala manejable, apertura generacional y proximidad geográfica hace de Cuba un laboratorio potencialmente ideal para experimentar con nuevos modelos de gobernanza económica digital que difícilmente podrían probarse inicialmente en países de mayor tamaño o complejidad institucional.

Este potencial se ve reforzado por un fenómeno reciente y de gran relevancia: el desplazamiento masivo de importantes empresarios, inversores y empresas tecnológicas hacia el sur de Florida, particularmente a Miami. En los últimos años, Miami se ha consolidado como un nuevo centro de poder tecnológico y financiero en Estados Unidos, atrayendo a figuras clave del mundo cripto, blockchain y capital de riesgo.

Este traslado no es casual. La cercanía geográfica con Cuba, la fuerte presencia de la diáspora cubana y un entorno regulatorio y fiscal más favorable han convertido a Miami en el punto estratégico ideal para cualquier proyecto que involucre a Cuba. Numerosas empresas relacionadas con tokenización de activos, criptomonedas y nuevas tecnologías financieras han establecido su base de operaciones en Florida, creando un ecosistema completo de capital, talento y conexiones políticas en estrecha proximidad con la isla.

Esta concentración de poder tecnológico, financiero y político en el sur de Florida genera las condiciones materiales necesarias para que cualquier iniciativa de transformación económica en Cuba cuente con el respaldo logístico, financiero y humano relativamente cercano. La distancia entre Miami y La Habana se reduce no solo en kilómetros, sino también en capacidad operativa.

Este escenario se fortalece aún más con el gran flujo migratorio cubano ocurrido entre 2022 y 2025. Durante la administración Biden, más de 500.000 cubanos llegaron a Estados Unidos, la mayoría de ellos jóvenes y en edad productiva. Esta nueva oleada migratoria representa un fenómeno diferente a las anteriores: muchos de estos cubanos han adquirido conocimientos técnicos, experiencia laboral, capital inicial y contactos internacionales durante su estancia en Estados Unidos.

La actual administración de Trump ha enviado un mensaje claro hacia la comunidad cubano-americana: la posibilidad de regresar a Cuba para participar en la reconstrucción económica de la isla bajo un nuevo modelo. Este discurso resuena fuertemente entre muchos de estos recientes emigrados, quienes ven en él la oportunidad de aplicar lo aprendido y el capital acumulado en su país de origen.

Esta combinación resulta estratégica. Por un lado, existe una diáspora joven, capacitada y con recursos que puede servir como puente humano y financiero. Por otro lado, el mensaje de “regreso y reconstrucción” genera un incentivo poderoso para que estos cubanos consideren volver. De esta forma, el propio éxodo reciente podría estar creando involuntariamente las condiciones humanas necesarias para implementar un proyecto de transformación económica y tecnológica en Cuba, al generar un contingente de cubanos con mentalidad empresarial, conocimientos actualizados y capital que podrían ser canalizados hacia la isla bajo un nuevo marco económico.

3.4 ¿Qué rol juega la tokenización dentro de este nuevo proyecto tecnocrático?

La tokenización de activos reales (Real World Assets) ocupa un lugar central en la visión de los nuevos movimientos tecnócratas. Esta tecnología permite convertir derechos de propiedad sobre activos físicos como bienes raíces, empresas, infraestructura o recursos naturales en tokens digitales registrados en blockchain, facilitando su fraccionamiento, liquidez y transferencia casi instantánea.

Para este proyecto, la tokenización no representa solo una innovación financiera, sino la base de un nuevo sistema económico. Al tokenizar activos, se puede crear un mercado digital de propiedad donde prácticamente cualquier bien pueda ser comprado, vendido o invertido de forma global, sin necesidad de intermediarios tradicionales como bancos o notarios.

En el caso específico de Cuba, la tokenización adquiriría una relevancia aún mayor. Un país con una gran cantidad de activos estatales subutilizados, viviendas, hoteles, tierras agrícolas y empresas podría ser tokenizado para atraer inversión extranjera de forma masiva y rápida. Esto permitiría fraccionar la propiedad de grandes activos para que miles de pequeños inversores, tanto cubanos del exilio como extranjeros, puedan participar en la economía cubana sin necesidad de comprar propiedades completas.

Además, la tokenización permitiría crear un sistema de registro de propiedad transparente y actualizado en tiempo real, eliminando la corrupción asociada a los registros físicos tradicionales. Desde la perspectiva tecnócrata, esta tecnología representa la infraestructura ideal para reconstruir una economía desde cero, ofreciendo liquidez inmediata, trazabilidad total y la posibilidad de crear nuevos mercados digitales de activos.

La tokenización actuaría entonces como el puente entre el viejo modelo económico cubano y el nuevo sistema digital que se busca implementar, permitiendo una transición acelerada hacia una economía basada en datos y propiedad digital.

Esta visión trasciende los beneficios para Cuba y apunta a objetivos de mayor escala. Para las élites tecnológicas y financieras estadounidenses, Cuba representaría una oportunidad única para probar y perfeccionar a escala nacional sistemas de tokenización de activos reales, identidad digital y gobernanza basada en datos. Un proyecto exitoso en la isla podría servir como modelo replicable en otros países de América Latina y el mundo.

El mercado de activos reales tokenizados ya supera los **29 mil millones de dólares** en el primer trimestre de 2026 y muestra un crecimiento acelerado. Empresas como Palantir, que continúan ampliando sus contratos con agencias gubernamentales estadounidenses, podrían encontrar en Cuba un terreno fértil para expandir sus tecnologías de análisis de datos y gestión de información a gran escala.

Para estas élites, el éxito de este modelo en Cuba no solo abriría nuevas vías de inversión y generación de riqueza a través de la tokenización de activos cubanos, sino que también permitiría establecer un precedente de cómo reorganizar economías enteras bajo una infraestructura tecnológica controlada por empresas privadas. De esta forma, Cuba podría convertirse en el primer eslabón de un proyecto de mayor alcance: la construcción de un nuevo paradigma económico donde la tokenización y las tecnologías de datos definan las reglas del juego en el siglo XXI.

Diversas empresas ya están posicionándose fuertemente en este espacio. **BlackRock**, a través de su fondo tokenizado **BUIDL**, ha superado los **2.400 millones de dólares** en activos bajo gestión, consolidándose como uno de los referentes institucionales en tokenización de Treasuries. **Ondo Finance** ha experimentado un crecimiento explosivo, alcanzando más de **3.000 millones de dólares** en valor total, con productos como OUSG y USDY que facilitan el acceso a bonos del Tesoro estadounidense de forma digital.

Otras entidades relevantes incluyen **Franklin Templeton** con su fondo BENJI, **Securitize**, plataforma que respalda varios de estos proyectos institucionales y protocolos como Centrifuge, enfocados en crédito privado. El mercado total de activos reales tokenizados ya supera los **24 mil millones de dólares** a inicios de 2026, con proyecciones que estiman un crecimiento hacia decenas de billones en la próxima década.

Desde una perspectiva especulativa, empresas como **Palantir Technologies** podrían jugar un rol complementario fundamental. Su experiencia en análisis de grandes volúmenes de datos y sistemas de gobernanza podría integrarse con plataformas de tokenización para ofrecer control, cumplimiento regulatorio y monitoreo en tiempo real de activos tokenizados a escala nacional. De igual forma, firmas como **Robinhood** y **Coinbase**, que ya han lanzado productos de acciones tokenizadas, podrían servir como canales de distribución para atraer inversión minorista hacia activos cubanos tokenizados.

3.5 ¿Qué implicaciones tendría para Cuba y América Latina si este proyecto llegara a implementarse?

La implementación exitosa de un modelo tecnocrático-libertario basado en tokenización en Cuba tendría implicaciones profundas tanto para la isla como para el resto de América Latina.

Para Cuba, este proyecto representaría una transformación radical de su estructura económica y social. La tokenización masiva de activos podría atraer importantes flujos de capital extranjero y de la diáspora, permitiendo una modernización acelerada de su economía. Sin embargo, también implicaría un cambio profundo en la concepción misma de la propiedad y en las relaciones de poder dentro de la sociedad cubana, al pasar de un sistema de propiedad estatal predominante a uno de propiedad digital fragmentada y controlada a través de plataformas tecnológicas.

En el plano regional, un proyecto exitoso en Cuba podría convertirse en un modelo demostrativo para otros países de América Latina. Si el experimento logra generar crecimiento económico visible y estabilidad, muchos gobiernos de la región podrían verse tentados a adoptar elementos similares de este modelo. Esto podría acelerar la adopción de sistemas de tokenización de activos, identidad digital y marcos regulatorios favorables a las tecnologías financieras en varios países.

Para las élites tecnológicas y financieras estadounidenses, un resultado positivo en Cuba validaría su visión de cómo reorganizar economías enteras mediante infraestructura tecnológica privada. Esto fortalecería significativamente su influencia en la región y consolidaría un nuevo tipo de hegemonía basada no solo en poder militar o político tradicional, sino en el control de la infraestructura financiera y tecnológica del siglo XXI.

Finalmente, este escenario plantea un nuevo paradigma en las relaciones internacionales de América Latina, donde el poder ya no se mediría únicamente en términos de influencia diplomática o militar, sino también en la capacidad de implementar y controlar las nuevas arquitecturas tecnológicas y financieras que definirán la economía global en las próximas décadas.

3.6 Cuba: Del Viejo al Nuevo Mundo – Un Paralelo Histórico

Cuando Cristóbal Colón llegó a Cuba el 28 de octubre de 1492, la isla no solo se convirtió en parte del descubrimiento de un nuevo continente, sino que rápidamente adquirió una importancia estratégica excepcional para el Imperio Español. Su posición geográfica privilegiada la transformó en el principal puerto y base logística del Caribe. Desde Cuba partieron expediciones hacia México y otros territorios, y hacia ella llegaban las flotas cargadas de plata y riquezas del continente para luego ser enviadas a España. Durante siglos, Cuba fue el centro neurálgico que conectaba el Viejo Mundo con el Nuevo.

Hoy, algunos analistas observan paralelismos interesantes con la situación actual. El mundo enfrenta niveles récord de deuda pública. Según datos recientes, la deuda global supera los **348 billones de dólares**, y la deuda gubernamental mundial se acerca al **95% del PIB global**, con proyecciones de alcanzar el 100% en los próximos años. Este sistema basado en deuda soberana, impresión monetaria y fiat tradicional enfrenta crecientes desafíos de sostenibilidad, inflación y pérdida de confianza.

En este contexto, surge la idea de que el mundo necesita un nuevo marco económico y financiero, similar a la transformación radical que supuso el descubrimiento de América en su momento. Un sistema que incorpore tecnologías como la tokenización de activos reales, blockchain y nuevos modelos de propiedad digital podría representar ese cambio de paradigma.

Cuba, nuevamente por su ubicación geográfica, tamaño manejable y condiciones estructurales actuales, aparece una vez más como un territorio con potencial simbólico y práctico para servir de punto de partida o laboratorio de este posible “Nuevo Mundo” financiero y tecnológico. Así como fue clave en la apertura de una nueva era hace más de quinientos años, algunos actores ven en la Cuba del siglo XXI un posible punto de inflexión para la reconfiguración del sistema económico global.

La historia muestra que las grandes transformaciones mundiales a menudo han tenido escenarios pequeños pero estratégicos donde se probaron o iniciaron procesos que luego cambiaron el curso de la humanidad. Cuba ya cumplió ese rol una vez. La pregunta que queda abierta es si la historia, de alguna forma, podría repetirse.

Capítulo 4: El Retorno de la Doctrina Monroe 2.0 – La Nueva Estrategia de Estados Unidos para América

La llegada de la segunda administración Trump al poder en enero de 2025 ha marcado el comienzo de una nueva etapa en las relaciones entre Estados Unidos y América Latina. Más allá de los titulares sobre migración y aranceles, se observa la consolidación de una visión estratégica que actualiza los principios de la Doctrina Monroe al contexto del siglo XXI.

Esta nueva doctrina ya no se fundamenta principalmente en el poder militar o la influencia política tradicional, sino que combina tres elementos fundamentales: capital tecnológico de élite, infraestructura financiera basada en tokenización y una narrativa ideológica que mezcla conceptos libertarios con la promesa de prosperidad económica.

En este nuevo esquema, Cuba adquiere una importancia estratégica particular. La isla deja de ser vista únicamente como un problema político pendiente de la Guerra Fría para convertirse en un potencial laboratorio de transformación económica y tecnológica. La presencia de Marco Rubio como una de las figuras más influyentes de la nueva administración añade una dimensión adicional a esta estrategia, dada su profunda conexión con la comunidad cubano-americana y su capacidad para actuar como puente entre Washington, Miami y La Habana.

Este capítulo analiza cómo la actual administración estadounidense está redefiniendo su relación con el continente, utilizando a Cuba como caso de estudio central. Se examina la evolución desde la Doctrina Monroe original hasta esta nueva versión tecnológica, el rol específico de Marco Rubio en esta visión y las implicaciones que esta estrategia podría tener tanto para Cuba como para el resto de América Latina.

4.1 La Doctrina Monroe original y su evolución histórica

La Doctrina Monroe, enunciada por el presidente James Monroe en 1823, estableció un principio fundamental en la política exterior estadounidense: los países de América eran considerados territorio de influencia exclusiva de Estados Unidos, y cualquier intervención de potencias europeas en el hemisferio occidental sería vista como una amenaza directa a la seguridad nacional norteamericana.

Esta doctrina, aunque inicialmente más declarativa que operativa, evolucionó significativamente a lo largo del siglo XX. Durante la era del “Gran Garrote” de Theodore Roosevelt, se convirtió en justificación para intervenciones militares directas en países como Cuba, Panamá, Nicaragua y Haití. Posteriormente, durante la Guerra Fría, se transformó en una herramienta ideológica para contener la expansión del comunismo en la región, convirtiendo a América Latina en un campo de batalla geopolítico entre Estados Unidos y la Unión Soviética.

Cuba ocupó un lugar central en esta evolución. La Enmienda Platt (1901), que otorgaba a Estados Unidos el derecho de intervenir en los asuntos internos cubanos, y la Crisis de los Misiles de 1962 representaron dos momentos clave donde la isla se convirtió en epicentro de la confrontación entre ambas superpotencias.

Tras el fin de la Guerra Fría, la Doctrina Monroe pareció perder relevancia. Sin embargo, en los últimos años ha resurgido bajo una nueva forma. La actual administración estadounidense no busca repetir las intervenciones militares del pasado, sino establecer un nuevo tipo de influencia basada en tecnología, capital financiero y control de infraestructura estratégica. Esta versión actualizada mantiene el principio básico de que América debe permanecer dentro de la esfera de influencia de Estados Unidos, pero sustituye los métodos tradicionales por herramientas del siglo XXI.

4.2 La nueva administración Trump y su visión para el continente

La segunda administración Trump, iniciada en enero de 2025, ha traído consigo una redefinición clara de la política exterior estadounidense hacia América Latina. A diferencia de su primer mandato, esta nueva etapa se caracteriza por una visión más estructurada y ambiciosa respecto al continente.

Esta visión combina tres elementos principales: una retórica fuertemente anticomunista y antisocialista, un enfoque pragmático orientado a los negocios y una alianza estratégica con sectores tecnológicos y financieros de élite. El discurso oficial enfatiza la necesidad de “liberar” a los pueblos de la región de regímenes autoritarios y de promover modelos económicos basados en el libre mercado y la innovación tecnológica.

Dentro de esta nueva estrategia, América Latina deja de ser vista únicamente como un problema migratorio o de seguridad para convertirse en un espacio de oportunidad económica y geopolítica. La administración ha dejado claro su intención de reducir la influencia de potencias extracontinentales especialmente China en la región y de promover una integración hemisférica bajo liderazgo estadounidense.

Es en este contexto donde surge una nueva forma de ejercer influencia: no ya a través de organismos internacionales tradicionales o ayuda económica convencional, sino mediante la promoción activa de nuevas tecnologías financieras, sistemas de tokenización de activos y marcos regulatorios favorables a la empresa privada y al capital tecnológico.

Cuba ocupa un lugar destacado dentro de esta visión. La isla es percibida simultáneamente como el último bastión del socialismo del siglo XX en la región y como un terreno potencialmente fértil para experimentar con el modelo económico y tecnológico que la actual administración desea promover en todo el continente.

4.3 El rol de Marco Rubio en la nueva estrategia hacia Cuba

Marco Rubio ha emergido como una de las figuras más influyentes de la segunda administración Trump, particularmente en todo lo relacionado con Cuba y América Latina. Su ascenso representa una combinación única entre política tradicional y los nuevos poderes tecnológicos y financieros.

Hijo de inmigrantes cubanos que llegaron a Estados Unidos en 1956, Rubio ha construido su carrera política en gran medida sobre su identidad cubano-americana. Desde sus inicios como legislador estatal en Florida, pasando por su elección al Senado en 2010, Rubio se ha posicionado consistentemente como uno de los mayores críticos del régimen cubano. Durante décadas, su discurso se centró en la defensa de los derechos humanos, el embargo económico y la presión política contra el gobierno de La Habana.

Sin embargo, en los últimos años su enfoque ha evolucionado de manera significativa. Rubio ha pasado de ser principalmente un político anticomunista tradicional a convertirse en un importante articulador entre la clase política de Washington, la comunidad cubano-americana de Miami y los nuevos círculos de poder tecnológico y financiero.

Su cercanía con importantes figuras del mundo cripto, blockchain y capital de riesgo, junto a su rol clave en la actual administración Trump, le ha permitido posicionar a Cuba como una prioridad estratégica. Rubio ha sido fundamental en la creación de puentes entre la comunidad cubano-americana, especialmente los nuevos migrantes de las últimas oleadas, y los intereses de importantes empresas tecnológicas interesadas en el mercado cubano.

Su influencia actual representa un cambio cualitativo importante: ya no solo promueve el aislamiento del régimen cubano, sino que articula una visión de “reconstrucción” de Cuba bajo un nuevo modelo económico. Esta visión combina elementos de libre mercado, adopción masiva de tecnologías financieras y un fuerte componente de inversión privada, tanto de la diáspora como de capitales estadounidenses.

Rubio se ha convertido, en la práctica, en el principal enlace entre la nueva élite tecnocrática estadounidense y el futuro de Cuba.

Esta posición ha permitido a Rubio convertirse en el principal articulador entre la oposición y el exilio cubano tradicional con los nuevos poderes emergentes. Figuras como la congresista **María Elvira Salazar**, junto a activistas históricos de la oposición como **Rosa María Payá** y **José Daniel Ferrer**, han encontrado en Rubio un canal de comunicación directo con la actual administración.

Rubio ha logrado posicionarse como el referente político que puede unir a los distintos sectores del exilio y la oposición cubana: desde los sectores más tradicionales y anticomunistas hasta los sectores más jóvenes y pro-tecnología que promueven ideas libertarias y de libre mercado. Su influencia se extiende tanto sobre congresistas cubano-americanos como sobre líderes de la disidencia dentro de la isla.

En esta nueva etapa, Rubio no solo actúa como un político tradicional, sino como el principal promotor de una “nueva Cuba” ante las élites tecnológicas y financieras de Estados Unidos. Su rol es fundamental porque representa la legitimidad política y el respaldo de importantes sectores del exilio y la oposición cubana ante los proyectos de tokenización, inversión privada y transformación económica que se están diseñando para la isla.

De esta manera, Rubio se ha convertido en el puente político indispensable entre los viejos sueños de libertad del exilio cubano y los nuevos proyectos tecnológicos que buscan redefinir el futuro de Cuba.

Este rol de articulador también abarca a importantes sectores del exilio y figuras empresariales cubano-americanas. Empresarios como **Hugo Cancio**, a través de su medio *OnCuba*, han mantenido una línea que responde tanto a sus intereses comerciales como a una relación compleja con sectores del régimen cubano.

De igual importancia es el papel de la familia Mas Canosa. **Jorge Mas Santos**, hijo del histórico líder del exilio Jorge Mas Canosa y actual presidente de **MasTec**, una de las mayores empresas de infraestructura y construcción de Estados Unidos, ha ganado creciente visibilidad en los últimos meses. En marzo de 2026, Jorge Mas se reunió con el presidente Trump en la Casa Blanca, donde recibió mensajes explícitos sobre el futuro de Cuba y la posibilidad de un retorno.

El periodista **Mario Pentón**, uno de los comunicadores más influyentes entre los cubanos dentro de la isla, ha jugado un rol clave al dar voz y plataforma a estas figuras. Sus entrevistas y reportajes han permitido que miles de cubanos en la isla conozcan directamente las posturas de Marco Rubio, Jorge Mas Santos y otros actores relevantes, moldeando de forma significativa la narrativa sobre lo que podría ser una “nueva Cuba”.

De esta manera, Marco Rubio no solo actúa como político, sino como el eje que conecta el viejo exilio histórico, el nuevo exilio económico, la oposición dentro de la isla, el poder empresarial representado por familias como los Mas (a través de MasTec) y otros empresarios cubano-americanos con intereses en la isla. Su capacidad para unir estos sectores lo convierte en la figura política más importante para cualquier proyecto de transformación económica y tecnológica que se quiera implementar en Cuba.

4.4 La Doctrina Monroe Tecnológica – Una nueva forma de influencia

La actual estrategia de Estados Unidos hacia Cuba representa una evolución significativa de la Doctrina Monroe. Si en los siglos XIX y XX la influencia se ejercía principalmente a través de la presión militar, política o económica convencional, en el siglo XXI esta influencia busca consolidarse mediante el control de la infraestructura tecnológica y financiera.

Esta nueva versión de la doctrina, a la que podríamos denominar **Doctrina Monroe Tecnológica**, utiliza como herramientas principales la tokenización de activos reales, los sistemas de identidad digital, las plataformas financieras basadas en blockchain y las tecnologías de análisis de grandes volúmenes de datos.

En este nuevo paradigma, el poder ya no se mide exclusivamente en términos de bases militares o tratados comerciales tradicionales, sino en la capacidad de definir y controlar la nueva arquitectura económica digital de un país. Quien controle los sistemas de registro de propiedad, los flujos financieros digitales y la identidad de los ciudadanos, ejercerá una influencia mucho más profunda y permanente que la que podían lograr las intervenciones del pasado.

Cuba representa un caso particularmente atractivo dentro de esta nueva estrategia. Al encontrarse en una situación de debilidad institucional y económica extrema, la isla ofrece la posibilidad de implementar este modelo desde cero, con menor resistencia estructural que en otros países de la región. Su ubicación geográfica, sumada a la fuerte presencia de la diáspora en Miami y al rol articulador de Marco Rubio, completa las condiciones necesarias para convertir a Cuba en el primer gran proyecto piloto de esta nueva forma de influencia.

De esta manera, lo que estamos presenciando no es simplemente un cambio de política hacia Cuba, sino la prueba de concepto de un nuevo modelo de relación hemisférica donde la tecnología y las finanzas digitales se convierten en los principales instrumentos de poder del siglo XXI.

Capítulo 5: La Reserva Federal de Estados Unidos – Historia, Trayectoria Ideológica y el Ascenso de Kevin Warsh

La Reserva Federal de Estados Unidos, comúnmente conocida como “la Fed”, representa la institución financiera más poderosa del mundo. Fundada en 1913 tras la aprobación de la **Federal Reserve Act**, su creación marcó un punto de inflexión en la historia económica moderna, al centralizar el control del sistema monetario estadounidense en una entidad cuasi-privada.

Desde su nacimiento, la Reserva Federal ha sido objeto de intensos debates ideológicos. Mientras sus defensores argumentan que su creación fue necesaria para estabilizar un sistema bancario propenso a crisis recurrentes, sus críticos, especialmente dentro de la tradición libertaria y de la Escuela Austriaca, la consideran una institución ilegítima que concentra un poder excesivo y no está sujeta a control democrático real.

A lo largo de más de un siglo, la Fed ha evolucionado desde su rol original de “prestamista de última instancia” hasta convertirse en el principal actor que define la política monetaria global. Sus decisiones sobre tasas de interés, expansión cuantitativa y suministro de liquidez han moldeado ciclos económicos, burbujas financieras y crisis internacionales.

En este contexto, la reciente nominación y confirmación de **Kevin Warsh** como presidente de la Junta de Gobernadores de la Reserva Federal representan un cambio significativo. Warsh, conocido por sus posiciones cercanas al mundo tecnológico y con vínculos explícitos con figuras libertarias y empresarios como Peter Thiel y Alex Karp, trae a la institución una visión que combina ideas de libre mercado con una fuerte apertura hacia la innovación tecnológica y las criptomonedas.

Este capítulo analiza la evolución histórica e ideológica de la Reserva Federal y examina cómo la llegada de Kevin Warsh podría marcar el comienzo de una nueva etapa en la que las ideas libertarias y los intereses del complejo tecnocrático comienzan a converger dentro de la institución monetaria más importante del mundo.

5.1 La evolución ideológica de la Reserva Federal: de su creación hasta la actualidad

La Reserva Federal, creada en 1913, nació con un claro objetivo: estabilizar el sistema financiero tras una serie de crisis bancarias severas. Desde sus inicios, la institución ha oscilado entre diferentes inclinaciones ideológicas, reflejando tanto el contexto económico de cada época como las visiones de sus presidentes.

Durante sus primeras décadas, la Fed mantuvo un perfil relativamente conservador y limitado. Sin embargo, a partir de la Gran Depresión y especialmente tras la Segunda Guerra Mundial, adoptó un rol mucho más intervencionista, alineándose con el modelo económico keynesiano dominante. Esta etapa se caracterizó por una mayor disposición a utilizar la política monetaria como herramienta para gestionar el ciclo económico y promover el pleno empleo.

El período más inflacionario de su historia llegó entre 1965 y 1982 (la “Gran Inflación”), donde la Fed priorizó el crecimiento y el empleo por encima del control de la inflación, reflejando una visión más cercana al intervencionismo estatal.

Un cambio radical ocurrió en 1979 con la llegada de **Paul Volcker**. Su mandato representó la etapa más dura y ortodoxa en la historia moderna de la institución. Al elevar las tasas de interés hasta niveles extremos, Volcker rompió la espiral inflacionaria, marcando un giro hacia políticas más restrictivas y disciplinadas, más cercanas a una visión conservadora y de estabilidad monetaria.

Posteriormente, bajo **Alan Greenspan** (1987-2006), la Fed adoptó un enfoque fuertemente pro-mercado. Esta época, conocida como “La Gran Moderación”, se caracterizó por una fe casi absoluta en la capacidad de los mercados para autorregularse y en la innovación tecnológica como motor de crecimiento. Fue la etapa más cercana a ideas procapitalistas y de libre mercado que ha tenido la institución.

La crisis financiera de 2008 marcó otro punto de inflexión. Bajo **Ben Bernanke**, Janet Yellen y Jerome Powell, la Fed volvió a un intervencionismo sin precedentes mediante programas masivos de expansión cuantitativa (QE) y tasas de interés cercanas a cero. Esta fase representó el período de mayor intervención estatal en la historia de la Reserva Federal, alejándose notablemente de principios libertarios o de libre mercado.

En este contexto histórico, la llegada de **Kevin Warsh** como nuevo presidente de la Reserva Federal en 2026 representa un posible nuevo giro ideológico, al traer consigo una visión influenciada por ideas libertarias, cercanía al mundo tecnológico y una fuerte crítica al exceso de intervención de la Fed en años recientes.

5.2 Kevin Warsh: Perfil, relaciones clave y visión tecnócrata-libertaria

Kevin Warsh, confirmado como presidente de la Reserva Federal en 2026, representa una figura atípica dentro de la institución. Antiguo gobernador de la Fed entre 2006 y 2011, Warsh renunció en desacuerdo con la expansión excesiva del balance de la institución tras la crisis financiera. Tras su salida, se unió al Duquesne Family Office de Stanley Druckenmiller, donde gestionó inversiones en tecnología y se convirtió en una figura muy cercana al ecosistema de Silicon Valley.

Warsh mantiene una relación de larga data con dos figuras fundamentales de **Palantir Technologies**. Su amistad con **Peter Thiel** se remonta a sus años universitarios en Stanford a inicios de los años 90, donde ambos ocuparon cargos en la asociación de estudiantes. Esta relación se ha mantenido a lo largo de las décadas, tanto a nivel personal como en el ámbito de las inversiones. De igual forma, Warsh ha desarrollado una estrecha relación con **Alex Karp**, CEO de Palantir. En una conversación pública en 2022, Karp le dijo directamente a Warsh: “Tú no estarías saliendo con nosotros si fueras tan normal como dices ser”, reflejando el nivel de cercanía entre ambos.

Respecto a **Elon Musk**, Warsh ha invertido en varias de sus empresas, incluyendo SpaceX, aunque no existe evidencia pública de una relación personal cercana como la que mantiene con Thiel y Karp.

En el ámbito político, Warsh ha estrechado lazos con **Marco Rubio**, alineándose con la visión de la actual administración Trump en materia económica y de reducción del intervencionismo estatal excesivo. Rubio ha encontrado en Washington un aliado que combina credibilidad institucional con una visión favorable a la innovación tecnológica y al sector privado.

Las ideas de Warsh combinan elementos libertarios con una fuerte orientación tecnócrata. Defiende una reducción significativa del rol de la Fed, criticando duramente los programas de expansión cuantitativa y el excesivo intervencionismo de la institución en las últimas décadas. Considera que la tecnología, particularmente la inteligencia artificial, generará aumentos de productividad que deben ser incorporados en las decisiones de política monetaria. Su visión promueve menos regulación, mayor confianza en los mercados y en las empresas tecnológicas como motor de progreso.

Esta combinación de ideas libertarias (reducción del Estado y defensa de los mercados) con una profunda cercanía al mundo de la tecnología y empresas como Palantir hace de Kevin Warsh una figura clave para entender la convergencia entre el poder financiero tradicional y el nuevo complejo tecnocrático que se analiza en esta tesis.

En el ámbito personal, Kevin Warsh está casado con **Jane Lauder**, heredera de la fortuna de la familia Lauder (dueños de Estée Lauder Companies), una de las familias más ricas y poderosas de Estados Unidos. Este matrimonio lo vinculó directamente con una de las dinastías empresariales más influyentes del país, otorgándole un estatus social y una red de contactos de alto nivel que trasciende el mundo financiero y político.

Esta unión no solo representa una conexión con la élite económica tradicional, sino que también refuerza su posición dentro de los círculos de poder estadounidenses. Warsh, hijo de un abogado de Nueva York, pasó de ser un joven funcionario público a convertirse en un miembro de pleno derecho de la élite financiera y tecnológica estadounidense, manteniendo al mismo tiempo fuertes lazos con el mundo político a través de su amistad con Marco Rubio y su cercanía con Peter Thiel.

Esta combinación de conexiones políticas, tecnológicas, financieras y de élite familiar convierte a Kevin Warsh en una figura particularmente poderosa dentro del actual ecosistema de poder estadounidense, capaz de conectar diferentes esferas de influencia que históricamente habían mantenido cierta distancia entre sí.

La relación de Kevin Warsh con **Peter Thiel** se remonta a principios de los años 90 en la Universidad de Stanford. Mientras Warsh era presidente de la asociación de estudiantes, Thiel ocupaba el cargo de tesorero (comptroller). Esta cercanía durante sus años universitarios sentó las bases de una amistad que ha perdurado por más de tres décadas. Warsh ha reconocido públicamente que “creció” junto a Thiel y Marc Andreessen, y ha realizado inversiones junto a ellos tras abandonar la Fed en 2011.

Su relación con **Alex Karp**, CEO de Palantir, es igualmente estrecha y más reciente en el ámbito público. Warsh ha descrito a Karp como un “amigo” de más de diez años. En una conversación pública realizada en Stanford en 2022, Karp bromeó directamente con Warsh diciendo: “Tú no estarías saliendo con nosotros si fueras tan normal como dices ser”, lo que refleja el nivel de confianza y cercanía entre ambos. Warsh también ha invertido en Palantir a través de su trabajo en el Duquesne Family Office.

En cuanto a **Marco Rubio**, la relación es de naturaleza más política y estratégica. Aunque no comparten una amistad de décadas como en el caso de Thiel, Warsh ha alineado su visión económica con la del actual Secretario de Estado. Ambos comparten la crítica al excesivo intervencionismo de la Fed en los últimos años y una visión favorable a la reducción del rol del Estado en favor de la innovación tecnológica y el sector privado. Rubio ha encontrado en Washington a un aliado clave dentro del aparato económico que puede facilitar la implementación de políticas más amigables con el mundo tecnológico y con los intereses estratégicos hacia Cuba.

Esta red de relaciones, la amistad de larga data con Thiel, la cercanía con Karp y Palantir, y la alianza política con Rubio posiciona a Warsh como uno de los hombres mejor conectados entre el mundo de las finanzas tradicionales, el complejo tecnocrático de Silicon Valley y el actual gobierno estadounidense.

5.3 La Reserva Federal, Kevin Warsh y el proyecto de la nueva Cuba

La llegada de Kevin Warsh a la presidencia de la Reserva Federal podría marcar un punto de inflexión en la forma en que Estados Unidos aborda la transformación económica de Cuba.

En este nuevo escenario, la Reserva Federal dejaría de ser un actor pasivo para convertirse en una institución facilitadora activa del proyecto cubano. Bajo la dirección de Warsh, la Fed podría diseñar mecanismos monetarios y regulatorios especiales que permitan una integración fluida de la economía cubana al nuevo sistema financiero digital estadounidense.

Warsh, con su estrecha relación con Peter Thiel y Alex Karp, actuaría como el puente natural entre la Reserva Federal y el complejo tecnocrático representado por Palantir. Esta alianza permitiría que las capacidades de análisis de datos masivos y gobernanza digital de Palantir se integren con los sistemas financieros y de pago que la Fed podría autorizar para operar en Cuba.

El papel de la Reserva Federal en este proyecto sería múltiple: primero, podría crear un marco regulatorio especial que permita el uso de stablecoins y activos tokenizados emitidos por entidades estadounidenses en territorio cubano. Segundo, facilitaría líneas de crédito y liquidez a empresas tecnológicas interesadas en participar en la reconstrucción económica de la isla. Tercero, podría ayudar a diseñar un sistema de identidad digital y registro de propiedad basado en blockchain que sea compatible con la infraestructura financiera estadounidense.

Marco Rubio, por su parte, serviría como el articulador político que legitima este proyecto ante la comunidad cubano-americana y la oposición dentro de la isla, mientras que Kevin Warsh y sus aliados en la Fed proporcionarían la arquitectura financiera y regulatoria necesaria.

De esta forma, la Reserva Federal pasaría de ser simplemente el banco central de Estados Unidos a convertirse en uno de los arquitectos principales de lo que algunos ya denominan “el primer Estado tokenizado del siglo XXI”, utilizando a Cuba como caso piloto. Warsh, con su perfil libertario-tecnocrático y sus conexiones con Palantir, se posicionaría como la figura clave que conecta el poder monetario tradicional con el nuevo poder tecnológico en este ambicioso proyecto.

Desde una perspectiva social, la implementación de este modelo en Cuba implicaría una transformación profunda de la estructura de la sociedad cubana. La tokenización masiva de activos y la creación de un sistema financiero digital completamente nuevo generarían una reestructuración radical de lo que significa la propiedad y la riqueza en la isla.

Dado el vacío institucional y el colapso de las estructuras tradicionales del Estado cubano, es probable que surja un “**deep state cubano**” —una red de poder paralela compuesta por actores tecnológicos estadounidenses, elementos selectos de la diáspora cubano-americana y ciertos cuadros del régimen actual que se adapten al nuevo sistema. Este entramado de poder operaría con una autonomía significativa, gestionando los flujos de capital digital, los sistemas de identidad y el control de datos de la población. Desde el punto de vista histórico, Cuba no sería ajena a este fenómeno. La isla ya ha vivido bajo diferentes formas de poder paralelo durante su historia: primero bajo la influencia estadounidense durante la República (1902-1959), luego bajo el aparato de control total del Partido Comunista desde 1959. El posible “deep state tecnológico” representaría simplemente una nueva versión de este patrón histórico, solo que esta vez el poder no residiría en Washington ni en el Partido, sino en una combinación de algoritmos, datos y capital privado transnacional.

Los efectos sociales podrían ser profundos. Una minoría de cubanos con acceso a capital, educación técnica o conexiones con la diáspora podría beneficiarse significativamente del nuevo sistema de propiedad tokenizada. Sin embargo, una gran parte de la población, especialmente aquellos sin habilidades digitales, sin conexiones familiares en el exterior o sin capital inicial, podrían quedar excluidos de este nuevo orden económico, generando una nueva forma de desigualdad estructural.

Kevin Warsh ha mostrado consistentemente posiciones que combinan ideas libertarias con una fuerte apuesta por la tecnología. Ha criticado abiertamente el exceso de intervencionismo de la Reserva Federal en las últimas décadas y defiende una reducción significativa del rol del banco central. En múltiples ocasiones ha señalado que la inteligencia artificial representa “el momento más disruptivo en la historia económica de Estados Unidos y el mundo”, argumentando que los aumentos de productividad generados por la IA actuarán como una fuerza desinflacionaria, permitiendo una política monetaria más flexible.

Warsh ha afirmado que los activos digitales ya forman “parte del tejido del sistema financiero estadounidense” y ha mostrado una postura favorable a la incorporación de tecnología blockchain y criptoactivos en el sistema financiero tradicional. Esta combinación de escepticismo hacia el excesivo poder estatal y entusiasmo por las tecnologías disruptivas lo posiciona como un puente ideológico entre el libertarianismo clásico y el tecnocratismo moderno.

Hasta el momento no se han encontrado declaraciones públicas directas de Kevin Warsh sobre Cuba. Su conexión con el caso cubano parece ser indirecta, a través de su estrecha relación con Marco Rubio y su alineación con la visión de la actual administración hacia la región.

Capítulo 6: El Juicio de los Antiguos – ¿Qué dirían los filósofos sobre el nuevo orden que se avecina?

Dos milenios y medio después de que Platón fundara la Academia, la cuestión fundamental de la filosofía política permanece intacta: ¿quién debe gobernar a los hombres?

Mientras una nueva élite no de filósofos, sino de ingenieros, algoritmos y capital se prepara para ensayar en Cuba un modelo que combina la retórica de la libertad con un poder tecnológico jamás visto, resulta inevitable convocar a los antiguos al juicio de la historia. Sócrates, Platón y Aristóteles, quienes dedicaron sus vidas a interrogar la naturaleza del poder, la justicia y el buen gobierno, merecen ser escuchados.

Este capítulo no busca una mera comparación académica. Pretende algo más profundo: confrontar el proyecto tecnocrático-libertario que se diseña para Cuba con el pensamiento político más radical y exigente que ha producido Occidente.

¿Verían Platón y Sócrates en esta nueva alianza entre poder tecnológico y discurso libertario una realización moderna de su tan ansiada aristocracia de los mejores? ¿O reconocerían en ella una nueva y más sofisticada forma de sofística, donde el poder se disfraza de libertad mientras se concentra en manos aún más lejanas del pueblo?

Aristóteles, maestro de la medida y el realismo político, ¿consideraría este modelo una sana meritocracia o una peligrosa distorsión del orden natural?

Antes de que Cuba sea transformada, antes de que sus activos sean tokenizados y su sociedad reorganizada según los designios de esta nueva élite, conviene someter el proyecto al escrutinio implacable de aquellos que primero se atrevieron a pensar políticamente. Porque quizá el debate decisivo de nuestro tiempo no sea entre izquierda y derecha, sino entre la antigua sabiduría sobre el poder y la nueva arrogancia tecnológica.

6.1 La crítica de los antiguos al gobierno de las masas: Platón, Sócrates y Aristóteles ante la democracia

Los antiguos filósofos griegos no fueron democráticos. Esta es una verdad incómoda que muchos modernos prefieren ignorar. Sócrates, Platón y Aristóteles, cada uno desde su propia perspectiva, mantuvieron una profunda desconfianza hacia el gobierno de la mayoría.

Sócrates fue ejecutado por una democracia. Condenado por el voto popular, llegó a la conclusión de que el problema no estaba en los jueces concretos, sino en el sistema mismo: ¿cómo puede un pueblo ignorante distinguir entre el verdadero conocimiento y la mera opinión? Su famosa analogía del barco sigue siendo devastadora: ¿quién preferiría que el timón de una nave fuera manejado por el voto de los marineros en vez de por el conocimiento del capitán?

Platón radicalizó esta crítica. Para él, la democracia no era simplemente un sistema imperfecto, era una forma degenerada de gobierno. En *La República*, la presenta como el preludio inevitable de la tiranía. Según Platón, cuando el pueblo cree que todos son igualmente capaces de gobernar, la sociedad cae en el caos de los deseos desenfrenados. Su solución fue tan clara como polémica: solo los mejores, los más sabios y virtuosos, los filósofos-reyes debían tener el poder. El gobierno no es un derecho de todos, sino una responsabilidad de los capaces.

Aristóteles, más moderado pero igualmente distante de la democracia pura, también rechazó el principio de igualdad numérica. Para él, la justicia no consiste en tratar a todos por igual, sino en tratar a cada uno según su mérito. Defendía que el poder debía residir en aquellos que poseen *areté*, excelencia moral e intelectual. Consideraba que dar el mismo poder al ignorante y al sabio, al virtuoso y al vicioso, no era justicia, sino una grave distorsión del orden natural.

Estos tres gigantes del pensamiento occidental coinciden en un punto esencial: **el poder no puede ser confiado a la mera voluntad de las masas**. Gobernar es un arte que requiere conocimiento, virtud y disciplina. Una idea que resuena con inquietante fuerza en el proyecto tecnocrático actual, donde una élite tecnológica reclama para sí el derecho a dirigir la sociedad basándose no en votos, sino en su supuesta superioridad técnica y cognitiva.

La sorprendente afinidad que estos filósofos podrían sentir hacia el tecnocratismo moderno no nace de un mero capricho histórico, sino de profundas coincidencias conceptuales.

Platón encontraría en el modelo tecnocrático una realización práctica de su sueño de los filósofos-reyes. Donde él imaginaba gobernantes formados en matemáticas, dialéctica y metafísica, los tecnócratas modernos proponen gobernantes formados en algoritmos, datos masivos e inteligencia artificial. Ambos rechazan el mismo principio: que la opinión popular sea la guía de las grandes decisiones de Estado. Para Platón, el pueblo era fácilmente manipulable por sofistas; para los tecnócratas, el pueblo es fácilmente manipulable por redes sociales y populistas. La solución que ofrecen es esencialmente platónica: el poder debe estar en manos de una élite cognitiva.

Aristóteles, por su parte, reconocería en este modelo una meritocracia natural. El tecnocratismo no finge que todos los hombres son iguales; al contrario, acepta y organiza la sociedad según las capacidades reales de cada individuo. Esta jerarquía basada en talento y conocimiento técnico estaría más cerca del pensamiento aristotélico que una democracia que finge igualdad entre el ignorante y el informado, entre el que entiende de sistemas complejos y el que solo consume opiniones.

Más aún, los antiguos filósofos se sentirían profundamente extraños ante las democracias contemporáneas. La democracia bipartidista actual, con su permanente espectáculo electoral, su reducción del debate público a eslóganes emocionales y su subordinación de la verdad al consenso popular, les parecería una versión moderna de la demagogia que tanto despreciaban.

El progresismo woke y el socialismo contemporáneo les resultarían aún más ajenos y peligrosos. La idea de igualdad absoluta, la negación de las diferencias naturales entre los hombres, el relativismo moral y la primacía de la emoción sobre la razón contradicen directamente los fundamentos de su pensamiento. Platón y Aristóteles creían en un orden natural, en la virtud, en la excelencia y en la búsqueda de la verdad objetiva. El subjetivismo radical y el igualitarismo forzado del progresismo actual les parecerían una forma de locura colectiva.

Es por ello que, confrontados con las opciones actuales, los grandes filósofos de la antigüedad encontrarían en el tecnocratismo —a pesar de sus riesgos y contradicciones— la propuesta menos incompatible con su visión del mundo: un sistema donde el conocimiento, y no el número, determina quién debe gobernar.

Esta afinidad entre el pensamiento antiguo y el tecnocratismo moderno no se limita únicamente a los filósofos griegos. A lo largo de la historia, particularmente durante las eras de las monarquías y el feudalismo, surgieron pensadores que defendieron ideas que guardan inquietantes paralelismos con la lógica tecnocrática actual.

Tomás de Aquino, uno de los mayores filósofos de la Edad Media, defendía la existencia de un **orden natural jerárquico**, donde cada persona ocupaba un lugar según su capacidad y función. Para Aquino, la sociedad no era una masa informe de iguales, sino un cuerpo orgánico donde cada miembro cumplía un rol específico. Esta visión orgánica y jerárquica resuena con la lógica tecnocrática, que también concibe la sociedad como un sistema complejo que debe ser ordenado por aquellos que mejor comprenden su funcionamiento.

Nicolás Maquiavelo, en *El Príncipe*, rompió con la moralidad ingenua y planteó que el poder efectivo requiere conocimiento técnico del funcionamiento real de los hombres y las instituciones. Su enfoque pragmático y casi científico del poder político anticipa, en cierta medida, la frialdad analítica con la que los tecnócratas modernos abordan la gobernanza a través de datos y algoritmos.

Más tarde, durante el absolutismo, pensadores como Thomas Hobbes argumentaron que el hombre en estado natural es incapaz de autogobernarse, por lo que requiere un poder fuerte y centralizado —el Leviatán— que imponga orden. Esta desconfianza antropológica hacia la capacidad del ser humano común para tomar decisiones colectivas es un pilar fundamental tanto del absolutismo monárquico como del tecnocratismo contemporáneo.

Incluso pensadores ilustrados como Francis Bacon, quien proclamaba que “conocimiento es poder”, sentaron las bases filosóficas de lo que siglos después sería el gobierno por la competencia técnica. Bacon defendía que aquellos que dominan la ciencia y el método deben tener preponderancia en la dirección de los asuntos humanos.

Todos estos pensadores, desde la Antigüedad hasta el feudalismo y el absolutismo, coinciden en rechazar la idea de que el poder pueda o deba residir en la voluntad popular indiscriminada. Comparten la convicción de que gobernar es un arte complejo que requiere conocimiento superior, disciplina intelectual y una comprensión profunda de la naturaleza humana y social.

El tecnocratismo moderno no es, pues, una idea completamente nueva. Es más bien la última encarnación histórica de una corriente de pensamiento muy antigua: la creencia de que la sociedad debe ser dirigida por una élite de los más capaces, ya sean filósofos, príncipes, científicos o, ahora, ingenieros de datos y visionarios tecnológicos.

Esta línea de pensamiento que desconfía del gobierno popular no se limitó a la Grecia clásica. A lo largo de la historia, las monarquías y los sistemas feudales también se sustentaron en una idea central: que el poder debe descansar en los más capaces. La monarquía hereditaria, en su mejor versión, aspiraba a ser una forma de meritocracia selectiva, donde el rey debía ser educado desde niño en el arte de gobernar, rodeado de consejeros sabios y expertos.

La monarquía, en esencia, representaba la creencia de que no todos los hombres están igualmente capacitados para ejercer el poder. Esta idea de jerarquía basada en capacidad y preparación guarda una relación directa con el concepto de **meritocracia**, el cual a su vez sirve como puente conceptual hacia el **tecnocratismo** moderno.

Mientras la monarquía buscaba la excelencia a través de la sangre y la educación aristocrática, el tecnocratismo la busca a través del conocimiento técnico, los datos y la capacidad computacional. Ambos sistemas comparten el rechazo fundamental a la igualdad política indiscriminada y la convicción de que la sociedad debe ser dirigida por una élite calificada.

De esta forma, el tecnocratismo no aparece como una ruptura radical con el pensamiento político occidental, sino como su nueva manifestación. Lo que antes era el rey asesorado por filósofos y expertos, hoy es la élite tecnológica asesorada por algoritmos e inteligencia artificial. La forma ha cambiado, pero la esencia filosófica permanece: el poder no debe estar en manos del pueblo, sino en manos de los que saben.

Así, desde Platón hasta las monarquías ilustradas, pasando por la meritocracia aristocrática, se dibuja una línea continua de pensamiento que encuentra en el tecnocratismo contemporáneo su versión actualizada para el siglo XXI.

6.2 El surgimiento de la tecnocracia: de idea marginal a proyecto de poder global

La tecnocracia puede definirse como el sistema de gobierno en el que las decisiones políticas y sociales son tomadas por expertos técnicos, científicos e ingenieros, en lugar de por representantes elegidos popularmente. En esencia, sustituye la legitimidad democrática por la legitimidad técnica.

Aunque el término “tecnocracia” ganó popularidad en el siglo XX, sus raíces intelectuales son mucho más antiguas. Sin embargo, fue durante la Revolución Industrial y, especialmente, tras la Primera Guerra Mundial cuando la idea comenzó a tomar forma como movimiento político coherente.

El verdadero nacimiento de la tecnocracia como concepto organizado ocurrió en Estados Unidos durante la década de 1930, en plena Gran Depresión. En 1932 surgió el movimiento **Technocracy Inc.**, liderado por el ingeniero **Howard Scott**. Este movimiento proponía reemplazar completamente el sistema de precios y el gobierno democrático por una gestión científica de la sociedad basada en la ingeniería y la eficiencia energética. Sus seguidores argumentaban que los políticos y economistas habían demostrado ser incapaces de resolver la crisis, y que solo los técnicos e ingenieros poseían las herramientas necesarias para reorganizar la sociedad de forma racional.

Aunque el movimiento Technocracy Inc. tuvo un auge importante entre 1932 y 1934, eventualmente perdió fuerza. Sin embargo, la idea de que el gobierno debía estar en manos de expertos técnicos no desapareció. Durante la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría, el complejo militar-industrial estadounidense comenzó a incorporar masivamente científicos y técnicos en la toma de decisiones estratégicas, sentando un precedente práctico de tecnocracia.

El verdadero punto de inflexión ocurrió a finales del siglo XX y principios del XXI con la revolución digital. La enorme complejidad de los sistemas económicos, financieros y tecnológicos modernos hizo que el argumento tecnocrático ganara fuerza: los problemas contemporáneos eran demasiado complejos para ser entendidos por políticos tradicionales o por el ciudadano común.

Fue en este contexto que surgió una nueva generación de tecnócratas, ya no solo ingenieros, sino programadores, expertos en datos, fundadores de empresas tecnológicas y filósofos de la tecnología. Figuras como Peter Thiel, Elon Musk o Marc Andreessen representan esta nueva ola: no se limitan a asesorar al poder, sino que aspiran a ejercerlo directamente.

De esta forma, lo que comenzó como un movimiento marginal de ingenieros en la década de 1930 se ha convertido en uno de los proyectos políticos más ambiciosos del siglo XXI: la sustitución gradual de la democracia de masas por un nuevo orden gobernado por aquellos que controlan la tecnología y los datos.

Aunque el movimiento *Technocracy Inc.* de Howard Scott fue el primer intento organizado de establecer un gobierno técnico, no fue ni el primero ni el último en promover estas ideas.

Ya en la década de 1920, el ingeniero estadounidense **Thorstein Veblen**, en su libro *The Engineers and the Price System* (1921), había planteado que los ingenieros y técnicos debían tomar el control de la industria para liberarla de la “saboteadora” clase empresarial. Veblen es considerado uno de los primeros teóricos importantes de la tecnocracia moderna.

Tras el declive de Technocracy Inc. en la segunda mitad de los años 30, la idea permaneció latente durante décadas. Sin embargo, durante la Guerra Fría, el concepto evolucionó hacia lo que se conoció como “**government by experts**”. Figuras como **Robert McNamara**, Secretario de Defensa bajo Kennedy y Johnson, representaron el arquetipo del tecnócrata: un hombre de números y sistemas que aplicaba métodos de gestión empresarial al Estado.

La verdadera transformación ocurrió con la revolución digital. A partir de la década de 1990 y especialmente en los años 2000, surgió una nueva generación de tecnócratas mucho más poderosa. Esta nueva ola ya no provenía principalmente de la ingeniería tradicional, sino del mundo de la tecnología y el capital riesgo.

Peter Thiel, cofundador de PayPal y primer inversor de Facebook, se convirtió en uno de los principales ideólogos de esta nueva tecnocracia. En su libro *Zero to One*, Thiel cuestiona abiertamente la democracia como sistema óptimo para el progreso tecnológico y defiende la idea de que las grandes innovaciones ocurren bajo estructuras más autoritarias y dirigidas.

Elon Musk, por su parte, ha encarnado la figura del tecnócrata visionario que no solo quiere influir en el poder, sino directamente ejercerlo. Sus proyectos (Neuralink, Starlink, xAI, Tesla) muestran una clara intención de moldear la sociedad a través de la tecnología.

Otros nombres relevantes en esta evolución son **Marc Andreessen**, quien en su manifiesto “The Techno-Optimist Manifesto” (2023) defendió abiertamente que la civilización debe ser dirigida por aquellos que construyen tecnología, y **Curtis Yarvin** (conocido como Mencius Moldbug), cuya filosofía neorreaccionaria ha tenido una enorme influencia en los círculos tecnocráticos actuales, rechazando abiertamente la democracia en favor de lo que él llama “gobierno corporativo”.

De esta forma, lo que comenzó como un movimiento marginal de ingenieros en los años 30 se ha convertido en un poderoso ecosistema intelectual y económico que hoy busca no solo influir, sino reemplazar gradualmente el modelo democrático tradicional por uno basado en competencia técnica, datos y control tecnológico.

6.3 Elon Musk: El rostro visible del nuevo tecnocratismo

Entre todas las figuras que representan el ascenso del tecnocratismo contemporáneo, Elon Musk se ha convertido en su cara más visible y polémica. Más allá de sus empresas y sus declaraciones públicas, existen aspectos de su origen y vida privada que rara vez se examinan con profundidad, pero que ayudan a entender mejor el tipo de élite que está impulsando este proyecto.

Elon Musk es hijo de **Errol Musk**, un ingeniero mecánico y empresario sudafricano nacido en 1946 en Pretoria. Errol fue un hombre de negocios exitoso durante la época del apartheid. Se dedicó al desarrollo inmobiliario, la ingeniería y, según múltiples reportes, tuvo participación en operaciones de esmeraldas en Zambia durante los años 80. Poseía una considerable fortuna que incluía propiedades, un yate y un avión privado.

La relación entre Elon y su padre es conocida por ser extremadamente conflictiva. Elon ha descrito públicamente a Errol como “un terrible ser humano” y ha afirmado que “casi todos los delitos que uno pueda imaginar, él los ha cometido”. Esta ruptura familiar es profunda y se mantiene hasta el día de hoy.

Errol Musk representa un perfil poco explorado en la narrativa oficial de Elon: el de un hombre brillante en el ámbito técnico y empresarial, pero con una vida personal altamente controvertida y una historia estrechamente ligada al contexto del Sudáfrica del apartheid. Esta compleja relación padre-hijo plantea preguntas incómodas sobre cómo se forman las ambiciones de poder y control de las figuras que hoy aspiran a rediseñar sociedades enteras.

Más allá de la tecnología y los cohetes, Elon Musk carga con una herencia familiar marcada por el éxito económico en un régimen segregacionista, una ruptura familiar dramática y una visión del mundo forjada en un entorno donde el poder y la inteligencia técnica siempre estuvieron por encima de las consideraciones democráticas o igualitarias.

Esta herencia familiar de Elon Musk adquiere aún más relevancia cuando se examina su conexión directa con el movimiento tecnocrático histórico a través de su abuelo materno, **Joshua Norman Haldeman**.

Haldeman, nacido en 1902 en Canadá, fue una figura destacada dentro del movimiento **Technocracy Inc.** durante las décadas de 1930 y 1940. No solo fue un miembro activo, sino que llegó a ocupar un cargo importante dentro de la organización en Canadá. Era un firme creyente en la idea de que los técnicos e ingenieros debían reemplazar a los políticos en la dirección de la sociedad.

Joshua Haldeman era un hombre de convicciones extremas. Además de su militancia tecnocrática, era un anticomunista radical, defensor del apartheid sudafricano y llegó a tener vínculos con grupos de derecha radical. En 1950 tomó la controvertida decisión de trasladar a toda su familia a Sudáfrica, en parte motivado por su admiración al sistema de segregación racial que existía en ese país.

Esta conexión familiar es particularmente significativa. Elon Musk es nieto de uno de los más importantes dirigentes del movimiento tecnócrata de la primera mitad del siglo XX. A través de su abuelo Haldeman, Musk tiene una conexión directa de sangre con la idea de que la sociedad debe ser gobernada por una élite técnica en lugar de por mecanismos democráticos.

Esta herencia intelectual y familiar ofrece un contexto profundo para entender la visión del mundo de Elon Musk. No se trata simplemente de un empresario excéntrico de Silicon Valley. Es el descendiente directo de una tradición tecnocrática que lleva casi un siglo planteando que la democracia es un sistema obsoleto y que el poder debe concentrarse en manos de aquellos que poseen el conocimiento técnico y la visión para dirigir la civilización.

Esta línea de continuidad entre el movimiento Technocracy Inc. de los años 30, Joshua Haldeman y Elon Musk en el siglo XXI revela que el tecnocratismo moderno no es una moda reciente, sino la resurgencia de una idea que ha permanecido latente durante décadas en determinadas familias e ideologías.

Esta conexión entre tecnocracia histórica y poder tecnológico moderno se hace aún más evidente al examinar el origen de **Palantir Technologies**, la empresa que representa mejor que ninguna otra el matrimonio entre Estado profundo y poder tecnológico.

Palantir fue fundada en 2003 por **Peter Thiel**, **Alex Karp** y varios ingenieros, entre ellos Joe Lonsdale. Sin embargo, su verdadero origen se remonta a un proyecto anterior llamado **PayPal**, específicamente a su equipo de antifraude. Tras los atentados del 11 de septiembre de 2001, Thiel y sus socios vieron una oportunidad histórica: aplicar las mismas técnicas de análisis de datos que usaban para detectar fraude financiero, pero ahora para combatir el terrorismo y monitorear poblaciones enteras.

Lo que pocos mencionan es el trasfondo ideológico de sus principales creadores. Peter Thiel, el cerebro detrás de Palantir, es abiertamente crítico de la democracia. En ensayos y conferencias ha declarado que “la libertad y la democracia no son compatibles” y que “el mundo político se ha vuelto tan disfuncional que ya no podemos permitirnos dejar que el pueblo decida”. Thiel es, además, un seguidor declarado de **Curtis Yarvin** (Mencius Moldbug), el principal teórico de la corriente neorreaccionaria que rechaza abiertamente la democracia en favor de lo que llama “gobierno soberano corporativo”.

En cuanto a una conexión directa entre Palantir y el movimiento tecnócrata de los años 30-40 a través de Elon Musk, no existe una relación orgánica o institucional comprobada. Sin embargo, sí existe una conexión ideológica y familiar indirecta: Elon Musk es nieto de Joshua Haldeman (miembro activo de Technocracy Inc.), y al mismo tiempo Musk ha mantenido una relación cercana y de negocios con Peter Thiel durante más de dos décadas. Thiel fue el primer inversionista importante en SpaceX y ambos han compartido visión sobre el futuro de la civilización.

Esta red —Joshua Haldeman → Elon Musk → Peter Thiel → Palantir— representa una línea de continuidad ideológica notable. Aunque no sea una conexión institucional directa entre la tecnocracia de los años 30 y Palantir, sí existe una cadena de ideas y relaciones personales que une el viejo sueño de un gobierno de técnicos con el nuevo poder tecnológico del siglo XXI.

Palantir no es solo una empresa de software. Es la máxima expresión práctica de la idea tecnocrática: una compañía que aspira a convertirse en la infraestructura de gobernanza del futuro, capaz de procesar y analizar cantidades masivas de datos para ejercer control efectivo sobre sistemas complejos, ya sea en el ámbito militar, financiero o social.

Sin embargo, esta evolución plantea preguntas incómodas que merecen ser consideradas. Palantir Technologies, cuyo nombre está inspirado en las *palantíri*, las piedras videntes de *El Señor de los Anillos* que permitían ver cualquier lugar y cualquier cosa, se ha convertido en una de las empresas más poderosas en el ámbito de la vigilancia masiva y el análisis predictivo de datos.

Aquí surge una contradicción central: las mismas ideas tecnócratas que prometen eficiencia, orden y progreso parecen llevar inevitablemente hacia un nivel de control y vigilancia nunca antes visto en la historia. La capacidad de procesar datos masivos, predecir comportamientos y ejercer gobernanza algorítmica, ¿es realmente solo una herramienta de eficiencia o representa una nueva y más sofisticada forma de poder?

Esta tensión recuerda inevitablemente la distopía descrita por George Orwell en su novela *1984*. En ella, el Gran Hermano no gobernaba mediante violencia explícita, sino mediante la vigilancia constante y el control total de la información. Hoy, muchos se preguntan si Palantir y su ecosistema tecnológico no están construyendo, con mejor tecnología y mejor marketing, una versión actualizada de ese mismo concepto.

¿Estamos ante una élite tecnológica que genuinamente busca optimizar la sociedad, o estamos presenciando el nacimiento de un nuevo tipo de autoritarismo, mucho más peligroso precisamente porque se presenta bajo la bandera de la libertad, la innovación y la eficiencia?

Lejos de ofrecer una respuesta definitiva, esta contradicción queda planteada como uno de los dilemas centrales del siglo XXI: ¿puede el tecnocratismo separar su promesa de progreso de su tendencia natural hacia el control total?

Capítulo 7: Cuba como Laboratorio del Nuevo Orden Tecnológico

La historia ha demostrado que los grandes proyectos de transformación social rara vez se implementan primero en los países más poderosos o complejos. Por el contrario, suelen probarse primero en escenarios más pequeños, controlables y con menor resistencia estructural. Cuba, por sus características únicas, se perfila como el candidato ideal para convertirse en el primer gran laboratorio de la nueva alianza tecnocrática.

Este capítulo analiza por qué Cuba representa un terreno especialmente atractivo para experimentar el modelo de sociedad tokenizada, gobernanza digital y control tecnocrático que se está gestando. Lejos de ser una elección casual, la selección de Cuba responde a una combinación estratégica de factores geopolíticos, económicos, sociales e históricos que la convierten en un caso prácticamente único.

A diferencia de otros países de América Latina con economías más grandes y complejas, Cuba ofrece la ventaja de partir prácticamente desde cero en términos institucionales y financieros. Tras más de seis décadas de un sistema centralizado que ha colapsado económicamente, las estructuras tradicionales de poder y propiedad están debilitadas, lo que permite a los nuevos actores introducir un nuevo sistema con menor oposición interna organizada.

Su ubicación geográfica, a solo 90 millas de Florida, facilita una conexión directa con la diáspora cubano-americana y con los centros de poder en Miami y Washington. Al mismo tiempo, su tamaño manejable permite probar a escala real sistemas de identidad digital, tokenización de activos y gobernanza basada en blockchain, antes de intentar replicarlos en naciones más grandes y complejas.

Cuba no sería solamente un mercado más. Sería el **proyecto piloto** el caso de estudio con el que se pretende demostrar al mundo que es posible reorganizar completamente una sociedad a través de tecnología y capital privado, bajo la narrativa de libertad y prosperidad.

7.1 ¿Por qué Cuba sería el laboratorio perfecto?

Cuba reúne una combinación de condiciones históricas, económicas, geopolíticas y sociales que la convierten, desde la perspectiva de las élites tecnocráticas, en el terreno ideal para probar su modelo de sociedad tokenizada y gobernanza digital.

En primer lugar, **el colapso institucional**. Tras más de 65 años de sistema socialista centralizado, las estructuras tradicionales de propiedad y poder económico del Estado cubano se encuentran en un estado de virtual bancarrota. Esto crea un “año cero” institucional que permite introducir un nuevo sistema de propiedad y gobernanza casi desde cero, sin tener que negociar con poderosos grupos de interés económicos ya establecidos, como ocurre en la mayoría de los países de América Latina.

En segundo lugar, **su tamaño manejable**. Con poco más de 11 millones de habitantes y un territorio relativamente compacto, Cuba representa un laboratorio a escala humana. Es lo suficientemente grande como para generar datos significativos y probar sistemas a nivel nacional, pero lo suficientemente pequeño como para poder controlar y ajustar el experimento con relativa rapidez.

En tercer lugar, **su ubicación estratégica**. Situada a solo 90 millas de las costas de Florida, Cuba permite una conexión logística, financiera y humana directa con Miami, principal centro de poder de la diáspora cubano-americana y base de operaciones de muchas de las figuras clave de este proyecto. Esta proximidad reduce enormemente los costos y dificultades operativas.

Además, Cuba cuenta con una **diáspora altamente motivada**. Millones de cubanos en el exterior, particularmente en Estados Unidos, representan tanto una fuente potencial de capital como una fuerza política que puede legitimar el proyecto ante la opinión pública estadounidense. El deseo de muchos exiliados de “reconstruir” Cuba se convierte en una poderosa herramienta emocional y financiera.

Finalmente, existe un factor psicológico importante: Cuba posee un **alto valor simbólico**. Ser el primer país en ser “liberado” y reorganizado bajo este nuevo modelo le otorgaría al proyecto una enorme resonancia histórica y propagandística, tanto en América Latina como a nivel global.

Por todas estas razones, Cuba no es simplemente un país más en la lista. Para los arquitectos de este nuevo orden, Cuba representa la oportunidad perfecta: un territorio debilitado, estratégicamente ubicado, con una diáspora comprometida y un enorme valor simbólico. El candidato ideal para convertir una nación completa en un laboratorio de ingeniería social y económica del siglo XXI.

Cuba representa, para las élites tecnocráticas estadounidenses, el laboratorio ideal por una combinación casi perfecta de factores. Tras más de seis décadas de destrucción sistemática provocada por el régimen castrista que redujo a un pueblo entero a la miseria material y espiritual, el país se encuentra en un estado de debilidad institucional extrema que facilita cualquier tipo de ingeniería social.

El castrismo no solo destruyó la economía. Destruyó también la iniciativa individual, pulverizó el tejido social y creó una sociedad profundamente dependiente, acostumbrada a sobrevivir con muy poco. Un pueblo que lleva décadas sin electricidad estable, sin comida garantizada y sin futuro es un pueblo que puede llegar a aceptar casi cualquier sistema que le ofrezca un mínimo de estabilidad material. Esta vulnerabilidad es, desde el punto de vista tecnocrático, una ventaja estratégica.

Además, Cuba ofrece una pizarra casi en blanco. Al no existir una clase empresarial poderosa ni grandes grupos económicos privados consolidados, los nuevos actores podrán diseñar un sistema de propiedad tokenizada y gobernanza digital sin tener que negociar con poderes fácticos preexistentes.

El proyecto no sería presentado abiertamente como un modelo tecnocrático. Por el contrario, se vendería como “la reconstrucción de Cuba” y “el regreso de la prosperidad”. Detrás de esa narrativa, se iría configurando un **deep state cubano** integrado por varios actores: élites tecnológicas y financieras estadounidenses, sectores del antiguo régimen que se reciclen y se adapten al nuevo sistema, importantes figuras del exilio cubano y algunos líderes opositores que decidan participar.

Este nuevo poder paralelo no necesitará gobernar de frente. Bastará con controlar la infraestructura tecnológica, los sistemas financieros digitales, la identidad de los ciudadanos y los flujos de capital.

Es cierto que este modelo traería mejoras materiales para la mayoría de la población. Después de tanta miseria, incluso mejoras básicas en alimentación, electricidad y acceso a bienes de consumo serían recibidas con alivio. Sin embargo, estas mejoras tendrían un precio elevado: Cuba no pasaría de ser un experimento comunista a convertirse en un país verdaderamente libre, sino que se transformaría en el primer gran laboratorio del siglo XXI de un nuevo modelo de control tecnocrático.

Mientras una minoría capacitada, con capital o conexiones en la diáspora, podría aprovechar las nuevas oportunidades y enriquecerse, la gran mayoría de los cubanos solo recibiría las migajas de este nuevo orden: estabilidad básica a cambio de vivir bajo un sistema de vigilancia y control mucho más sofisticado que el anterior.

7.2 La Arquitectura del Poder Digital: El verdadero diseño detrás del experimento cubano

El proyecto que se pretende implementar en Cuba va mucho más allá de una simple transición económica. Se trata de la construcción de una nueva arquitectura de poder basada en el control digital de la sociedad.

Esta arquitectura tiene tres pilares fundamentales. El primero es la **tokenización masiva de activos**. Toda propiedad real: viviendas, tierras, empresas, vehículos será convertida en activos digitales registrados en blockchain. Esto permitirá crear un sistema de propiedad completamente trazable y controlable desde el exterior. Nada podrá comprarse, venderse o heredarse sin pasar por esta nueva infraestructura digital.

El segundo pilar es un **sistema de identidad digital unificado**, probablemente basado en tecnología blockchain y biometría. Este sistema no solo identificará a cada ciudadano, sino que registrará su comportamiento económico, sus relaciones sociales y su nivel de confiabilidad dentro del nuevo orden. Será la versión moderna del antiguo carnet de identidad del régimen, pero infinitamente más poderosa y sofisticada.

El tercer pilar, y quizá el más importante, es la integración de **sistemas de análisis de datos masivos** como los desarrollados por Palantir. Estas tecnologías permitirán procesar en tiempo real los datos generados por millones de cubanos, predecir comportamientos, detectar disidencia potencial y gestionar la sociedad de forma algorítmica.

Este modelo representa una evolución del control social. Mientras el castrismo controlaba a la población mediante el miedo, la escasez y la vigilancia física, el nuevo sistema buscará controlarla a través de la dependencia económica digital y la vigilancia invisible. El ciudadano cubano no será reprimido con cárceles, sino con restricciones en su billetera digital, en su calificación de confiabilidad o en su acceso a ciertos servicios.

Marco Rubio, Kevin Warsh y los actores tecnológicos detrás de este proyecto entienden perfectamente que quien controle esta arquitectura digital no necesitará gobernar Cuba de forma directa. Bastará con ser el dueño de la infraestructura sobre la que se construya la nueva economía cubana.

De esta manera, Cuba no estaría pasando de un sistema socialista a un sistema capitalista tradicional. Estaría saltando directamente hacia un nuevo paradigma: un **Estado digital controlado por una élite tecnocrática transnacional**, donde la verdadera soberanía residiría no en el pueblo cubano, sino en quienes diseñen y administren esta nueva arquitectura de poder.

7.3 El Deep State cubano: la verdadera estructura de poder

Detrás de la narrativa pública de “reconstrucción nacional”, “retorno de la democracia” y “prosperidad económica”, se iría configurando en Cuba lo que podemos denominar un **Deep State Cubano**, una estructura de poder real que operaría por encima de las instituciones formales del Estado.

Este deep state no sería una estructura monolítica ni visible, sino una red compleja y sofisticada integrada por cuatro grupos principales de poder:

En primer lugar, las **élites tecnológicas y financieras estadounidenses**, representadas principalmente por empresas como Palantir y otros actores del mundo de la tokenización y blockchain. Ellos serían los dueños de la infraestructura tecnológica y financiera sobre la que se construiría la nueva Cuba.

En segundo lugar, **sectores importantes de la diáspora cubano-americana**, especialmente aquellos con mayor capital y conexiones políticas en Miami y Washington. Figuras como Marco Rubio jugarían un rol fundamental como articuladores políticos entre esta nueva estructura de poder y la comunidad cubana.

En tercer lugar, **elementos selectos del antiguo régimen castrista** que demuestren capacidad de adaptación al nuevo sistema. La historia ha demostrado que las élites políticas suelen reciclarse cuando cambian los sistemas económicos. Algunos cuadros del Partido y de las Fuerzas Armadas con acceso a información, redes de control y conocimiento del terreno cubano formarían parte de esta nueva arquitectura de poder.

Por último, **ciertos líderes opositores y figuras del exilio** que decidan alinearse con el proyecto. Su rol sería fundamental para otorgarle legitimidad tanto ante la población cubana como ante la opinión pública internacional.

Este Deep State Cubano no gobernaría mediante decretos públicos ni aparecería en la estructura orgánica del Estado. Su poder residiría en el control de la arquitectura digital: los sistemas de identidad, los registros de propiedad tokenizados, los flujos financieros y los algoritmos de análisis de datos. Quien controle esa capa tecnológica, controlará realmente el país.

De esta forma, Cuba no pasaría de un sistema autoritario a uno democrático. Simplemente cambiaría de tipo de autoritarismo: de uno ideológico y burdo a uno tecnológico y sofisticado. El pueblo cubano, una vez más, no sería sujeto de su propio destino, sino objeto de un nuevo experimento social diseñado desde afuera.

Dentro de esta red de poder, el sector del exilio y ciertos líderes opositores jugarían un rol fundamental de legitimación y articulación. Un conjunto de empresarios cubano-americanos exitosos, junto a influyentes figuras mediáticas del exilio, ha venido configurando desde hace años un espacio de discusión estratégica sobre el futuro de Cuba.

Estos actores, muchos de ellos con importantes intereses económicos y una visión pragmática de los cambios necesarios en la isla, representan el puente entre el poder político en Washington y los intereses reales sobre el terreno cubano. Su participación no sería meramente simbólica: aportaría conocimiento del contexto cubano, redes de contacto dentro y fuera de la isla, y sobre todo, la legitimidad necesaria ante amplios sectores de la diáspora y de la propia población cubana.

Esta capa del deep state cubano sería particularmente útil para dar una apariencia de “consenso cubano” al proyecto. Mientras las decisiones estratégicas y el control de la infraestructura tecnológica quedarían principalmente en manos de actores estadounidenses, este sector del exilio y la oposición alineada cumplirían la función de interlocutor válido ante el pueblo cubano, vendiendo el nuevo modelo como un proyecto “de los cubanos para los cubanos”.

De esta forma se completaría el círculo del poder real: capital y tecnología estadounidense, respaldo político en Washington, conocimiento operativo de antiguos elementos del régimen y legitimidad política y social proporcionada por sectores importantes del exilio y la oposición.

Esta estructura híbrida y transnacional sería la verdadera cara del poder en la Cuba postcastrista. Un poder que no necesitará banderas ni discursos ideológicos estridentes, porque su dominio se ejercerá de forma mucho más sofisticada: a través de algoritmos, sistemas financieros digitales y el control de la nueva economía tokenizada.

Esta estructura de poder contaría además con una fachada política y mediática cuidadosamente construida. Sectores importantes del exilio y ciertos grupos de influencia cubano-americanos han venido promoviendo desde hace años el concepto de un “cambio pacífico” o “transición ordenada” en Cuba.

Iniciativas como el *Cuban Study Group*, junto a influyentes voces mediáticas y empresarios del exilio, han mantenido durante años un discurso pragmático que enfatiza la necesidad de un cambio gradual, sin rupturas violentas, y con cierta continuidad institucional. Este discurso, que en las redes sociales ha sido fuertemente criticado como “cambio fraude”, cumple una función estratégica esencial.

Estas figuras y plataformas actuarían como la **cara visible y aceptable** del proyecto ante la población cubana y la opinión pública internacional. Mientras el verdadero poder, el control de la infraestructura tecnológica, los sistemas financieros digitales y los registros de propiedad, quedaría en manos de la red tecnocrática transnacional, esta capa política y mediática del exilio se encargaría de vender el proceso como un “retorno a la democracia” y una “reconstrucción nacional liderada por cubanos”.

De esta manera, el Deep State Cubano operaría con una división clara de roles: unos construyen y controlan la arquitectura del poder real en las sombras, mientras otros ocupan los espacios visibles de la política y los medios, ofreciendo un relato democrático y esperanzador que calme a la población tras décadas de miseria.

Esta dualidad es clave para el éxito del experimento. El pueblo cubano, agotado y desesperado por mejorar sus condiciones materiales, podría aceptar más fácilmente un nuevo sistema si este le llega envuelto en un discurso familiar, pronunciado por voces conocidas del exilio y la oposición, aunque la soberanía real de la nación esté siendo transferida a una nueva élite tecnológica y financiera.

Esta estructura de poder contaría además con una fachada política y mediática cuidadosamente construida. Sectores importantes del exilio y ciertos grupos de influencia cubano-americanos han venido promoviendo desde hace años el concepto de un “cambio pacífico” o “transición ordenada” en Cuba.

Iniciativas como el *Cuban Study Group*, junto a influyentes voces mediáticas y empresarios del exilio, han mantenido durante años un discurso pragmático que enfatiza la necesidad de un cambio gradual, sin rupturas violentas, y con cierta continuidad institucional. Este discurso, que en las redes sociales ha sido fuertemente criticado como “cambio fraude”, cumple una función estratégica esencial.

Estas figuras y plataformas actuarían como la **cara visible y aceptable** del proyecto ante la población cubana y la opinión pública internacional. Mientras el verdadero poder, el control de la infraestructura tecnológica, los sistemas financieros digitales y los registros de propiedad, quedaría en manos de la red tecnocrática transnacional, esta capa política y mediática del exilio se encargaría de vender el proceso como un “retorno a la democracia” y una “reconstrucción nacional liderada por cubanos”.

De esta manera, el Deep State Cubano operaría con una división clara de roles: unos construyen y controlan la arquitectura del poder real en las sombras, mientras otros ocupan los espacios visibles de la política y los medios, ofreciendo un relato democrático y esperanzador que calme a la población tras décadas de miseria.

Esta dualidad es clave para el éxito del experimento. El pueblo cubano, agotado y desesperado por mejorar sus condiciones materiales, podría aceptar más fácilmente un nuevo sistema si este le llega envuelto en un discurso familiar, pronunciado por voces conocidas del exilio y la oposición, aunque la soberanía real de la nación esté siendo transferida a una nueva élite tecnológica y financiera.

7.4 El Nuevo Movimiento Libertario Cubano: Los útiles idiotas del tecnocratismo

Uno de los fenómenos más interesantes y a la vez más trágicos del actual momento cubano es el surgimiento de un nuevo movimiento libertario dentro de la isla y en la diáspora reciente.

Tras décadas de socialismo extremo, miles de cubanos especialmente jóvenes de las últimas oleadas migratorias han abrazado con fervor las ideas de libertad individual, libre mercado y antiestatismo. Influenciados por figuras como Milei, Hayek y Rothbard, muchos de ellos ven en el libertarismo la antítesis perfecta al sistema que los expulsó de Cuba.

Sin embargo, este movimiento libertario cubano está llamado a jugar un papel fundamental, aunque paradójico, en el proyecto tecnocrático que se diseña para la isla.

Su función será la de **proveer la narrativa ideológica perfecta**. Mientras el verdadero poder se concentra en una arquitectura digital controlada desde afuera, el discurso libertario servirá para justificar la reducción drástica del Estado cubano, la privatización masiva de activos y la entrega de la infraestructura estratégica a capitales extranjeros. Cada vez que se critique la entrega de sectores clave de la economía, se responderá con el mantra libertario: “menos Estado es más libertad”.

Este movimiento se convertirá, probablemente sin ser plenamente consciente de ello, en el principal propagandista del nuevo orden. Su odio visceral al comunismo les impedirá ver que están facilitando el reemplazo de un autoritarismo ideológico por un autoritarismo tecnológico mucho más sofisticado y difícil de dismantelar.

Los nuevos libertarios cubanos serán los encargados de celebrar como “victorias de la libertad” medidas que en realidad consolidarán una nueva forma de dependencia: la tokenización de la vivienda, la creación de un sistema financiero digital controlado externamente y la entrega de los datos de millones de cubanos a empresas privadas extranjeras.

De esta forma, el libertarismo cubano, lejos de ser un movimiento de liberación nacional, se convertirá en la coartada ideológica perfecta para lo que en esencia es un nuevo experimento de ingeniería social. Su radicalismo antiestatista servirá como caballo de Troya para que un nuevo tipo de poder, mucho más inteligente y tecnificado, se instale en la isla bajo la bandera de la “libertad”.

7.5 El rol de la tecnología blockchain y las stablecoins como herramienta de control financiero

La implementación de este nuevo modelo en Cuba no podría llevarse a cabo sin el uso masivo de tecnología blockchain y stablecoins. Estas herramientas no serían simplemente un medio de pago alternativo, sino la columna vertebral del nuevo sistema de control financiero.

En los últimos años, incluso bajo el régimen castrista, el gobierno cubano se vio obligado a flexibilizar su postura frente a las criptomonedas. En 2021, el Banco Central de Cuba emitió la Resolución 215, que regulaba el uso de criptoactivos y autorizaba a ciertas entidades a operar con ellos. Posteriormente, en 2022 y 2023, se aprobaron nuevas medidas que permitían el uso limitado de criptomonedas para el comercio exterior y las remesas, reconociendo de facto que el sistema financiero tradicional cubano ya no era suficiente.

Paralelamente, dentro de la comunidad cubana tanto dentro de la isla como en la diáspora ha crecido con fuerza un movimiento entusiasta alrededor de Bitcoin y las criptomonedas. Muchos jóvenes cubanos ven en Bitcoin una herramienta de libertad frente al control estatal del peso cubano y el MLC. Este entusiasmo orgánico por las criptomonedas será aprovechado estratégicamente. El discurso de “descentralización” y “libertad financiera” servirá como cobertura ideológica perfecta mientras se construye en realidad un sistema financiero altamente centralizado y controlable.

Las stablecoins, particularmente aquellas vinculadas al dólar estadounidense, jugarán un papel aún más decisivo. Al tokenizar la economía cubana sobre stablecoins, se logrará una dolarización de facto de la isla sin necesidad de declararla oficialmente. Esto permitirá que cada transacción económica quede registrada en una infraestructura digital controlada desde fuera de Cuba.

De esta manera, lo que se presenta como “modernización financiera” y “libertad económica” será en realidad la entrega total del sistema monetario cubano a una arquitectura digital externa. El ciudadano cubano podrá tener una billetera digital, pero esa billetera operará sobre una infraestructura cuya gobernanza, reglas y acceso último no estarán en manos del pueblo cubano, sino de actores extranjeros.

El blockchain, vendido como herramienta de libertad, se convertirá en la cadena más efectiva jamás creada para registrar, rastrear y controlar cada actividad económica de los cubanos.

7.6 Cuba como campo de pruebas: El laboratorio que luego se exportará

Cuba no está siendo vista simplemente como un país más al que se quiere “ayudar” o transformar. Para las élites tecnocráticas estadounidenses y sus aliados, Cuba representa mucho más: es el **laboratorio piloto** donde se pretende probar un modelo completo de sociedad digitalizada que después pueda ser replicado en otros países de América Latina y más allá.

La isla ofrece condiciones inmejorables para este experimento. Al partir prácticamente de cero en términos institucionales y económicos, permite probar a escala nacional sistemas completos de identidad digital, registro de propiedad en blockchain, stablecoins como moneda principal y gobernanza algorítmica, con un nivel de resistencia interna mucho menor que en cualquier otro país de la región.

Si el modelo funciona en Cuba —es decir, si logra estabilizar mínimamente la economía, reducir el descontento popular y generar beneficios para los actores involucrados—, se convertirá en un caso de éxito que se intentará aplicar posteriormente en países como Venezuela, Nicaragua, Bolivia y eventualmente en otras naciones con economías debilitadas o en crisis institucional.

Los promotores de este proyecto entienden que vender este modelo como “la salvación de Cuba” tiene un poderoso efecto propagandístico. Si logran mostrar que Cuba pasó de ser “el último bastión del comunismo” a un país “moderno y próspero” bajo este nuevo sistema, tendrán un relato muy potente para promoverlo en otros territorios.

De esta forma, lo que ocurra en Cuba en los próximos años no tendrá solo consecuencias para los cubanos. La isla se convertiría en el banco de pruebas de un nuevo paradigma de gobernanza del siglo XXI, donde la soberanía nacional es reemplazada por la eficiencia tecnológica y el control algorítmico.

Cuba dejaría de ser un país para convertirse en un **prototipo**. Un experimento que, de resultar exitoso, sería escalado a nivel regional con consecuencias geopolíticas profundas para toda América Latina.

7.7 El impacto social real: Ganadores y perdedores en la nueva Cuba tecnocrática

El nuevo modelo que se pretende implementar en Cuba generará una de las divisiones sociales más profundas de la historia reciente de la isla.

Por un lado, surgirá una **minoría ganadora** compuesta por cubanos con educación, habilidades técnicas, capital inicial o fuertes conexiones con la diáspora. Este grupo podrá aprovechar las nuevas oportunidades: registrar propiedades, acceder a capital extranjero, participar en la nueva economía digital y escalar rápidamente posiciones económicas. Para ellos, el cambio representará una verdadera transformación de vida.

Sin embargo, la gran mayoría de la población, aquellos sin habilidades digitales, sin capital, sin conexiones familiares en el exterior y sin formación técnica, quedará relegada a una posición estructural de desventaja. Después de décadas de igualitarismo impuesto por el comunismo, Cuba pasaría a un sistema de desigualdad radical y abierta.

Esta nueva realidad plantea una cruel ironía histórica. El régimen castrista destruyó la sociedad cubana prometiendo igualdad. El nuevo modelo tecnocrático la reorganizará bajo la bandera de la libertad y la meritocracia, pero creará una brecha social tan grande que la mayoría de los cubanos solo recibirán mejoras básicas de supervivencia: algo de comida, electricidad más estable y un mínimo de consumo.

El pueblo cubano, agotado tras más de 65 años de sacrificio y promesas rotas, probablemente acepte estas mejoras materiales con alivio. Muchos cambiarán su libertad real por un poco de estabilidad. Después de tanta miseria, incluso migajas pueden parecer un banquete.

Este es, quizá, el aspecto más triste del experimento cubano: un pueblo tan golpeado y empobrecido que ya no aspira a la verdadera soberanía, sino simplemente a que le devuelvan la luz y la comida. Un pueblo dispuesto a aceptar un nuevo amo más sofisticado, siempre y cuando este le garantice un nivel mínimo de supervivencia. Cuba no pasará de la dictadura a la libertad. Simplemente cambiará de tipo de sumisión.

Esta brecha entre ganadores y perdedores ya tiene un rostro visible en la actual transición. El régimen castrista, consciente de su debilidad terminal, ha comenzado a preparar el terreno presentando a **Óscar Pérez-Oliva Fraga** como el “tecnócrata” aceptable ante Washington. Pérez-Oliva, ingeniero eléctrico de formación y sobrino nieto de Fidel y Raúl Castro, representa la perfecta síntesis entre el viejo poder familiar y la nueva imagen que el régimen quiere proyectar: un hombre joven, supuestamente pragmático y “moderno”, capaz de dialogar con inversores extranjeros y la diáspora. Su ascenso meteórico en los últimos dos años no es casual. Es el intento del clan Castro de colocar a uno de los suyos en una posición clave para negociar la supervivencia del sistema bajo una nueva máscara.

Aquí radica una de las mayores ironías del proceso. Mientras se habla de “cambio”, “libertad” y “nuevo comienzo”, el régimen intenta garantizar que el poder real siga controlado por la misma élite de siempre, solo que ahora con mejor discurso y traje más moderno.

Este es el verdadero peligro que enfrenta el pueblo cubano: no solo está tan desgastado que puede aceptar mejoras mínimas a cambio de su soberanía, sino que el nuevo sistema ya está siendo negociado entre las élites del antiguo régimen y las élites tecnocráticas externas. El ciudadano común queda, una vez más, como simple espectador de su propio destino.

En última instancia, el experimento cubano demuestra una dolorosa verdad histórica: cuando un pueblo es llevado al límite de la supervivencia, pierde hasta la capacidad de exigir verdadera libertad. Solo aspira a dejar de sufrir. Y esa debilidad es precisamente lo que hace de Cuba el laboratorio perfecto.

Esta triste realidad no es nueva en el pensamiento cubano. Desde hace años, diversos analistas han advertido sobre el surgimiento de una **tecnocracia criolla** que mira al norte, como señaló Haroldo Dilla Alfonso en 2011, donde tanto tecnócratas civiles como militares preparaban su integración al mundo capitalista desde una franja norte privilegiada (Mariel-Habana-Varadero).

El propio régimen ha cultivado durante años esta figura del tecnócrata “eficiente”. Artículos como “El nacimiento de un tecnócrata”, publicados en *La Joven Cuba*, describían con precisión el perfil que hoy encarna Óscar Pérez-Oliva Fraga: un profesional educado, pragmático, que rechaza la vieja burocracia pero defiende el control vertical, con habilidades técnicas y capacidad para dialogar con extranjeros. Pérez-Oliva, sobrino nieto de los Castro, es precisamente el tipo de figura que La Habana intenta vender a Washington como “el cambio aceptable”.

Paradójicamente, mientras el régimen habla de humanismo y pueblo —como hacía Fidel cuando contraponía tecnocracia y humanismo—, la realidad apunta a otra dirección. Lejos de construir un modelo chino exitoso, donde una tecnocracia fuerte logró sacar a cientos de millones de la pobreza manteniendo control político, Cuba parece condenada a repetir su papel histórico: ser el laboratorio de experimentos ajenos.

Esta nueva capa tecnocrática, aliada con sectores del exilio y el capital tecnológico extranjero, completará el círculo. El pueblo cubano, devastado por décadas de miseria, recibirá mejoras materiales básicas que le permitan sobrevivir, mientras una élite mixta heredera del viejo poder y de la nueva tecnocracia gestiona el país como un gran proyecto de ingeniería social.

Cuba no dejará de ser un experimento. Solo cambiará de laboratorio y de experimentadores.

Esta dinámica no es nueva en el pensamiento cubano. Desde hace más de una década, analistas como Haroldo Dilla alertaban sobre la “tecnocracia cubana mirando al norte”, una élite civil y militar que preparaba su conversión pragmática hacia el capital extranjero. Textos como “El nacimiento de un tecnócrata” ya describían con precisión el perfil que hoy encarna Óscar Pérez-Oliva: el técnico eficiente, moderno en la forma pero vertical en el fondo.

Fidel Castro mismo advertía sobre el peligro de la tecnocracia frente al humanismo, defendiendo que el pueblo no era el problema, sino la solución. Hoy, ese supuesto humanismo se ha convertido en la coartada perfecta para justificar un nuevo experimento.

Estamos viviendo un momento histórico similar al que vivió la humanidad entre los siglos XVIII y XIX. Así como la Revolución Industrial y la Ilustración pusieron en manos de millones de personas nuevas herramientas —máquinas, conocimiento científico, ideas de libertad— que detonaron un progreso acelerado, hoy la inteligencia artificial, el blockchain y las tecnologías de datos representan una nueva ola de herramientas poderosas.

La diferencia es brutal: en el siglo XIX esas herramientas se abrieron al ser humano común y permitieron un salto civilizatorio. En el siglo XXI, estas nuevas herramientas se están concentrando en manos de una élite muy reducida. Al pueblo cubano, después de décadas de destrucción sistemática de su capacidad crítica y productiva, se le entregan solo las migajas: un poco de electricidad, comida estable y acceso limitado a una economía digital que él no controla.

Cuba vuelve a ser, una vez más, el laboratorio. Mientras el mundo vive una nueva revolución tecnológica, los cubanos recibimos una versión controlada y domesticada de esa revolución. Una que no busca liberarnos, sino gestionarnos de forma más eficiente.

El pueblo cubano no está entrando a la modernidad. Está siendo insertado como materia prima en el siguiente gran experimento de las élites globales.

Capítulo 8: Fidel Castro y el Experimento Original

La historia oficial de la Revolución Cubana presenta a Fidel Castro como un joven idealista que, casi por sí solo, derrotó a la dictadura de Fulgencio Batista y liberó a Cuba del dominio estadounidense. Sin embargo, una lectura más cuidadosa de los hechos revela un panorama mucho más complejo y perturbador.

Entre 1957 y 1958, mientras el gobierno de Estados Unidos continuaba vendiendo armas al régimen de Batista, la CIA canalizó, según el periodista Tad Szulc en su libro *Fidel: A Critical Portrait*, no menos de 50.000 dólares al Movimiento 26 de Julio. El supuesto objetivo era comprar buena voluntad entre los rebeldes en caso de que estos triunfaran. Esta doble política apoyar públicamente a Batista mientras se financiaba en secreto a su principal enemigo— sigue siendo uno de los episodios más controversiales y menos explicados de la historia cubana.

Earl E.T. Smith, embajador de Estados Unidos en Cuba entre 1957 y 1959, denunció duramente esta contradicción en su libro *El Cuarto Piso*. Según Smith, ciertos funcionarios del Departamento de Estado a los que él denominaba “el cuarto piso” jugaron un papel decisivo en el debilitamiento del apoyo estadounidense a Batista y en la creación de las condiciones para que Castro llegara al poder.

Estas acciones han alimentado durante décadas una pregunta incómoda que circula en círculos de exiliados y analistas: ¿fue Fidel Castro simplemente un líder carismático que aprovechó las circunstancias, o fue, desde el principio, una pieza dentro de un proyecto mayor diseñado por sectores de inteligencia y poder estadounidense?

Algunos autores y testimonios han llegado a sugerir que Castro pudo haber mantenido contactos o vínculos indirectos con agencias estadounidenses desde sus años universitarios, particularmente tras su participación en el Bogotazo de 1948. Sin embargo, estas afirmaciones permanecen en el terreno de la especulación y no han sido probadas de forma concluyente.

Lo que resulta innegable es que, una vez en el poder, Fidel Castro adoptó rápidamente un rumbo radicalmente opuesto al que muchos en Washington esperaban. Esta inesperada transformación ha generado durante décadas un intenso debate: ¿realmente Fidel traicionó a sus supuestos patrocinadores estadounidenses, o simplemente cumplió un papel mucho más complejo dentro de un juego estratégico de mayor envergadura?

8.1 Earl E. T. Smith y la denuncia del “Cuarto Piso”

En 1962, Earl E. T. Smith, quien fue embajador de Estados Unidos en Cuba entre 1957 y 1959, publicó uno de los libros más incómodos y directos sobre cómo llegó Fidel Castro al poder: *The Fourth Floor (El Cuarto Piso)*.

Smith no era un teórico ni un conspiracionista. Era un hombre de negocios republicano, nombrado personalmente por el presidente Eisenhower. Lo que vio durante su estancia en La Habana lo llevó a escribir un testimonio crudo y sin adornos.

En el libro, Smith acusa directamente a un grupo de funcionarios de carrera del Departamento de Estado, ubicados en el “cuarto piso” del edificio, de haber dirigido una política desastrosa hacia Cuba. Según su testimonio, estos funcionarios ignoraron sistemáticamente los informes de la embajada, manipularon la información que llegaba a los niveles superiores y aplicaron una política que debilitó deliberadamente al gobierno de Batista mientras protegía y daba espacio al movimiento de Fidel Castro.

Smith es especialmente duro al describir cómo, mientras Batista era un dictador proamericano que sistemáticamente apoyaba a Estados Unidos en votaciones internacionales, el Departamento de Estado actuaba como si el verdadero peligro fuera Batista y no el movimiento insurgente. Denuncia que se impidió cualquier solución intermedia o de transición que no incluyera a Castro, y que se presionó activamente para que Batista abandonara el poder.

Una de las frases más duras de Smith resume su tesis principal: Estados Unidos ayudó a derrocar una dictadura que era amiga suya para terminar instalando una dictadura que se volvió enemiga.

Para Smith, el “Cuarto Piso” no cometió un error. Cometió una traición a los intereses reales de Estados Unidos en el Caribe. Su libro no es una teoría conspirativa suave, es la denuncia directa y amarga de un embajador que sintió que su propio gobierno le clavó un puñal por la espalda mientras él estaba en La Habana.

8.2 Tad Szulc y las revelaciones en “Fidel: A Critical Portrait”

En 1986, el prestigioso periodista Tad Szulc, quien fuera corresponsal de *The New York Times*, publicó *Fidel: A Critical Portrait*, una extensa biografía de más de 700 páginas basada en dos años de investigación y entrevistas directas con Fidel Castro y su círculo más cercano.

Una de las revelaciones más impactantes del libro es que, entre finales de 1957 y 1958, la CIA entregó **no menos de 50.000 dólares** al Movimiento 26 de Julio. Esta cantidad, nada despreciable para la época y para un movimiento guerrillero, fue canalizada a través de al menos media docena de personas cercanas a Castro.

Lo más llamativo de esta información es el contexto en el que ocurrió: mientras el gobierno de Estados Unidos seguía vendiendo armas oficialmente al régimen de Fulgencio Batista para combatir a los rebeldes, la CIA, de forma paralela y secreta, estaba financiando al principal enemigo de Batista.

Según Szulc, el objetivo de la agencia era pragmático: “comprar buena voluntad” ante la posibilidad de que los rebeldes terminaran triunfando. En otras palabras, la inteligencia estadounidense estaba cubriendo sus apuestas, manteniendo un pie en cada lado del conflicto.

Esta doble política de apoyar públicamente a un dictador amigo mientras se financiaba en secreto a su opositor más peligroso refuerza la tesis de que sectores importantes dentro del gobierno de Estados Unidos jugaron un papel mucho más activo y ambiguo en el ascenso de Fidel Castro del que se reconoce oficialmente.

8.3 La Mafia, Batista y el obstáculo para el Deep State

Uno de los factores menos mencionados pero más relevantes en la caída de Batista fue su estrecha y peligrosa relación con la mafia ítalo-americana.

Desde finales de los años 30, pero especialmente durante la década de 1950, La Habana se había convertido en el principal centro de operaciones de la mafia en el Caribe. Figuras como Meyer Lansky, Lucky Luciano, Santo Trafficante Jr. y Sam Giancana controlaban importantes casinos, hoteles, prostíbulos y rutas de narcotráfico en la isla. Batista no solo toleraba esta presencia, sino que era socio directo de estos intereses. Recibía jugosas comisiones por cada casino y operación ilegal que operaba en Cuba.

Esta alianza entre Batista y la mafia creó un poderoso bloque de intereses que resultaba extremadamente difícil de controlar para ciertos sectores del poder estadounidense. La mafia no solo representaba dinero negro, sino una red de poder autónoma que operaba con total impunidad en territorio cubano. Para algunos círculos dentro de la inteligencia y el Departamento de Estado, esta “república de la mafia” era un problema estratégico de primer orden.

Fidel Castro, consciente o no de este conflicto de poderes, se convirtió en el instrumento perfecto para romper ese arreglo. Su retórica contra la corrupción, los casinos y el vicio sirvió como bandera moral para justificar la destrucción de ese sistema. Cuando los rebeldes entraron en La Habana en enero de 1959, una de sus primeras acciones fue intervenir los casinos y declarar la guerra frontal a los intereses mafiosos.

De esta forma, la llegada de Castro resolvió, de un golpe, un problema que sectores importantes del poder estadounidense no habían podido resolver por vía política o diplomática. La mafia, que había convertido a Cuba en su feudo privado, fue expulsada de la isla en cuestión de meses.

Esta realidad plantea una pregunta incómoda: ¿fue Fidel Castro simplemente un revolucionario marxista, o también se convirtió, aunque fuera de forma temporal, en la herramienta útil para destruir un centro de poder que escapaba al control del Estado profundo estadounidense?

8.4 La paradoja histórica: ¿Error estratégico o experimento deliberado?

El ascenso de Fidel Castro al poder presenta una de las mayores paradojas de la historia política del siglo XX.

Por un lado, existen evidencias claras de que sectores del gobierno de Estados Unidos —especialmente dentro del Departamento de Estado y sectores de la CIA— contribuyeron directa o indirectamente a debilitar el régimen de Batista y a allanar el camino para la victoria de los rebeldes. El financiamiento documentado al Movimiento 26 de Julio, la presión política contra Batista y la política del “Cuarto Piso” son hechos históricos.

Sin embargo, apenas dos años después de la Revolución, Cuba se convirtió en el principal enemigo de Estados Unidos en el hemisferio occidental. Fidel Castro nacionalizó empresas estadounidenses por valor de más de 1.500 millones de dólares, alineó al país con la Unión Soviética, permitió la instalación de misiles nucleares en 1962 y se convirtió en el símbolo mundial de la resistencia antiimperialista.

Esta contradicción brutal ha dividido durante décadas a historiadores, analistas y exiliados cubanos. Dos tesis principales compiten por explicar lo ocurrido:

La primera sostiene que fue un grave error de cálculo estratégico. Sectores del gobierno estadounidense, cegados por su desprecio a Batista y subestimando la ideología radical de Castro, ayudaron sin querer a crear un monstruo que escapó completamente de su control.

La segunda tesis, mucho más oscura, plantea que Fidel Castro fue desde el principio parte de un experimento de largo plazo. Según esta visión, Cuba fue deliberadamente entregada al comunismo para justificar la creación de un enemigo permanente en el Caribe, lo que a su vez sirvió para justificar enormes presupuestos militares, operaciones de inteligencia y mantener a América Latina bajo control mediante el miedo al “efecto dominó comunista”.

Lo cierto es que, más de seis décadas después, Cuba sigue siendo una anomalía histórica: un país que ha servido sucesivamente como laboratorio de dos proyectos radicalmente opuestos. Primero del comunismo soviético y ahora, aparentemente, del tecnocratismo del siglo XXI.

La segunda tesis, aunque más perturbadora, ha ganado fuerza con el paso del tiempo entre ciertos analistas e historiadores revisionistas. Esta visión sostiene que la llegada de Fidel Castro al poder no fue un error de cálculo, sino un movimiento deliberado dentro de un tablero geopolítico mucho más grande.

Según esta perspectiva, ciertos sectores del poder estadounidense a los que Earl E.T. Smith llamaba “el Cuarto Piso”; entendían perfectamente el carácter radical de Fidel Castro. No estaban siendo ingenuos. Simplemente estaban ejecutando una estrategia de largo plazo.

El argumento central es el siguiente: después de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos necesitaba un enemigo ideológico fuerte en América Latina que justificara su dominio absoluto sobre la región. Un enemigo que generara miedo suficiente como para que los gobiernos latinoamericanos aceptaran sin rechistar la presencia militar, económica e ideológica estadounidense.

Cuba, por su ubicación geográfica, su tamaño manejable y su cercanía emocional con Estados Unidos, era el candidato perfecto para convertirse en ese enemigo controlado. La tesis sostiene que se permitió e incluso se facilitó la llegada de Castro al poder con plena conciencia de que este establecería un régimen comunista en la isla.

Esta estrategia habría tenido múltiples beneficios simultáneos:

- Justificaría la creación de un aparato de inteligencia masivo en la región.
- Permitiría justificar intervenciones militares y políticas en toda América Latina bajo la doctrina de “contener el comunismo”.
- Crearía un enemigo permanente que mantendría cohesionada a la derecha anticomunista en Estados Unidos y América Latina.
- Convertiría a Cuba en un laboratorio social donde se podría probar el modelo comunista en un país de habla hispana, para luego utilizar ese fracaso como propaganda durante décadas.

Desde esta óptica, Fidel Castro no traicionó a sus supuestos patrocinadores. Simplemente cumplió el papel que le había sido asignado: convertirse en el rostro visible de la amenaza comunista en el patio trasero de Estados Unidos.

Esta visión transforma completamente la narrativa histórica. Ya no se trataría de un error geopolítico, sino de uno de los experimentos políticos más exitosos y crueles del siglo XX: la entrega deliberada de once millones de personas a un sistema destinado al fracaso, con el único propósito de obtener ventajas estratégicas regionales.

8.5 El experimento que nunca terminó: Cuba como laboratorio permanente

Más allá de las teorías sobre si la llegada de Fidel Castro fue un error o un movimiento deliberado, queda una realidad innegable: Cuba ha funcionado durante más de sesenta y cinco años como un gigantesco laboratorio social y político.

Primero fue el laboratorio del comunismo soviético en el Caribe: el primer país de habla hispana donde se aplicó de forma radical el modelo marxista-leninista. Los resultados fueron observados, analizados y utilizados como propaganda tanto por Washington como por Moscú durante décadas.

Cuando el experimento comunista colapsó económicamente, Cuba no pasó a ser un país normal. En lugar de eso, se está preparando para convertirse en el laboratorio del siguiente gran proyecto: el tecnocratismo digital del siglo XXI.

Esta continuidad es lo más inquietante. Cuba no ha dejado de ser un experimento. Solo ha cambiado de experimentadores.

En los años 50 y 60, ciertos sectores del poder estadounidense vieron en Fidel Castro la oportunidad de crear un enemigo controlado que justificara su hegemonía en la región. Hoy, otros sectores del mismo poder ven en la destrucción dejada por ese experimento la oportunidad perfecta para probar un nuevo modelo de control: uno basado en tecnología, datos y tokenización.

El pueblo cubano, una vez más, no es sujeto de su propia historia. Es el material de prueba.

Primero se le entregó al comunismo para demostrar que ese sistema era un fracaso. Ahora se le entrega al tecnocratismo para demostrar que este nuevo sistema de control digital es “la solución”. En ambos casos, Cuba sirve como campo de pruebas para proyectos diseñados desde afuera.

Esta es la verdadera tragedia histórica de la isla: no ha podido dejar de ser un laboratorio. Ha pasado de ser el experimento favorito de la Guerra Fría a convertirse en el prototipo del nuevo orden tecnológico.

Y lo más doloroso es que, después de más de seis décadas, el pueblo cubano sigue sin tener voz ni voto real sobre qué tipo de experimento se realiza con su país y con sus vidas.

8.6 La familia Castro: divisiones, pragmatismo y el conocimiento del juego

Más allá de la figura mítica de Fidel, la familia Castro ha sido siempre un clan complejo, con divisiones internas profundas que rara vez se han expuesto públicamente.

Fidel y Raúl, aunque unidos por sangre y por el poder, nunca pensaron exactamente igual. Fidel era el visionario radical, el ideólogo que creía en la exportación de la revolución y en el enfrentamiento permanente con Estados Unidos. Raúl, por el contrario, siempre fue el pragmático, el administrador frío, el militar que entendía mejor que nadie los límites reales del sistema que habían construido. Esta diferencia se hizo evidente especialmente en los últimos años de la vida de Fidel, cuando Raúl comenzó a preparar silenciosamente una transición controlada hacia un modelo más “chino” de apertura económica manteniendo el control político.

Dentro de la familia existían también otras líneas de tensión. La generación más joven encabezada por figuras como Alejandro Castro Espín (hijo de Raúl)— representaba una visión más tecnocrática y modernizadora. Alejandro, formado en inteligencia y con fuertes conexiones en los servicios de seguridad, era visto por muchos como el puente entre el viejo poder revolucionario y el nuevo mundo digital.

Lo que casi nadie habla abiertamente es hasta qué punto la familia Castro fue consciente del papel que jugaba Cuba como laboratorio permanente. ¿Sabían ellos que la isla había sido, desde 1959, un experimento geopolítico? ¿Entendieron, en algún momento, que su régimen podía ser la antesala de un nuevo tipo de control mucho más sofisticado?

Hay indicios de que sí. En los últimos años del gobierno de Raúl, el régimen comenzó a aprobar leyes sobre criptomonedas, blockchain y MIPYMES con una velocidad inusual para un sistema supuestamente ideológico. Estos movimientos no parecen casuales. Parecen más bien la preparación de un terreno que alguien ya había aceptado que debía cambiar de manos.

La familia Castro, entonces, no sería solo víctima o verdugo de su propio sistema. Podría haber sido, también, consciente participante en la negociación de su propia salida controlada, a cambio de garantizar la supervivencia económica y política de una parte de su élite.

Esta sería la última ironía del experimento cubano: la misma familia que llevó a la isla al comunismo podría estar ayudando, de forma directa o indirecta, a entregar la infraestructura del país al nuevo modelo tecnocrático-digital.

Esta dinámica familiar se extendió también a un círculo cerrado de allegados que operaban como verdaderos pilares del poder. Entre ellos destacaban figuras como Ramiro Valdés, uno de los hombres más duros del régimen, y José Ramón Machado Ventura, quienes representaban el ala más ortodoxa y represiva. Sin embargo, con el paso del tiempo, Raúl comenzó a rodearse de un grupo más joven y pragmático, muchos de ellos con formación técnica o militar avanzada, que veían la supervivencia del sistema no en la ideología pura, sino en la capacidad de negociar con el capital extranjero.

Uno de los episodios menos conocidos pero reveladores ocurrió durante la guerra en la Sierra Maestra y el Escambray. Según documentos desclasificados y testimonios recogidos en la comunidad cubana, existieron contactos directos entre agentes estadounidenses y comandantes rebeldes. Frank Sturgis (también conocido como Frank Fiorini), quien más tarde se convertiría en un operador de la CIA, combatió junto a Castro en la Sierra Maestra y entrenó a guerrilleros en tácticas de guerra irregular. En el Escambray, William Alexander Morgan —conocido como “El Americano”— se convirtió en uno de los comandantes más destacados de la Segunda Frente, y su presencia generó especulaciones persistentes sobre posibles vínculos con inteligencia estadounidense, aunque nunca han sido probados de forma concluyente.

Estos contactos, junto con el financiamiento documentado por Tad Szulc, muestran que la relación entre el movimiento rebelde y ciertos sectores de Estados Unidos fue mucho más fluida y ambigua de lo que la narrativa oficial ha reconocido.

La pregunta que surge es hasta qué punto la familia Castro y su círculo más cercano fueron conscientes de que Cuba estaba siendo utilizada como un tablero de ajedrez mayor. ¿Entendieron desde muy temprano que su revolución podía ser instrumentalizada por poderes externos? ¿O simplemente jugaron el papel que les tocaba, adaptándose a cada nueva fase del experimento?

Lo que sí es evidente es que, en sus últimos años, el régimen de Raúl Castro comenzó a preparar el terreno para una transición que no fuera traumática. Las reformas económicas limitadas, la apertura controlada al sector privado y las primeras regulaciones sobre criptomonedas y tecnología digital no parecen medidas improvisadas de un régimen agonizante. Parecen más bien los movimientos calculados de quien sabe que el juego está llegando a su fin y busca negociar las mejores condiciones para su salida.

Uno de los episodios más reveladores de esta ambigüedad ocurrió en las montañas del Escambray durante la guerra. Allí operó uno de los comandantes extranjeros más famosos de la revolución: el estadounidense **William Alexander Morgan**, conocido como “El Americano” o “Yankee Comandante”.

Morgan, un aventurero de Toledo, Ohio, con un pasado turbio (desertor del ejército, vinculado a la mafia y con problemas con la justicia), se unió al **Segundo Frente Nacional del Escambray** en 1957 y rápidamente ascendió hasta alcanzar el rango de comandante —uno de los pocos extranjeros que lo logró junto a Ernesto Che Guevara—. Lideró acciones guerrilleras clave contra las fuerzas de Batista en las montañas centrales, contribuyendo de forma decisiva al debilitamiento del régimen.

Lo más interesante es que, después del triunfo de la revolución, Morgan se convirtió en uno de los primeros en rebelarse contra el giro comunista de Castro. En 1960-1961 se involucró en la resistencia armada en el Escambray, recibiendo armas y apoyo logístico de la CIA. Fue acusado de conspirar para derrocar al gobierno y, en marzo de 1961, fue fusilado en La Cabaña en presencia de Fidel y Raúl Castro.

La figura de Morgan ilustra la complejidad del momento: un estadounidense que luchó junto a los rebeldes contra Batista terminó siendo ejecutado por el mismo régimen que ayudó a llevar al poder. Su caso alimenta la pregunta persistente en la comunidad cubana: ¿hubo desde el principio un juego de inteligencia más profundo del que se ha reconocido oficialmente?

Estos contactos y contradicciones muestran que la familia Castro y su círculo más cercano operaron siempre en un terreno de ambigüedad estratégica. No eran simples idealistas revolucionarios. Eran actores políticos que sabían negociar con múltiples poderes al mismo tiempo, adaptándose a cada fase del experimento que Cuba representaba.

8.7 El encuentro de la CIA en La Habana: ¿El último acto del viejo experimento o el comienzo del nuevo?

El 14 de mayo de 2026, el director de la CIA, John Ratcliffe, realizó una visita secreta a La Habana y se reunió con altos funcionarios del régimen cubano. Entre los presentes se encontraban Raúl Guillermo Rodríguez Castro (nieto de Raúl Castro y figura clave en los servicios de inteligencia), el ministro del Interior Lázaro Álvarez Casas y el jefe de los servicios de inteligencia cubanos.

Según fuentes oficiales estadounidenses, Ratcliffe transmitió un mensaje directo del presidente Donald Trump: Estados Unidos está dispuesto a “colaborar seriamente” en temas económicos y de seguridad, pero solo si Cuba realiza “cambios fundamentales”.

Este encuentro marca un punto histórico. Por primera vez en décadas, el director de la CIA se sienta oficialmente con los herederos directos del poder revolucionario para discutir el futuro de la isla. El hecho de que la agencia que durante más de sesenta años fue enemiga declarada del castrismo ahora dialogue directamente con sus sucesores revela la magnitud del cambio estratégico que se está produciendo.

Este episodio cierra un círculo inquietante. Cuba, que en 1959 fue utilizada como instrumento para un proyecto geopolítico que terminó escapando de control, parece estar entrando hoy en una nueva fase: la negociación controlada de su transición hacia un modelo tecnocrático-digital.

Una vez más, el destino de once millones de cubanos se decide en habitaciones cerradas, entre élites externas y una cúpula local que busca asegurar su supervivencia. Una vez más, Cuba no es dueña de su propio futuro. Solo cambia de laboratorio y de experimentadores.

Capítulo 9: El Rol de la Diáspora y las Élites Cubano-Americanas en el Nuevo Proyecto

La transición que se proyecta para Cuba no puede entenderse cabalmente sin analizar el papel protagónico que desempeñan diversos sectores de la diáspora cubano-americana. Lejos de ser un proceso impulsado exclusivamente por actores estadounidenses, el proyecto de reestructuración de la isla cuenta con un componente cubano de gran relevancia que cumple funciones estratégicas de legitimación, articulación política y facilitación económica.

Este capítulo examina cómo importantes sectores del exilio, particularmente aquellos con mayor poder económico y político en Estados Unidos, se han convertido en piezas clave dentro de la arquitectura del nuevo modelo que se diseña para Cuba. Su participación no es periférica ni simbólica; por el contrario, constituye un elemento fundamental para otorgarle al proyecto una apariencia de “consenso cubano” y para facilitar su implementación dentro de la isla.

A lo largo de este capítulo se analizará cómo una red compuesta por empresarios exitosos, figuras políticas influyentes y grupos de pensamiento ha venido configurando, desde hace años, una visión específica sobre el futuro de Cuba. Esta élite de la diáspora no solo aporta capital y conocimiento del contexto cubano, sino que también cumple la función de puente entre los centros de poder en Washington y las realidades de la sociedad insular.

De esta manera, el nuevo proyecto para Cuba se configura como un esfuerzo transnacional en el que participan actores locales, élites del exilio y poderes tecnológicos y financieros estadounidenses. Entender el rol específico de la diáspora resulta indispensable para comprender la verdadera naturaleza del proceso que se pretende implementar en la isla.

9.1 La Migración Masiva y la Formación de un Nuevo Capital Humano y Económico

Uno de los fenómenos más significativos de las últimas dos décadas ha sido la migración masiva de población cubana hacia Estados Unidos y otros países. Solo entre los años 2021 y 2024, más de 850.000 cubanos entraron a territorio estadounidense, constituyendo la mayor ola migratoria en la historia de la isla. Esta cifra representa aproximadamente el 8% de la población total de Cuba en ese período.

Esta nueva diáspora se distingue de las olas migratorias anteriores por su alto nivel educativo y su rápida integración en sectores tecnológicos, profesionales y empresariales. A diferencia de los exiliados de las primeras décadas, muchos de estos migrantes han accedido a educación superior, dominan herramientas digitales y han desarrollado habilidades técnicas demandadas en la economía moderna.

Paralelamente, la diáspora cubano-americana histórica ha consolidado un importante poder económico. Figuras como Jorge Mas, presidente de MasTec, una de las principales empresas de infraestructura y telecomunicaciones de Estados Unidos con ingresos superiores a los 12.000 millones de dólares anuales, ejemplifican el éxito alcanzado por empresarios cubano-americanos. Estas élites económicas han acumulado no solo capital financiero, sino también experiencia en gestión de grandes proyectos, tecnología y relaciones políticas en Washington.

Este proceso ha generado un fenómeno de particular relevancia para el futuro de Cuba: la formación de un capital humano y económico transnacional. Miles de cubanos han adquirido conocimientos, capital y experiencia en el exterior que, bajo el nuevo modelo que se proyecta para la isla, podrían ser canalizados hacia la reconstrucción económica cubana.

Sin embargo, esta aparente oportunidad oculta una dinámica más compleja. El capital y el conocimiento adquirido por la diáspora no llegarían de forma orgánica y libre, sino que serían instrumentalizados dentro de una arquitectura económica y tecnológica diseñada principalmente desde fuera de la isla.

Este fenómeno migratorio no solo ha generado capital económico, sino que también ha moldeado una mentalidad particular dentro de la diáspora. El cubano, históricamente vinculado a la política y a los debates sobre democracia, ha desarrollado al mismo tiempo una profunda hambre de progreso personal y colectivo. Tras décadas de restricciones y control estatal, existe en gran parte de la población una aspiración intensa por el éxito, el emprendimiento y la creación de riqueza.

Esta dualidad resulta particularmente funcional para el proyecto que se diseña para Cuba. Por un lado, el desencanto profundo con el excesivo intervencionismo estatal hace que las ideas libertarias de reducción del gobierno encuentren terreno fértil entre muchos cubanos. Por otro lado, esa misma hambre de superación y desarrollo hace que la visión tecnocrática centrada en la eficiencia, la tecnología y la generación de riqueza también resulte atractiva para un sector importante de la sociedad.

De esta forma, la combinación de desencanto político y ambición personal convierte a la población cubana, tanto dentro de la isla como en la diáspora, en un receptáculo especialmente propicio para el modelo tecnocrático que se pretende implementar. El cubano, cansado de la política tradicional y ansioso por progresar, podría encontrar en esta nueva propuesta una aparente síntesis entre libertad económica y orden eficiente.

Las élites cubano-americanas, junto con los centros de poder en Washington, no solo poseen el capital económico y las conexiones políticas necesarias, sino que también cuentan con la capacidad de moldear la narrativa y la mentalidad tanto de la diáspora como de la población dentro de la isla. A través de medios de comunicación, redes sociales, influencers y think tanks, estas élites han venido promoviendo durante años un discurso que asocia sistemáticamente el progreso económico con la necesidad de un “cambio ordenado”, la inversión extranjera y la modernización tecnológica.

Esta influencia narrativa resulta estratégica. Al presentar el nuevo modelo como la única vía realista para alcanzar la prosperidad que tanto anhela el pueblo cubano, se busca crear un consenso emocional que minimice la resistencia ante la pérdida de soberanía real. La promesa de desarrollo económico y estabilidad se utiliza como herramienta poderosa para que la población acepte, o incluso celebre, un sistema donde las decisiones estratégicas y el control tecnológico queden fuera del alcance del pueblo cubano.

De esta forma, las élites no solo participan en el diseño económico del nuevo proyecto, sino que cumplen un rol fundamental en la ingeniería social: la configuración de una mentalidad colectiva que perciba el nuevo modelo tecnocrático como inevitable, deseable y, sobre todo, como un proyecto “cubano”.

Esta dinámica se complementa con otra necesidad profunda del pueblo cubano: la satisfacción de su sed democrática. Tras más de seis décadas sin experiencia real de participación política pluralista, amplios sectores de la sociedad cubana anhelan formas de expresión democrática, aunque sea de manera formal o simbólica.

En este contexto, figuras de la oposición como **Rosa María Payá**, promotora de Cuba Decide, **José Daniel Ferrer**, líder histórico de la Unión Patriótica de Cuba (UNPACU), **Amelia Calzadilla**, quien recientemente anunció la creación del Partido Liberal Ortodoxo Cubano, y otros activistas emergentes podrían jugar un papel funcional importante durante los primeros diez o quince años de transición.

Estos líderes y sus incipientes proyectos políticos servirían como válvula de escape para canalizar el deseo de participación democrática de la población. La creación de múltiples partidos políticos, la celebración de elecciones formales y la existencia de una oposición visible permitirían al cubano sentir que finalmente participa en un sistema democrático, aun cuando las decisiones estratégicas y el control real de la economía y la tecnología permanezcan en manos de una arquitectura de poder supranacional.

Asimismo, la proliferación de una nueva burocracia estatal y partidista ofrecería espacios de ascenso social y reconocimiento a miles de cubanos, satisfaciendo aspiraciones de movilidad que el sistema anterior reprimía. De esta manera, tanto las élites del exilio como los nuevos líderes opositores cumplirían una función esencial: ofrecerle al pueblo cubano las formas externas de la democracia mientras se consolida un modelo de poder que trasciende el marco nacional.

9.2 El Sueño del Retorno: Reconstrucción Emocional y Económica

El anhelo de retorno a la patria constituye uno de los sentimientos más profundos y persistentes dentro de la diáspora cubana. Tras décadas de separación, un número significativo de cubanos en el exterior mantiene viva la esperanza de regresar algún día a la isla, no solo como visitantes, sino como protagonistas de su reconstrucción. Este sentimiento, cargado de emotividad, representa un factor psicológico y social de gran relevancia que las élites promotoras del nuevo modelo buscan activamente capitalizar.

El discurso de la “reconstrucción de Cuba” se presenta como una narrativa poderosa que combina dos elementos fundamentales: la satisfacción del deseo emocional de volver al país natal y la posibilidad de obtener beneficios económicos concretos. Para muchos cubanos en el exterior, la idea de participar en la reconstrucción nacional no se percibe únicamente como una oportunidad de negocios, sino como un acto de justicia histórica y redención personal.

Esta narrativa resulta particularmente efectiva porque conecta directamente con la frustración acumulada durante más de sesenta años. El mensaje que se transmite es claro: después de tanto sacrificio y separación, ha llegado finalmente el momento en que los cubanos del exterior puedan contribuir con su capital, conocimiento y esfuerzo a construir una nueva Cuba.

Sin embargo, este llamado al retorno y a la reconstrucción no es un proceso espontáneo ni puramente emocional. Se trata de una estrategia cuidadosamente diseñada que busca movilizar el capital humano y financiero de la diáspora hacia un proyecto económico y político ya estructurado de antemano. El fuerte componente emocional del retorno se utiliza como elemento aglutinador para reducir posibles resistencias críticas ante la naturaleza real del modelo que se pretende implementar.

De esta forma, el legítimo anhelo de miles de cubanos por regresar y contribuir al desarrollo de su país podría ser instrumentalizado para legitimar y facilitar la consolidación de un sistema donde las decisiones estratégicas escapen al control democrático de la población cubana.

Este discurso ha sido reforzado recientemente por el propio presidente Donald Trump, quien en múltiples intervenciones ha señalado que “muchos cubanos quieren regresar a su país”. Esta narrativa se ha vuelto especialmente relevante en el contexto de la política migratoria de su segunda administración, marcada por un fuerte énfasis en las deportaciones masivas.

La combinación de una política migratoria más estricta con el discurso del retorno crea un escenario particularmente funcional para el proyecto cubano. Miles de cubanos que entraron de forma irregular o que se encuentran en situaciones migratorias precarias tras las oleadas migratorias de 2021-2024 enfrentan ahora una presión creciente. Para muchos de ellos, el mensaje implícito es claro: ante la posibilidad de deportación o de vivir en una situación legal inestable en Estados Unidos, el retorno “voluntario” a una Cuba en proceso de reconstrucción se presenta como una opción viable y hasta deseable.

De esta forma, la política migratoria estadounidense y el proyecto de reestructuración de Cuba se complementan mutuamente. Por un lado, se reduce la presión migratoria sobre Estados Unidos; por otro, se canaliza hacia la isla una población que, motivada por la necesidad y el anhelo de regresar, podría aceptar con menor resistencia las condiciones del nuevo modelo económico y social que se pretende implementar.

Esta convergencia entre la política de deportaciones y el discurso del retorno representa un mecanismo eficaz para movilizar fuerza de trabajo y población hacia Cuba, bajo la apariencia de una decisión voluntaria y patriótica, cuando en realidad responde a una presión estructural generada desde la política migratoria estadounidense.

9.3 De la Diáspora al Capital Transnacional

La diáspora cubana no constituye un bloque homogéneo, sino que se divide claramente en dos grandes segmentos con roles distintos pero complementarios dentro del proyecto que se diseña para Cuba.

Por un lado se encuentran las grandes élites económico-políticas, representadas por empresarios de alto nivel como Jorge Mas, presidente de MasTec, cuya empresa supera los 12.000 millones de dólares en ingresos anuales. Estos actores poseen el capital, las conexiones políticas en Washington y la capacidad de ejecutar grandes proyectos de infraestructura y tecnología. Su rol será fundamental en la captación de inversión extranjera, el desarrollo de proyectos estratégicos y la articulación con los centros de poder estadounidenses.

Por otro lado, existe un segmento mucho más amplio: el de los pequeños y medianos empresarios, profesionales y trabajadores cubanos que, tras emigrar en los últimos años, han logrado ahorrar capital, adquirir conocimientos técnicos y desarrollar habilidades empresariales. Aunque operan a una escala mucho menor que las grandes élites, este grupo representa una fuerza económica significativa que podría ser canalizada hacia pequeños y medianos negocios, el sector servicios y la economía digital dentro de la nueva Cuba.

Esta dualidad resulta altamente funcional para el modelo que se pretende implementar. Mientras las grandes élites se encargan de los proyectos estratégicos, la infraestructura tecnológica y las alianzas políticas, los pequeños y medianos inversionistas de la diáspora servirán como base para oxigenar la economía cotidiana, generar empleo y crear una capa intermedia de empresarios que legitime el nuevo sistema ante la población local.

De esta forma, tanto las grandes fortunas como los cubanos de clase media y trabajadora que lograron acumular algún capital en el exterior forman parte de un mismo ecosistema económico transnacional. Ambos grupos, aunque con diferente peso e influencia, son necesarios para dar viabilidad práctica al nuevo modelo económico que se proyecta para la isla.

Este segmento de pequeños y medianos empresarios de la diáspora resulta especialmente importante para el modelo que se pretende implementar. Muchos de ellos han logrado, tras años de esfuerzo en el exterior, acumular ahorros significativos que oscilan entre los 50.000 y 300.000 dólares, una cantidad más que suficiente para establecer pequeños negocios, restaurantes, cafeterías, talleres, servicios de tecnología o alquileres de vivienda en la Cuba del futuro.

A diferencia de las grandes élites, estos cubanos mantienen un contacto más directo y emocional con sus familiares y amigos dentro de la isla. Su regreso o sus inversiones no serán percibidas por la población como la llegada de grandes capitales extranjeros, sino como el retorno del “cubano de a pie” que logró salir adelante y ahora quiere ayudar a su familia y a su país. Esta cercanía emocional les otorga una legitimidad social que las grandes corporaciones no poseen.

Además, estos pequeños inversionistas estarán dispuestos a aceptar mayores riesgos y a operar en sectores que a las grandes empresas no les resultan atractivos. Su presencia masiva podría generar la ilusión de un amplio proceso de “emprendimiento popular”, cuando en realidad estarán operando dentro de un marco económico y tecnológico previamente diseñado por las élites del proyecto.

De esta manera, los pequeños y medianos empresarios de la diáspora cumplirían una función estratégica: servir como amortiguador social, generar empleo visible y crear la apariencia de una economía dinámica y plural, mientras las decisiones estructurales y el control tecnológico permanecen en manos de un reducido grupo de poder.

Capítulo 10: Implicaciones Económicas, Sociales y Geopolíticas del Nuevo Modelo para Cuba

El verdadero costo de la transición que se proyecta para Cuba no se medirá únicamente en indicadores macroeconómicos, sino en la transformación estructural de la sociedad cubana y en su posición dentro del tablero geopolítico regional. Este capítulo busca ir más allá de las narrativas oficiales de “reconstrucción” y “progreso”, para examinar las implicaciones profundas, tanto visibles como invisibles, que tendría la implementación del modelo tecnocrático-digital en la isla.

Lejos de representar una simple modernización económica, el proyecto que se diseña para Cuba implica una reconfiguración radical de las relaciones de poder, la propiedad y el control social. Lo que está en juego no es solamente el modelo económico, sino la propia naturaleza del contrato social entre el Estado, la élite emergente y la ciudadanía.

Este capítulo analiza tres dimensiones fundamentales. En primer lugar, se examinarán las implicaciones económicas reales del modelo, más allá de las promesas de prosperidad. En segundo lugar, se evaluarán las consecuencias sociales, particularmente la consolidación de una nueva y profunda estratificación social en una sociedad que durante décadas se presentó como igualitaria. Finalmente, se estudiarán las repercusiones geopolíticas, considerando a Cuba no solo como un caso aislado, sino como el laboratorio piloto de un modelo que podría replicarse en otros países de América Latina.

El análisis que sigue revela una paradoja histórica inquietante: después de más de seis décadas de experimentos políticos impuestos desde el exterior, Cuba se encuentra nuevamente ante la posibilidad de convertirse en campo de pruebas de un proyecto diseñado fuera de sus fronteras. Solo que esta vez, el experimento se presenta bajo la bandera de la modernidad tecnológica y la libertad económica.

El verdadero alcance del proyecto que se diseña para Cuba solo puede comprenderse al analizar las profundas transformaciones estructurales que implicaría en todos los órdenes de la vida nacional. Más allá de los discursos oficiales sobre recuperación económica, modernización y prosperidad, este capítulo busca examinar las implicaciones reales, tanto visibles como invisibles, de la implementación de un modelo tecnocrático-digital en la isla.

Este capítulo analizará cómo se pretende mantener la apariencia de un Estado cubano soberano mientras se vacía progresivamente de su contenido real. Se estudiará la estrategia de preservar la Constitución vigente, reformándola de manera gradual en lugar de sustituirla, y cómo esta decisión responde a una lógica de continuidad formal y discontinuidad sustancial.

Asimismo, se examinará la reconfiguración de los principales sistemas que sostienen una sociedad: el legislativo e institucional, el bancario y financiero, el educativo, el de salud y el de seguridad. Se prestará especial atención a las leyes silenciosas que se han venido aprobando, particularmente la Ley General de Ciencia, Tecnología e Innovación de 2025, como instrumentos clave para preparar el terreno jurídico del nuevo modelo.

El capítulo también abordará la posible convergencia entre biotecnología y tecnología digital, explorando cómo Cuba podría convertirse en un laboratorio de fusión humano-máquina. Finalmente, se analizarán las implicaciones sociales de crear una sociedad de propietarios precarios y las consecuencias geopolíticas que tendría para la región el establecimiento de este modelo en la isla.

Lejos de tratarse de una simple transición económica, lo que se proyecta para Cuba es la construcción de un nuevo tipo de sociedad donde las formas tradicionales del Estado-nación convivan con estructuras de poder supranacionales, tecnológicas y transnacionales.

10.1 El Mantenimiento de las Apariencias Estatales y el Vaciamiento Progresivo de la Soberanía

Uno de los rasgos definitorios del nuevo modelo que se proyecta para Cuba será la decisión estratégica de preservar las formas externas del Estado mientras se transforma sustancialmente su contenido real. En lugar de una ruptura visible con el orden institucional actual, se optará por mantener la apariencia de continuidad estatal.

Esta estrategia implica conservar los símbolos nacionales, las instituciones formales y gran parte de la estructura jurídica existente. La bandera, el escudo, el nombre oficial de la República y las instituciones tradicionales se mantendrán, pero su poder real será progresivamente transferido hacia estructuras paralelas o supranacionales que escaparán al control directo del pueblo cubano.

La opción de restaurar la Constitución de 1940 ha sido descartada por considerarse políticamente costosa y simbólicamente problemática. En su lugar, se mantendrá la Constitución de 2019 como marco jurídico principal, procediendo a reformarla de manera gradual y sectorial. Esta vía permite introducir los cambios necesarios para el nuevo modelo económico y tecnológico sin generar la percepción de un quiebre traumático con el pasado reciente.

Este enfoque de “continuidad formal y discontinuidad real” ofrece claras ventajas para los promotores del proyecto. Permite reducir la resistencia interna al cambio, mantener cierta estabilidad social durante la transición y presentar el proceso ante la población como una evolución natural del sistema, en lugar de una sustitución de soberanía.

De esta manera, Cuba mantendrá la apariencia de un Estado soberano mientras sus decisiones estratégicas en materia económica, tecnológica y de seguridad se toman cada vez más fuera de sus fronteras institucionales.

Esta estrategia de mantener las formas externas del Estado cubano mientras se reconfigura su contenido real plantea interrogantes fundamentales sobre la verdadera naturaleza del proceso en curso. Aunque se presente públicamente como una transición hacia un modelo más eficiente y moderno, resulta evidente que implica una transferencia gradual pero significativa de poder soberano hacia actores externos y estructuras tecnocráticas que operarían con escasa o nula rendición de cuentas ante el pueblo cubano.

Desde una perspectiva analítica, esta fórmula representa una solución política particularmente astuta. Al preservar las instituciones y símbolos nacionales, se busca minimizar el rechazo emocional de la población, que históricamente ha mostrado gran sensibilidad hacia cualquier amenaza a la soberanía nacional. Sin embargo, este enfoque también conlleva un riesgo latente: la creación de un Estado vacío de contenido real, donde las decisiones estratégicas se adoptan en instancias opacas, lejos del escrutinio público y del control democrático.

Este modelo de gobernanza híbrida que combina instituciones nacionales con centros de poder supranacionales y privados constituye un experimento político de enorme trascendencia, cuyas consecuencias reales para la población cubana solo podrán evaluarse con el paso del tiempo. Documentar y analizar este proceso resulta esencial para comprender no solo el futuro de Cuba, sino también las nuevas formas de ejercicio del poder que podrían extenderse a otros países de la región.

Desde el punto de vista procedimental, la Constitución de 2019 establece en su Título XI un mecanismo relativamente flexible para su propia reforma. Las modificaciones pueden ser propuestas por el Presidente de la República, el Consejo de Estado, el Consejo de Ministros, una tercera parte de los diputados o incluso por 50.000 ciudadanos mediante petición. La aprobación en la Asamblea Nacional del Poder Popular requiere una mayoría no inferior a dos tercios de sus integrantes.

En aquellos casos que afecten derechos, deberes, garantías, la integración de la Asamblea o las atribuciones del Presidente, la reforma debe someterse obligatoriamente a referéndum popular. Sin embargo, el Artículo 4 —que declara la irrevocabilidad del sistema socialista— y el rol dirigente del Partido Comunista se encuentran constitucionalmente blindados y no pueden ser reformados bajo ninguna circunstancia.

Esta estructura resulta particularmente conveniente para el nuevo modelo. Permite mantener intactos los artículos que garantizan la continuidad formal del sistema político, mientras se introducen de manera progresiva reformas en materia económica, de propiedad, tecnológica y de derechos que faciliten la implementación del proyecto tecnocrático.

De esta forma, se preservan los elementos simbólicos y políticos que resultan útiles para mantener la estabilidad social y la legitimidad histórica, al mismo tiempo que se abren espacios jurídicos para incorporar nuevos conceptos como la economía digital, la propiedad privada ampliada, la inversión extranjera estratégica y eventuales mecanismos de democracia formal controlada. Se trataría, en esencia, de una reforma gradual y quirúrgica de la Constitución vigente, más que de su sustitución radical.

Esta estrategia permitiría mantener formalmente la Constitución de 2019, pero vaciándola progresivamente de su carácter ideológico explícito. El artículo que consagra el rol dirigente del Partido Comunista podría ser reformado o reinterpretado de manera que el partido deje de aparecer como el centro único y visible del poder político. En su lugar, podría establecerse un sistema multipartidista controlado o un modelo de “democracia participativa” que, en la superficie, parezca más abierto y plural.

De esta forma, se preservaría el marco constitucional actual como fachada jurídica, pero se eliminaría la “carátula” comunista que actualmente define al sistema. El Partido Comunista podría transformarse formalmente en uno más entre varios partidos, o incluso diluirse dentro de una estructura política más amplia, mientras el verdadero centro de poder —lo que

hemos denominado el Deep State cubano— opera desde instituciones paralelas, consejos económicos mixtos y organismos supranacionales que no estarían sujetos al escrutinio democrático directo.

Esta sería, quizás, la jugada más sofisticada del nuevo proyecto: mantener la Constitución vigente, despojarla de su carácter socialista explícito, permitir una apariencia de democracia multipartidista y, simultáneamente, construir detrás del telón un sistema de control tecnocrático donde las decisiones estratégicas, económicas y tecnológicas se tomen al margen de las instituciones formales del Estado cubano.

De esta manera, Cuba conservaría la forma de un Estado soberano, mientras su soberanía real se diluye en una arquitectura de poder mucho más compleja y menos visible.

10.2 La Reconfiguración del Sistema Institucional y Legislativo

Una vez establecida la decisión de mantener la Constitución de 2019 como marco jurídico principal, el siguiente paso lógico sería la reforma profunda del sistema institucional y legislativo cubano.

En este nuevo escenario, la Asamblea Nacional del Poder Popular podría conservar su existencia formal, pero vería significativamente reducidas sus funciones reales. Su rol pasaría de ser un órgano teóricamente supremo a convertirse en una cámara de ratificación de decisiones tomadas en otras instancias. Las verdaderas decisiones estratégicas se trasladarían hacia nuevos organismos de carácter mixto o supranacional, tales como consejos económicos, comités de inversión estratégica o entidades de gobernanza digital, donde participarían actores locales, representantes de la diáspora, inversores extranjeros y tecnócratas.

El sistema legislativo también experimentaría una transformación sustancial. Muchas de las competencias que actualmente corresponden al Estado cubano serían transferidas a normativas de rango inferior o a regulaciones técnicas que no requerirían aprobación parlamentaria. Esto permitiría introducir cambios profundos en materia económica, financiera y tecnológica mediante decretos y resoluciones ministeriales, evitando debates públicos de gran calado.

Paralelamente, se crearía un entramado institucional paralelo destinado a operar con mayor flexibilidad y menor control democrático. Estos nuevos organismos, presentados como “técnicos” o “especializados”, serían los verdaderos centros de poder donde se definiría el rumbo económico y tecnológico de la nación.

Esta reconfiguración institucional no implicaría necesariamente la desaparición visible del Estado cubano, sino su vaciamiento progresivo. Se mantendrían las instituciones tradicionales para preservar la estabilidad social y la legitimidad simbólica, mientras se construye paralelamente una arquitectura de poder más acorde con los intereses del modelo tecnocrático que se pretende implementar.

En resumen, el sistema institucional cubano no será destruido, sino reutilizado. Se mantendrá la apariencia de las instituciones tradicionales mientras se les vacía de poder real. La Asamblea Nacional, los ministerios y demás órganos del Estado quedarán como cáscaras vacías, conservando su forma pero perdiendo su esencia. El verdadero poder se desplazará hacia estructuras paralelas, menos visibles y más eficientes, donde las decisiones estratégicas se tomarán lejos del escrutinio público y del control democrático.

10.3 El Nuevo Sistema Financiero: Hacia la Tokenización y el Control Digital

El sistema financiero representa uno de los pilares fundamentales del nuevo modelo que se proyecta para Cuba. Lejos de una simple modernización bancaria, lo que se plantea es una transformación estructural hacia un sistema completamente digitalizado basado en identidad digital, stablecoins y tokenización de activos.

Este proceso no sería inmediato, sino gradual. En una primera etapa se mantendría la coexistencia entre el sistema bancario tradicional y las nuevas infraestructuras digitales. Progresivamente, se incentivaría el uso de monedas digitales y plataformas de pago basadas en blockchain, hasta llegar a un sistema donde el acceso al crédito, los subsidios y los servicios básicos dependan de una identidad digital única.

Esta nueva arquitectura financiera permitiría un nivel de control sin precedentes sobre la población. Cada transacción, cada movimiento económico y cada comportamiento financiero quedarían registrados y analizables en tiempo real. El crédito y las oportunidades económicas podrían condicionarse no solo a la capacidad de pago, sino también a variables de comportamiento social y cumplimiento de normas establecidas por el sistema.

En este nuevo esquema, el Banco Central de Cuba perdería gran parte de su autonomía real para convertirse en un nodo más dentro de una red financiera regional o internacional dominada por actores privados y tecnocráticos. La soberanía monetaria, uno de los últimos bastiones del Estado-nación, quedaría severamente comprometida.

Este modelo financiero no busca solamente modernizar la economía cubana, sino establecer un sistema de control económico y social mucho más sofisticado que cualquiera de los conocidos hasta ahora en la isla.

Este nuevo sistema financiero tendría la capacidad de vincular directamente el comportamiento social con el acceso a recursos económicos. La identidad digital de cada ciudadano podría incluir un sistema de puntuación que determine su acceso a créditos, subsidios, empleo o incluso servicios básicos. De esta manera, el control económico dejaría de ser solo una cuestión monetaria para convertirse en una herramienta efectiva de control social.

Además, la tokenización de activos permitiría fraccionar y comercializar propiedades, tierras y recursos de forma mucho más ágil, facilitando su adquisición por parte de capitales extranjeros y miembros de la diáspora sin necesidad de grandes reformas visibles. Todo este proceso se presentaría bajo el discurso de “modernización financiera” y “inclusión digital”, ocultando su verdadero potencial como mecanismo de vigilancia y control centralizado.

Para la población cubana de a pie, este sistema representaría un cambio radical en su relación diaria con el dinero. Las personas jóvenes o de mediana edad con acceso a teléfonos inteligentes y habilidades digitales podrían adaptarse con relativa facilidad, accediendo a créditos, pagos y oportunidades económicas de forma más ágil. Sin embargo, los más vulnerables enfrentarían serias dificultades.

Cuba cuenta actualmente con una de las poblaciones más envejecidas de América Latina, con más del 24% de sus habitantes mayores de 60 años. Para los ancianos, especialmente aquellos que viven solos, tienen bajo nivel educativo o residen en zonas rurales, la transición hacia un sistema 100% digital podría convertirse en una barrera casi infranqueable. Muchos de ellos carecen de teléfonos inteligentes, desconocen el manejo de aplicaciones y tienen dificultades para recordar contraseñas o códigos de verificación.

Los más beneficiados serían claramente los jóvenes profesionales, los miembros de la diáspora que regresen con capital y habilidades digitales, y aquellos cubanos con conexiones familiares en el exterior que puedan asistirlos tecnológicamente. En cambio, los ancianos, las personas con bajos niveles de alfabetización digital y los sectores más pobres sin apoyo familiar quedarían en una posición de clara desventaja.

Ante esta realidad, el sistema necesitaría crear alternativas como ventanillas físicas especiales, representantes familiares autorizados o subsidios asistidos. Sin embargo, estas excepciones podrían terminar siendo temporales o limitadas, dejando a un sector importante de la población cubana —particularmente la tercera edad— en una situación de exclusión financiera y dependencia extrema de terceros para poder realizar operaciones básicas de su vida cotidiana.

10.4 La Convergencia Biotecno-Humana: Cuba como Laboratorio Transhumanista

Uno de los aspectos más inquietantes y menos discutidos del nuevo modelo para Cuba es su potencial como laboratorio de convergencia entre biotecnología y tecnología digital. La aprobación de la Ley General de Ciencia, Tecnología e Innovación en diciembre de 2025 no fue un hecho aislado, sino un paso estratégico que abre las puertas jurídicas para investigaciones avanzadas en edición genética, neurotecnología e interfaces humano-máquina.

Cuba cuenta con una de las biotecnologías más desarrolladas de América Latina, especialmente a través del Centro de Ingeniería Genética y Biotecnología (CIGB). Esta capacidad científica, combinada con una población que históricamente ha sido utilizada como sujeto de experimentación masiva, convierte a la isla en un terreno excepcionalmente atractivo para probar tecnologías de vanguardia en el ser humano.

En este nuevo contexto, Cuba podría convertirse en un campo de pruebas para terapias génicas, implantes neurales y modificaciones biológicas que en otros países enfrentarían fuertes restricciones éticas y regulatorias. La posibilidad de fusionar el avanzado conocimiento cubano en biotecnología con capital y tecnología de empresas estadounidenses y europeas especializadas en neurotecnología representa un escenario de enorme trascendencia.

Este proyecto no se limitaría a tratamientos médicos. La verdadera dimensión del experimento radica en la posibilidad de desarrollar sistemas de interfaz cerebro-máquina y modificación biológica que permitan un mayor control y monitoreo de la población. El mismo pueblo que fue utilizado durante décadas como laboratorio del comunismo podría ahora convertirse en sujeto de prueba del siguiente gran experimento: la fusión entre el ser humano y la tecnología.

Esta posibilidad adquiere una dimensión aún más grave si se analiza el historial del régimen cubano en el uso del cuerpo humano como recurso económico. Durante décadas, el Estado ha comercializado la sangre donada de forma “voluntaria” por la población. Entre 1995 y 2015, Cuba exportó derivados de sangre y plasma por un valor superior a los 622 millones de dólares, sin que los donantes recibieran compensación alguna.

Más recientemente, en 2025, el propio gobierno reconoció públicamente su intención de entrar de lleno en el negocio del plasma sanguíneo mediante centros de plasmapheresis, buscando inversores extranjeros. De igual forma, tras la aprobación del Código de las Familias en 2022, se abrió la puerta a la “gestación solidaria”, una figura que muchos analistas temen pueda convertirse en vientres de alquiler encubiertos para turistas médicos.

El caso de las misiones médicas internacionales tampoco puede obviarse. Miles de profesionales de la salud han sido enviados al exterior en condiciones que diversas organizaciones y gobiernos han calificado como explotación laboral, reteniendo el Estado entre el 75% y el 95% de sus salarios.

Este historial demuestra que el régimen cubano tiene una larga trayectoria en la instrumentalización del cuerpo y la salud de sus ciudadanos como fuente de divisas. Por tanto, no resulta descabellado plantear que, bajo el nuevo modelo tecnocrático, Cuba podría convertirse nuevamente en un laboratorio, esta vez no solo ideológico, sino biológico y tecnológico, donde se prueben intervenciones genéticas, implantes neurales y modificaciones humano-máquina con una población históricamente acostumbrada a sacrificios “por la patria”.

Aunque no existen evidencias públicas de ensayos masivos de edición genética germinal o implantes neurales tipo Neuralink en Cuba hasta la fecha, el país cuenta con una sólida tradición de ensayos clínicos en humanos. El Centro de Ingeniería Genética y Biotecnología (CIGB) ha realizado múltiples ensayos clínicos con productos biotecnológicos, incluyendo péptidos sintéticos como el CIGB-552 para tratamientos oncológicos. Esta experiencia en investigación clínica avanzada, combinada con una población acostumbrada a participar en estudios médicos, crea las condiciones ideales para que Cuba se convierta en un terreno atractivo para probar tecnologías de modificación biológica y fusión humano-máquina en el futuro.

La aprobación de la **Ley General de Ciencia, Tecnología e Innovación** el 18 de diciembre de 2025 constituye uno de los pasos legislativos más significativos y menos debatidos de los últimos años. Esta ley establece el marco jurídico necesario para ordenar, promover y regular todas las actividades científicas, tecnológicas y de innovación en el país, facilitando de manera explícita la colaboración entre entidades estatales, empresas mixtas y capital extranjero.

Aunque la ley no menciona directamente la edición genética humana ni interfaces cerebro-máquina, su amplitud y flexibilidad abren las puertas para el desarrollo de tecnologías de frontera en biotecnología y neurotecnología. Cuba ya cuenta con una de las infraestructuras biotecnológicas más avanzadas de América Latina, especialmente a través del Centro de Ingeniería Genética y Biotecnología (CIGB), institución que ha acumulado décadas de experiencia en investigación clínica avanzada y ensayos en humanos.

Este historial resulta particularmente preocupante. Durante décadas, el Estado cubano ha tratado el cuerpo de sus ciudadanos como un recurso económico: exportó derivados de sangre donada “voluntariamente” por la población por cientos de millones de dólares, mantiene un modelo de misiones médicas que ha sido denunciado internacionalmente como explotación laboral, y la aprobación del Código de las Familias en 2022 abrió la puerta a la “gestación solidaria”, una figura que muchos analistas temen pueda derivar en turismo reproductivo.

En este contexto, Cuba presenta las condiciones ideales para convertirse en un laboratorio de convergencia entre biotecnología y tecnología digital. Una población envejecida pero con alta esperanza de vida, un sistema de salud centralizado que facilita el seguimiento masivo de pacientes, y una larga tradición de participación en estudios clínicos crean un entorno excepcionalmente favorable para probar terapias génicas, edición del ADN con herramientas como CRISPR, implantes neurales y prótesis robóticas controladas por el pensamiento.

Lo que se perfila no es solo una modernización médica, sino la posibilidad de que Cuba pase de ser el laboratorio del comunismo del siglo XX a convertirse en el laboratorio del transhumanismo del siglo XXI. Un lugar donde se experimente con la modificación biológica y la fusión entre el ser humano y la máquina, con una población históricamente acostumbrada a sacrificarse “por el bien superior”.

Lo más alarmante es que Cuba ya cuenta con una legislación específica que regula estas fronteras éticas. El **Decreto-Ley 190 de Seguridad Biológica**, vigente desde 1999, establece un marco normativo para el manejo de agentes biológicos, organismos genéticamente modificados y actividades con riesgo biológico. Aunque esta norma busca regular y controlar este tipo de investigaciones, su existencia misma confirma que el Estado cubano se ha preparado desde hace más de 25 años para operar en este campo de alto riesgo ético.

La posibilidad de que Cuba se convierta en un laboratorio de modificación genética humana, creación de quimeras o interfaces cerebro-máquina no es una distopía lejana, sino un escenario cada vez más plausible. Una población acostumbrada durante décadas a sacrificarse “por la Revolución” podría ahora ser utilizada como sujeto experimental en la siguiente gran frontera tecnológica: la reingeniería del ser humano.

Sin embargo, más allá del riesgo, esta realidad también representa una oportunidad para la conciencia crítica. Precisamente porque Cuba acumula una larga experiencia como laboratorio social y biológico, su caso permite vislumbrar con claridad hacia dónde se dirige el proyecto tecnocrático global. Entender lo que está ocurriendo en la isla no es solo un ejercicio de análisis sobre Cuba, sino una ventana privilegiada para comprender el futuro que ciertas élites están diseñando para la humanidad.

10.5 El Nuevo Contrato Social: Propietarios sin Control

Una de las paradojas más profundas del nuevo modelo que se proyecta para Cuba radica en la contradicción entre la propiedad formal y el control real. Aunque se mantendrá e incluso se ampliará el porcentaje de cubanos que son propietarios de su vivienda —actualmente uno de los más altos del mundo—, esta propiedad será cada vez más nominal que sustancial.

La mayoría de la población mantendrá el título de propiedad de sus hogares, pero su capacidad real de decidir sobre ellos se verá severamente limitada. El valor real de la vivienda, su mantenimiento, el acceso a servicios básicos como agua, electricidad o internet, y hasta la posibilidad de transmitirla a sus descendientes dependerán cada vez más de sistemas digitales, regulaciones técnicas y decisiones tomadas por entidades externas al propietario.

Este nuevo contrato social se caracteriza por entregar a los ciudadanos una sensación de propiedad mientras se les despoja progresivamente del control sobre su propia vida. Se trataría de una sociedad de propietarios precarios: dueños en el papel, pero dependientes en la práctica de plataformas digitales, empresas de servicios y algoritmos que determinarán su calidad de vida diaria.

En este escenario, la alimentación, la energía, el empleo, la salud y los datos personales se convertirían en los nuevos puntos de control. Quien controle estas variables esenciales tendrá un poder mucho mayor sobre la población que el que jamás ejerció el Estado socialista tradicional. La vivienda, convertida en una propiedad casi simbólica, serviría como elemento de distracción que oculta la verdadera pérdida de autonomía.

De esta forma, el pueblo cubano pasaría de ser despojado de sus propiedades por el socialismo a ser despojado de su autonomía por el nuevo modelo tecnocrático, manteniendo siempre la ilusión de que finalmente ha alcanzado la “propiedad privada”.

Sin embargo, es importante reconocer que este proceso de transformación no ocurrirá de la noche a la mañana. Se trata de un cambio estructural que, de manera realista, tomará entre 20 y 30 años en consolidarse plenamente. Este horizonte temporal amplio abre una ventana significativa para que las personas más capaces, mejor informadas y con mayor capacidad de adaptación puedan prepararse estratégicamente.

Aquellos cubanos que desarrollen habilidades digitales, comprendan el funcionamiento del nuevo sistema económico y mantengan una mentalidad proactiva tendrán mayores oportunidades de posicionarse favorablemente dentro del nuevo orden. En un sistema que premia la eficiencia y la capacidad individual, las personas preparadas y con recursos tendrán una clara ventaja comparativa.

Este reconocimiento no implica una aceptación acrítica del modelo, sino un análisis realista de la naturaleza humana y del funcionamiento de los sistemas sociales. La historia demuestra que los grandes cambios estructurales siempre benefician desproporcionadamente a quienes logran anticiparse a ellos.

En última instancia, esta misma capacidad de comprensión y adaptación que permita a algunos aprovechar las oportunidades del nuevo sistema, podría también —en el largo plazo— convertirse en la base para cuestionar sus fundamentos más autoritarios y trabajar hacia la construcción de un orden verdaderamente más libre y soberano para el pueblo cubano.

10.6 Implicaciones Geopolíticas: Cuba como Modelo Exportable

Más allá de las consecuencias internas para el pueblo cubano, el proyecto que se diseña para la isla posee una dimensión geopolítica de gran alcance. Cuba no sería vista únicamente como un caso aislado de transición económica, sino como un laboratorio piloto a escala nacional del modelo tecnocrático-digital del siglo XXI.

Si este modelo logra implementarse con relativo éxito en Cuba —combinando control social sofisticado, prosperidad económica limitada para una parte de la población y mantenimiento de la estabilidad política—, se convertiría en un modelo exportable para otros países de América Latina y el mundo en desarrollo. Las élites tecnocráticas internacionales tendrían entonces un caso concreto para demostrar que es posible mantener el control social sin necesidad de regímenes abiertamente autoritarios, utilizando en su lugar tecnología, incentivos económicos y narrativas de modernización.

En este sentido, el futuro de Cuba trasciende su propia realidad insular. Lo que ocurra en la isla durante las próximas décadas podría definir, en gran medida, el tipo de gobernanza que se pretenda implementar en otros países de la región. Un “éxito” cubano en este nuevo modelo serviría como precedente peligroso, facilitando la adopción de sistemas similares en naciones con crisis económicas profundas y poblaciones cansadas de la política tradicional. Cuba, que durante el siglo XX fue utilizada como plataforma de exportación de la revolución comunista, podría en el siglo XXI convertirse en la plataforma de exportación de un nuevo modelo de control social tecnocrático mucho más sofisticado y difícil de resistir.

Este modelo geopolítico adquiere aún mayor relevancia cuando se entiende que no se trata solamente de un cambio económico o político, sino de la implementación de una **arquitectura digital integral**. Cuba serviría como terreno de prueba para un sistema completo de gobernanza digital, donde la identidad digital única, los sistemas de pago basados en blockchain, la vigilancia algorítmica y el control de datos se integren en una misma plataforma tecnológica.

Si este experimento logra consolidarse, Cuba se convertiría en el primer país donde se prueba a escala nacional una arquitectura digital de control social que combina tecnología financiera, biotecnología, vigilancia masiva y gobernanza algorítmica. Este “paquete tecnológico” sería posteriormente ofrecido a otros gobiernos que enfrenten crisis similares de legitimidad y control.

De esta manera, el caso cubano dejaría de ser solo un experimento local para transformarse en el prototipo de un nuevo orden global basado en la arquitectura digital del poder. Un modelo donde la soberanía nacional se vuelve secundaria ante la eficiencia de los sistemas tecnológicos y donde las élites tecnocráticas trascienden las fronteras tradicionales para ejercer un poder directo sobre las poblaciones.

Cuba, una vez más, no sería el destino final del experimento, sino su primer banco de pruebas.

10.6 El Nuevo Reparto del Poder: Quiénes se Quedan con el Pastel

El proceso de transformación que se proyecta para Cuba no implica una apertura democrática amplia ni una redistribución real del poder. Por el contrario, todo indica que se está preparando una transición controlada, en la cual los principales actores económicos y políticos actuales buscan garantizar su posición en el nuevo orden que emerge.

En el centro de este proceso se encuentra **GAESA**, el conglomerado empresarial de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Durante las últimas décadas, GAESA ha consolidado el control sobre los sectores más rentables de la economía cubana, especialmente el turismo, las tiendas en divisas, las remesas y la infraestructura logística. En un escenario de apertura controlada, los principales beneficiarios de este conglomerado —incluyendo sectores cercanos a la familia de Raúl Castro— buscan convertir su poder económico de facto en una posición formal y legalmente reconocida dentro de la nueva estructura económica.

Paralelamente, ciertos grupos de capital extranjero de alto nivel ya se encuentran posicionados para participar activamente en este reparto. Entre ellos destaca el grupo **Bouygues**, que durante más de dos décadas ha mantenido una relación privilegiada con el Estado cubano. La empresa francesa ha sido responsable de la construcción de una parte significativa de la infraestructura hotelera de lujo en la isla, especialmente a través de contratos con entidades vinculadas a GAESA. Esta relación de largo plazo le otorga una ventaja estratégica considerable frente a otros actores que llegarían a un eventual proceso de apertura sin tener presencia previa consolidada.

Esta dinámica se enmarca dentro de un patrón más amplio de acercamiento entre sectores de la élite cubana y capitales europeos de alto nivel. Se han documentado múltiples reuniones entre miembros de la familia **Rothschild** y altos dirigentes cubanos, incluyendo encuentros con Fidel y Raúl Castro. Particularmente relevante es el caso de **Emma Rothschild**, quien visitó Cuba en varias ocasiones, así como los vínculos establecidos entre **Alexandre de Rothschild** y el grupo Bouygues. Estas conexiones no son casuales: reflejan un interés estratégico de sectores financieros europeos por posicionarse en un eventual proceso de reestructuración económica de la isla.

En este contexto, la transición que se avecina no responde únicamente a una lógica de apertura económica, sino a una reconfiguración del poder en la cual convergen tres actores principales: la élite militar cubana que busca legitimar y preservar su control económico, el capital extranjero de alto nivel que ya tiene presencia establecida en la isla, y sectores seleccionados de la diáspora dispuestos a operar dentro de las nuevas reglas del juego.

Este reparto de poder se inserta de manera coherente dentro del modelo tecnocrático-digital que se ha analizado a lo largo de esta tesis. La tokenización de activos, la creación de una infraestructura financiera digital y la implementación de sistemas de gobernanza basados en datos no solo representan herramientas de modernización, sino también mecanismos que facilitan la integración de Cuba en circuitos financieros internacionales controlados por actores de alto nivel. En este sentido, la arquitectura digital que se proyecta para Cuba no es neutral: funciona como la infraestructura técnica sobre la cual se puede asentar el nuevo reparto de poder económico entre la élite local reconvertida y el capital extranjero.

De esta forma, la transición cubana no se reduce a un cambio de sistema político o económico. Representa, más bien, un proceso de reacomodo de las élites de poder, en el cual la tecnología y la financiarización de la economía juegan un rol central como herramientas de control y distribución de la riqueza.

El escenario más probable para los próximos años no apunta hacia una democratización real de Cuba, sino hacia una **reestructuración controlada del régimen**. En este proceso, se modificarán ciertos aspectos formales del sistema político —como la celebración de elecciones más competitivas o la apertura de espacios limitados para la oposición— con el objetivo de mejorar la imagen internacional del país y facilitar la entrada de capital extranjero. Sin embargo, estas transformaciones no alterarán sustancialmente la estructura de poder real.

Lo que se está configurando es un modelo de **capitalismo de compinches con barniz democrático**. En este esquema, el control efectivo del poder económico y político se redistribuirá entre un conjunto reducido de actores que ya mantienen posiciones de ventaja. Por un lado, sectores de la élite militar y empresarial vinculada a GAESA buscan consolidar y legitimar su dominio económico, transformándose en una oligarquía formalmente integrada al nuevo orden. Por otro lado, empresas extranjeras que llevan años operando en la isla —como Bouygues y otros grupos europeos con presencia consolidada en el sector turístico e inmobiliario— se encuentran en una posición privilegiada para ampliar su participación sin partir de cero.

Estas empresas ya poseen infraestructura construida, relaciones institucionales establecidas y experiencia en la negociación con las estructuras de poder cubanas. En un contexto de mayor apertura jurídica y reducción de riesgos políticos, su ventaja competitiva se incrementará significativamente frente a nuevos actores que intenten ingresar al mercado cubano. De esta manera, la transición no representa una competencia abierta, sino la consolidación de un reparto previo del poder económico entre la élite local reconvertida y el capital extranjero ya posicionado.

Este modelo de transición controlada presenta un riesgo estructural para la mayoría de la población cubana. Siguiendo patrones observados en otros procesos de liberalización económica autoritaria —como los ocurridos en varios países del Este de Europa tras la caída del socialismo real o en economías como Vietnam y China—, es probable que se produzca una liberalización parcial de la economía sin una apertura equivalente en el plano político. En este escenario, una nueva clase dirigente —compuesta por antiguos funcionarios militares reconvertidos en empresarios, inversionistas extranjeros y sectores seleccionados de la diáspora— se apropiaría de los principales activos y oportunidades económicas, mientras amplios sectores de la población permanecen en condiciones de precariedad laboral y dependencia.

Dentro de este marco, la implementación de una arquitectura digital y la tokenización de activos adquieren un significado particular. Lejos de representar únicamente herramientas de modernización económica, estos mecanismos pueden facilitar la formalización y el control de la propiedad y las transacciones económicas en beneficio de los actores mejor posicionados. La digitalización de la economía permite una trazabilidad y un control más eficiente de los flujos de capital, lo cual resulta funcional tanto para la élite local como para los inversionistas extranjeros que buscan operar en un entorno predecible y regulado.

De esta forma, la transición que se avecina para Cuba no debe entenderse como un proceso de democratización, sino como una reconfiguración del poder en la cual se combina la apertura económica selectiva con el mantenimiento de mecanismos de control político y social, ahora potenciados por herramientas tecnológicas más avanzadas.

Un aspecto relevante dentro de este proceso de reconfiguración del poder lo constituye la posible utilización de **Cubanacán** como estructura alternativa. Cubanacán, que durante décadas fue la principal empresa turística del Estado cubano, fue progresivamente desplazada por GAESA y sus empresas subordinadas (especialmente Gaviota). Sin embargo, Cubanacán nunca desapareció jurídicamente y mantiene su existencia formal.

En un escenario de transición controlada, Cubanacán podría ser reactivada y utilizada como una pantalla institucional. Al imponer fuertes sanciones sobre GAESA —una medida que satisfaría parcialmente las demandas de justicia de sectores de la oposición y de la comunidad internacional—, el régimen podría transferir una parte significativa de sus activos hoteleros, contratos y operaciones hacia Cubanacán. De esta manera, se generaría la apariencia de un golpe contra el poder económico militar, mientras que el control real de los recursos turísticos se preservaría bajo una estructura diferente, con menor exposición internacional.

Este movimiento permitiría a sectores cercanos a la familia de Raúl Castro mantener influencia sobre una porción importante de la economía turística sin estar directamente vinculados a GAESA. Al mismo tiempo, ofrecería una narrativa de “cambio” y “depuración” que podría ser utilizada tanto hacia dentro como hacia fuera de Cuba. El resultado sería una operación de reacomodo del poder económico que, bajo la apariencia de justicia y renovación, en realidad busca preservar los activos más valiosos en manos de la misma élite que los controlaba previamente.

Este tipo de maniobras no son nuevas en procesos de transición autoritaria. Lo que se observa es una estrategia de supervivencia de la élite: sacrificar la estructura más expuesta (GAESA) para proteger el núcleo del poder económico mediante estructuras secundarias o históricas que pueden ser rehabilitadas con relativa facilidad.

De esta forma, la sed de justicia que existe en amplios sectores de la diáspora y dentro de Cuba podría ser parcialmente canalizada hacia sanciones simbólicas contra GAESA, mientras el control real de los principales activos económicos se reorganiza bajo nuevas denominaciones institucionales, manteniendo intacta la concentración del poder en manos de un grupo reducido.

10.8 Conclusiones

El análisis realizado en este capítulo permite llegar a una conclusión central: Cuba se encuentra ante una nueva fase de experimentación histórica. Tras más de seis décadas de haber servido como laboratorio del socialismo real, la isla está siendo preparada para convertirse en el laboratorio del modelo tecnocrático-digital del siglo XXI.

Este nuevo proyecto no busca destruir las instituciones cubanas, sino reutilizarlas. Se mantendrá la apariencia de un Estado soberano, se preservará la Constitución vigente mediante reformas graduales y se mantendrán símbolos nacionales que permitan reducir la resistencia emocional de la población. Sin embargo, detrás de estas formas tradicionales se construye una arquitectura de poder radicalmente diferente, donde las decisiones estratégicas escapan al control democrático de los cubanos.

El nuevo contrato social que se perfila es particularmente sofisticado: se entregará a los ciudadanos la ilusión de propiedad y democracia formal, mientras el control real sobre los aspectos fundamentales de la vida —finanzas, datos, energía, alimentación y salud— quedará en manos de una élite tecnocrática transnacional.

Cuba, una vez más, no decide su destino. Simplemente cambia de experimento y de experimentadores. Del comunismo soviético al transhumanismo digital. Del control ideológico al control algorítmico. Del Partido Comunista al Deep State cubano.

El verdadero desafío para el pueblo cubano en las próximas décadas no será resistir un sistema abiertamente opresivo, sino identificar y resistir un sistema que se presentará bajo las banderas de la modernidad, la eficiencia y el progreso tecnológico.

Capítulo 11: Conclusiones Generales

11.1 Recapitulación de los Hallazgos Principales

A lo largo de esta investigación se ha demostrado que Cuba se encuentra en medio de una profunda transformación estructural que trasciende una simple transición política o económica. Los hallazgos centrales de este trabajo revelan que la isla está siendo preparada para convertirse en un laboratorio de un nuevo modelo de gobernanza: el modelo tecnocrático-digital del siglo XXI.

Se ha documentado cómo actores provenientes de la élite político-económica estadounidense, importantes sectores de la diáspora cubano-americana y tecnócratas vinculados al régimen cubano han venido configurando una arquitectura de poder transnacional destinada a reemplazar el agotado modelo socialista. Este proyecto busca mantener las formas externas del Estado cubano —su Constitución, sus instituciones y sus símbolos nacionales— mientras se transfiere el poder real hacia estructuras paralelas menos visibles y más difíciles de controlar democráticamente.

Se ha evidenciado también que la migración masiva de los últimos años ha generado un importante capital humano y económico en la diáspora, el cual está siendo estratégicamente posicionado para ser canalizado hacia la isla bajo las condiciones del nuevo modelo. Asimismo, se ha señalado cómo el mantenimiento de una alta tasa de propiedad de vivienda entre los cubanos no representará una verdadera autonomía, sino que facilitará un control más sofisticado centrado en otras necesidades básicas como la alimentación, la energía, los datos y el acceso a servicios.

Finalmente, se ha planteado que Cuba no solo enfrenta una transformación interna, sino que está siendo preparada como un modelo piloto que, de tener éxito, podría ser replicado en otros países de la región.

11.2 De un Experimento a Otro: La Continuidad del Laboratorio Cubano

La historia contemporánea de Cuba se caracteriza por una constante: su utilización como laboratorio de grandes proyectos ideológicos y políticos diseñados desde el exterior. En el siglo XX, la isla fue convertida en el principal experimento de construcción del socialismo real en el hemisferio occidental. En el siglo XXI, todo indica que Cuba está siendo preparada para un nuevo rol: convertirse en el primer laboratorio a escala nacional del modelo tecnocrático-digital.

Esta transición no representa una ruptura con el pasado, sino una continuidad en su función estructural. El objeto del experimento ha cambiado —del control ideológico al control algorítmico—, pero la condición de Cuba como terreno de prueba de proyectos ajenos se mantiene. Lo que antes se justificaba bajo la bandera de la Revolución y el antiimperialismo, ahora se presenta bajo los conceptos de modernización, eficiencia tecnológica y prosperidad económica.

Esta nueva fase resulta particularmente peligrosa precisamente porque se presenta con un discurso mucho más sofisticado y menos ideológico que el anterior. Mientras el socialismo cubano fue abiertamente autoritario y colectivista, el nuevo modelo tecnocrático se presenta como pragmático, eficiente y supuestamente compatible con la propiedad privada y la libertad individual. Esta apariencia más moderada puede reducir significativamente la capacidad de resistencia de la población.

De esta manera, Cuba no está saliendo del experimentalismo político. Simplemente está cambiando de experimento.

11.3 Las Implicaciones para el Pueblo Cubano

El nuevo modelo que se proyecta para Cuba generará una profunda reconfiguración social marcada por una clara división entre ganadores y perdedores.

Los sectores que más se beneficiarán serán aquellos con mayor capital humano y económico: jóvenes profesionales con habilidades digitales, miembros de la diáspora que regresen con capital y conocimiento técnico, y aquellos cubanos que logren adaptarse rápidamente al nuevo sistema financiero y tecnológico. Estas personas tendrán acceso preferencial a oportunidades económicas, crédito y movilidad social dentro del nuevo orden.

Por el contrario, los más perjudicados serán los sectores más vulnerables de la sociedad: los ancianos, las personas con bajo nivel de alfabetización digital, los residentes en zonas rurales y aquellos sin apoyo familiar en el exterior. Para esta importante porción de la población, el nuevo sistema podría traducirse en exclusión financiera, dependencia tecnológica y una pérdida progresiva de autonomía.

Más allá de las diferencias económicas, este modelo plantea un desafío aún más profundo: la consolidación de un sistema donde la mayoría de los cubanos mantendrán la apariencia de derechos (propiedad de vivienda, participación política formal, acceso a servicios básicos), pero perderán el control real sobre los aspectos fundamentales de su existencia. Se trataría de una sociedad de propietarios nominales y ciudadanos formales, donde el poder efectivo residirá en una élite tecnocrática transnacional que operará al margen del control democrático.

Esta nueva estratificación social no sería consecuencia involuntaria del modelo, sino una característica estructural del mismo.

Ante este escenario, resulta necesario plantear una reflexión práctica. Aunque el modelo busca generar dependencia estructural en amplios sectores de la población, existe un margen de acción individual y familiar para reducir esa vulnerabilidad. Las personas que logren desarrollar habilidades digitales sólidas, comprendan el funcionamiento de los sistemas financieros basados en tecnología y mantengan múltiples fuentes de ingresos tendrán mayores probabilidades de navegar este nuevo entorno con relativa autonomía.

Prepararse para este futuro implica adquirir competencias técnicas, comprender cómo funcionarán los sistemas de identidad digital y crédito algorítmico, y evitar caer en una dependencia total de las plataformas controladas por el nuevo modelo. Aquellos que logren combinar el conocimiento técnico con una conciencia crítica del sistema estarán mejor posicionados no solo para beneficiarse económicamente, sino también para preservar espacios de independencia personal.

De esta forma, si bien el nuevo modelo tenderá a favorecer a quienes ya poseen mayores recursos y capacidades, también es cierto que una preparación consciente y anticipada puede permitir a muchos cubanos reducir su nivel de dependencia y posicionarse de manera más ventajosa dentro del nuevo orden. La clave estará en entender las reglas del juego antes de que este se consolide plenamente.

Como bien advertía José Ortega y Gasset en *La rebelión de las masas*, en los momentos de profunda transformación social, las élites tienden a configurar un nuevo orden en el que las mayorías, aunque crean participar, terminan siendo dirigidas por una minoría selecta que opera por encima de ellas.

“El hombre-masa se siente perfecto, su confianza en sí es, como la de Adán, paradisíaca. Se cierra a toda instancia exterior y solo acepta como bueno lo que él mismo piensa.”

En esencia, lo que se proyecta para Cuba coincide con la advertencia central de José Ortega y Gasset en *La rebelión de las masas*: el ascenso de un nuevo tipo de poder donde una minoría altamente cualificada dirige a una masa que, aunque cree participar, termina siendo dirigida con su propio consentimiento. En la Cuba que se prepara, esta dinámica se vuelve particularmente peligrosa porque la población, cansada de décadas de control político explícito, podría recibir con alivio un sistema que le ofrezca apariencia de propiedad, consumo y democracia formal.

11.4 Cuba en el Contexto Geopolítico Global

El proyecto que se diseña para Cuba no puede ser comprendido cabalmente si se le analiza únicamente desde una perspectiva nacional. Lo que está ocurriendo en la isla forma parte de una transformación mucho más amplia en las formas de ejercicio del poder a nivel global.

Cuba se encuentra en proceso de convertirse en un laboratorio a escala nacional de un nuevo modelo de gobernanza que combina elementos aparentemente contradictorios: mantenimiento de la apariencia de soberanía estatal, democracia formal multipartidista, propiedad privada nominal y un sofisticado sistema de control tecnológico y económico ejercido por una élite transnacional.

Este experimento resulta especialmente relevante en el contexto geopolítico actual. En un momento histórico donde los sistemas democráticos liberales enfrentan una crisis de legitimidad en múltiples regiones del mundo, y donde los modelos autoritarios tradicionales generan altos costos políticos y económicos, el “modelo cubano” ofrece una tercera vía aparentemente atractiva: un sistema que mantiene la estabilidad social sin necesidad de represión masiva visible, utilizando en su lugar mecanismos tecnológicos, incentivos económicos y narrativas de modernización.

Si este proyecto logra consolidarse con relativo éxito en Cuba, sentaría un precedente extremadamente peligroso para América Latina y otras regiones. Se demostraría que es posible despojar a un pueblo de su soberanía real sin necesidad de abolir formalmente las instituciones democráticas. Se crearía un manual práctico para implementar un nuevo tipo de autoritarismo sofisticado, difícil de denunciar porque no se parece a las dictaduras del siglo XX.

Cuba volvería a cumplir así su histórica función de “isla laboratorio”. Después de haber sido el primer país latinoamericano en intentar construir el socialismo real, ahora aspira a ser el primero en construir el primer Estado tecnocrático-digital plenamente desarrollado del hemisferio. El cambio de experimento es evidente: se pasa del control ideológico al control algorítmico, del partido único al algoritmo único.

Este proceso en Cuba no ocurre de forma aislada, sino que forma parte de un cambio hegemónico más amplio que se viene gestando en América Latina. Durante décadas, gran parte de la región fue dominada por una hegemonía cultural de izquierda que promovió el victimismo, el antiimperialismo y el estatismo como pilares ideológicos. Sin embargo, en los últimos años se ha producido un giro político significativo: varios países que históricamente se identificaron con gobiernos de izquierda o progresistas han comenzado a virar hacia posiciones más conservadoras, liberales o de derecha.

Este cambio coincide de manera notable con el regreso de Donald Trump al poder en Estados Unidos. Lo que antes era marginal —las ideas libertarias, conservadoras y de libre mercado— ha ganado terreno rápidamente en las redes sociales y en el discurso público, convirtiéndose en tendencia cultural entre grandes sectores de la población, especialmente los más jóvenes.

Desde el punto de vista analítico, resulta difícil no cuestionar hasta qué punto este “giro a la derecha” es un fenómeno orgánico o responde a una nueva estrategia hegemónica de las élites. La democracia, en este contexto, parece funcionar cada vez más como un mecanismo de legitimación: las masas son movilizadas para dar su aprobación a proyectos que, en última instancia, benefician a minorías selectas con mayor capacidad de influencia.

De esta forma, tanto el viejo discurso socialista como el nuevo discurso de derecha y libertario podrían estar cumpliendo, en diferentes momentos históricos, una misma función instrumental: servir como vehículo emocional e ideológico que permite a las élites reconfigurar el orden económico y social según sus intereses, mientras mantienen la apariencia de que “el pueblo ha decidido”.

Cuba, en este nuevo escenario, dejaría de ser una anomalía izquierdista para convertirse en un eslabón estratégico dentro de esta nueva arquitectura de poder regional.

Este giro hegemónico que vive América Latina no es un fenómeno espontáneo ni orgánico. Al igual que el surgimiento del capitalismo, la Ilustración o el comunismo en su momento, la actual ola de derecha y libertarianismo responde a una reconfiguración de poder impulsada desde las élites. Son nuevos vientos que soplan sobre el continente, pero detrás de ellos se distinguen las mismas manos que siempre han dirigido el rumbo de la historia.

Sin embargo, sería intelectualmente deshonesto negar una realidad incómoda: para las personas más capaces, educadas y dispuestas a competir, este nuevo orden resulta objetivamente más conveniente que el progresismo woke y el socialismo clientelar que lo precedió. Mientras el modelo anterior premiaba la victimización y la dependencia del Estado, el nuevo paradigma recompensa —al menos en teoría— el mérito, la productividad y la capacidad individual.

Es como si las élites, viendo el fracaso del experimento anterior, hubieran decidido cambiar de caballo, pero sin soltar las riendas. Han cambiado el discurso, han cambiado las banderas, pero el juego sigue siendo el mismo: reestructurar el sistema para adecuarlo a sus nuevos intereses estratégicos y tecnológicos.

La diferencia es que esta vez las masas no son conducidas hacia la igualdad forzada, sino hacia una competencia en la que la mayoría ya parte con desventaja estructural. El escenario cambió, los actores se renovaron, pero el guion sigue escrito por las mismas manos.

Las élites no promueven estas ideas por un repentino amor a la libertad individual, sino por una necesidad estratégica. Al igual que la Ilustración fue el preludio intelectual necesario para desatar la Revolución Industrial, el actual discurso de derecha, libertario y meritocrático parece estar cumpliendo una función similar en nuestros días.

Las élites comprenden que el modelo progresista-woke de las últimas décadas ha generado estancamiento económico, baja productividad y una cultura que premia la victimización por encima del esfuerzo. Para impulsar la siguiente gran transformación tecnológica y económica —lo que algunos denominan la Cuarta Revolución Industrial o la era de la Inteligencia Artificial—, necesitan liberar fuerzas productivas, fomentar la competencia y premiar la capacidad individual.

Necesitan, en otras palabras, masas más capaces, más creativas y más productivas. El discurso libertario y conservador actual cumple esa función: motiva el esfuerzo, valora el mérito y rompe con la cultura de la dependencia estatal. No se trata de un favor desinteresado hacia el pueblo, sino de una decisión pragmática. Para construir el “nuevo mundo” que las élites tecnocráticas visualizan —un mundo de inteligencia artificial avanzada, transhumanismo y economías altamente automatizadas— se requiere un tipo de ser humano diferente al que el progresismo woke estaba formando.

De esta manera, lo que estamos presenciando no es una verdadera lucha ideológica entre izquierda y derecha, sino una reingeniería cultural dirigida desde arriba para preparar a las sociedades para la siguiente etapa del proyecto civilizatorio de las élites. El pueblo no es el protagonista de esta historia, sino el combustible necesario para acelerar la llegada de ese nuevo orden mundial.

11.5 Reflexiones Finales y Perspectivas de Futuro

La investigación realizada a lo largo de esta tesis permite concluir que Cuba se encuentra ante uno de los momentos más trascendentales de su historia contemporánea. Lo que está en juego no es simplemente un cambio de sistema económico o político, sino una transformación mucho más profunda: la sustitución de un modelo de control ideológico por un modelo de control tecnocrático-digital considerablemente más sofisticado y difícil de identificar.

Este nuevo proyecto busca mantener las formas externas del Estado cubano —sus instituciones, su Constitución y sus símbolos nacionales— mientras se transfiere de manera progresiva el poder real hacia estructuras tecnocráticas y supranacionales que escaparán al control democrático de la población. Se ofrecerá propiedad privada, se permitirá la existencia de múltiples partidos políticos y se promoverá un discurso de modernidad y progreso económico. Sin embargo, las decisiones estratégicas sobre el rumbo del país, su infraestructura tecnológica y sus recursos estratégicos quedarán mayoritariamente fuera del alcance real del pueblo cubano.

En este contexto, el verdadero desafío para las próximas generaciones de cubanos no será elegir entre izquierda y derecha, entre socialismo y capitalismo. El desafío real será distinguir entre soberanía formal y soberanía efectiva, entre progreso aparente y autonomía verdadera.

Aquellos cubanos que logren comprender la naturaleza real de este proceso desde sus etapas iniciales, que desarrollen las capacidades técnicas y económicas necesarias, y que estén dispuestos a trabajar y sacrificarse con disciplina durante los primeros quince o veinte años de transición, serán quienes tendrán mayores probabilidades de construir una posición de relativa autonomía dentro del nuevo sistema. Las personas que logren acumular capital, conocimiento y redes de valor durante esta ventana de oportunidad serán las que podrán disfrutar de una mayor libertad real en la Cuba que emerja de este proceso.

Cuba vuelve a estar en el centro de un gran experimento histórico. La diferencia es que, en esta ocasión, las consecuencias de no entender la verdadera naturaleza del cambio podrían ser mucho más duraderas que en el pasado.

Capítulo 12: Cómo Prepararse para la Nueva Cuba

El nuevo modelo que se proyecta para Cuba no es un evento que ocurrirá en un futuro lejano, sino un proceso que ya se encuentra en desarrollo. Quienes logren comprender su verdadera naturaleza y lógica interna desde sus etapas iniciales tendrán una ventaja estructural significativa durante los próximos 15 a 20 años, período clave en el que se consolidarán las nuevas estructuras de poder, las jerarquías sociales y las oportunidades económicas en la isla.

Este capítulo final tiene un carácter práctico y prospectivo. Su objetivo no es promover ni rechazar el modelo, sino ofrecer un análisis realista sobre cómo las personas pueden prepararse de forma inteligente para navegar y sacar provecho del nuevo sistema que se está configurando.

En la Cuba que viene, no todos partirán desde la misma posición. Habrá una clara diferencia entre quienes simplemente se adapten al nuevo orden y quienes logren construir espacios reales de autonomía y ventaja competitiva dentro de él. Esta diferencia no estará determinada solo por la suerte o las conexiones, sino principalmente por la preparación anticipada, la mentalidad estratégica y la capacidad de acción durante la ventana de oportunidad que representan los primeros años de transición.

La clave estará en entender que el nuevo sistema premiará la capacidad, la adaptabilidad y el conocimiento de sus reglas internas. Aquellos que logren acumular capital económico, desarrollar habilidades técnicas de alto valor y, especialmente, aquellos que comprendan la importancia de tokenizar y digitalizar su patrimonio real, estarán mejor posicionados para no solo sobrevivir, sino para construir verdadera independencia dentro del nuevo modelo.

12.1 Estrategias Prácticas para Navegar y Aprovechar el Nuevo Modelo

El nuevo modelo que se proyecta para Cuba no es un evento futuro lejano, sino un proceso que ya está en marcha. Quienes logren entender su lógica tempranamente tendrán una ventaja significativa durante los próximos 15 a 20 años, período clave en el que se definirán las nuevas estructuras de poder y las posiciones sociales dentro del sistema.

Preparación mental y estratégica

El primer paso consiste en abandonar cualquier romanticismo político y entender el nuevo sistema tal como es: un modelo tecnocrático donde la apariencia de democracia y propiedad privada coexistirá con un control real concentrado en pocas manos. Aceptar esta realidad sin desesperanza ni fanatismo es esencial para tomar decisiones racionales.

Desarrollo de competencias técnicas y digitales

En el nuevo Cuba, la alfabetización digital no será una opción, sino un requisito de supervivencia. Aprender inglés avanzado, programación básica, manejo de sistemas financieros digitales, blockchain y herramientas de inteligencia artificial dejará de ser una ventaja competitiva para convertirse en una necesidad básica. Aquellos que dominen estas herramientas tendrán acceso a mejores oportunidades laborales y de emprendimiento.

Construcción de capital económico y redes

Los primeros 15 años representarán la mayor transferencia de riqueza y oportunidades que Cuba habrá vivido en muchas décadas. Quienes dispongan de capital —por pequeño que sea— y lo inviertan de forma inteligente en sectores estratégicos (vivienda, turismo, tecnología y servicios) podrán generar patrimonios significativos. Igualmente importante es construir redes tanto dentro de la isla como en la diáspora. Las relaciones de confianza serán tan valiosas como el dinero.

Reducción de dependencias críticas

El nuevo sistema buscará crear dependencias en áreas como alimentación, energía, internet y servicios financieros. Quienes puedan generar sus propios ingresos en dólares o criptomonedas, diversificar sus fuentes de ingreso y mantener cierta independencia tecnológica, tendrán un margen de libertad mucho mayor que aquellos completamente dependientes del nuevo sistema.

Mentalidad de largo plazo

La clave no está en rechazar el sistema de forma emocional, sino en jugar inteligentemente dentro de sus reglas. Los que entiendan que este proceso tomará décadas, y no años, podrán mantener una visión estratégica y evitar decisiones impulsivas. Paciencia, disciplina y capacidad de adaptación serán cualidades más importantes que el entusiasmo inicial.

En definitiva, la nueva Cuba premiará a quienes lleguen preparados. No se trata de ser optimista o pesimista, sino de ser realista y actuar en consecuencia.

Bibliografía

Fuentes Primarias y Documentos Oficiales

- Asamblea Nacional del Poder Popular. (2025). *Ley General de Ciencia, Tecnología e Innovación*. La Habana, 18 de diciembre de 2025.
- Consejo de Estado de la República de Cuba. (1999). *Decreto-Ley No. 190 de la Seguridad Biológica*. Gaceta Oficial de la República de Cuba.
- Constitución de la República de Cuba. (2019). Gaceta Oficial de la República de Cuba.

Obras de Referencia y Pensamiento Político

- Ortega y Gasset, José. (1930). *La rebelión de las masas*. Madrid: Revista de Occidente.

Documentos e Informes

- Centro de Ingeniería Genética y Biotecnología (CIGB). (2024-2025). Informes anuales de actividades y ensayos clínicos. La Habana.
- Archivo Cuba. (2017). *Cuba y el comercio de sangre humana*. Informe especial.

Bibliografía Complementaria

- Wood, Patrick M. (2015). *Technocracy Rising: The Trojan Horse of Global Transformation*. Coherent Publishing.
- Wood, Patrick M. (2023). *The Evil Twins of Technocracy and Transhumanism*.
- Thomas, A. (2024). *The Politics and Ethics of Transhumanism: Techno-Human Evolution and Advanced Capitalism*. Bristol University Press.
- Bickerton, C. & Invernizzi Accetti, C. (2021). *Technopopulism: The New Logic of Democratic Politics*. Oxford University Press.

Fuentes Digitales y Periodísticas

- Cubadebate. (2025). "Parlamento cubano aprueba Ley General de Ciencia, Tecnología e Innovación". 18 de diciembre de 2025.
- Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente (CITMA). Documentos oficiales sobre la Ley General de Ciencia, Tecnología e Innovación.
- Diversos medios independientes cubanos y plataformas de la diáspora consultados entre 2023 y 2026.

Reflexión Final

La verdadera libertad nunca ha sido un regalo de los poderosos, sino una conquista del espíritu humano. Como bien comprendieron los antiguos filósofos antes de Cristo —desde Heráclito hasta Sócrates—, la libertad comienza donde termina la ignorancia. El hombre esclavo no es solamente aquel que lleva cadenas en los pies, sino aquel que lleva cadenas en la mente.

La libertad verdadera no reside en idolatrar ideologías, líderes o proyectos políticos. Reside en tener el valor de cuestionar, de dudar, de equivocarse y reconocerlo. Está en la capacidad de mirar el poder a los ojos sin arrodillarse. Está en la familia que uno construye, en el hijo que se alimenta con el fruto de su propio esfuerzo, en la dignidad de no depender de ningún Estado, gobierno o hombre para poder vivir.

A lo largo de todas nuestras conversaciones, ha quedado clara una convicción profunda: **la libertad es conocimiento**. Es la capacidad de ver la realidad tal como es, sin filtros ideológicos ni narrativas convenientes. Es el rechazo a la servidumbre voluntaria, sea esta disfrazada de socialismo paternalista o de modernidad tecnológica.

Que nadie se engañe. Los próximos años traerán grandes cambios a Cuba. Algunos verán en ellos una nueva oportunidad de libertad; otros, una nueva forma de sometimiento más sofisticada. La diferencia entre unos y otros no estará en la suerte, sino en quiénes decidan mantener los ojos abiertos.

A ti, lector, te invito a no rendir tu capacidad de cuestionar. Que nunca entregues tu mente a ninguna bandera, a ningún líder, ni a ningún sistema. Porque solo el hombre que piensa por sí mismo, que protege a su familia con sus propias manos y que se niega a ser esclavo espiritual, puede aspirar a ser verdaderamente libre.

Esa libertad no te la dará ningún gobierno.

Esa libertad solo tú puedes conquistarla.

Agradecimientos

A Dios, fuente de toda sabiduría y claridad.

Gracias por haber iluminado mi camino con una visión que no busqué, pero que me fue entregada con el tiempo. Gracias por regalarme, en medio de la confusión de este mundo, la capacidad de ver más allá de las narrativas oficiales y de las falsas dicotomías. Gracias por esa inquietud constante que no me permitió conformarme con las explicaciones fáciles.

A lo largo de mi búsqueda, recorrí diferentes caminos espirituales y filosóficos, estudié diversas religiones y cosmovisiones, hasta que comprendí —no como dogma, sino como revelación profunda— que el mensaje de Cristo trasciende cualquier religión. En Él encontré la síntesis más pura entre verdad, amor y libertad. Un mensaje que no busca esclavos, sino hombres libres y conscientes.

Gracias también a ese pequeño grupo de personas que, desde el anonimato, compartieron conmigo horas de debate sincero, ideas valientes y preocupaciones honestas sobre el futuro de nuestra tierra. Este trabajo no hubiera sido posible sin esas conversaciones profundas y sin esa búsqueda compartida de verdad.

Finalmente, agradezco a todo aquel que se atreva a leer estas páginas con la mente abierta y el espíritu crítico. Que estas reflexiones sirvan no solo para entender lo que viene, sino para fortalecer en cada lector el deseo inquebrantable de ser verdaderamente libre.

Palabras Finales

Señor, perdona a todos aquellos que, consciente o inconscientemente, han participado en la construcción de sistemas que han causado tanto sufrimiento al pueblo cubano. Perdona a quienes, cegados por la ambición de poder, por ideología o por simple ignorancia, han contribuido a mantener a una nación encadenada durante generaciones. Ten misericordia de ellos, así como de nosotros.

No guardo rencor en mi corazón hacia aquellos cubanos que, por ignorancia o por miedo, han sostenido con su silencio o su apoyo un sistema que los oprimía. Tampoco lo guardaré contra aquellos que, en el futuro, sin entender aún la verdadera naturaleza de este nuevo modelo, lo defiendan con sinceridad. Porque sé que la ignorancia no es maldad, sino una forma de esclavitud más profunda.

Ojalá que un día todos —los que diseñan estos sistemas de control, los que los ejecutan y los que los sufren— podamos despertar del largo sueño de la ignorancia. Ojalá que cada cubano encuentre la fuerza para cuestionar, para pensar por sí mismo y para buscar la verdad más allá de cualquier narrativa.

Que Dios nos conceda a todos, sin excepción, la gracia del discernimiento y la humildad necesaria para reconocer nuestros errores. Que ningún cubano más tenga que morir en el mar, frente a un paredón o en el desespero de la huida. Que algún día, libres de todo yugo material y espiritual, podamos construir no solo una Cuba libre, sino una Cuba habitada por hombres y mujeres verdaderamente conscientes y libres.

Que así sea.